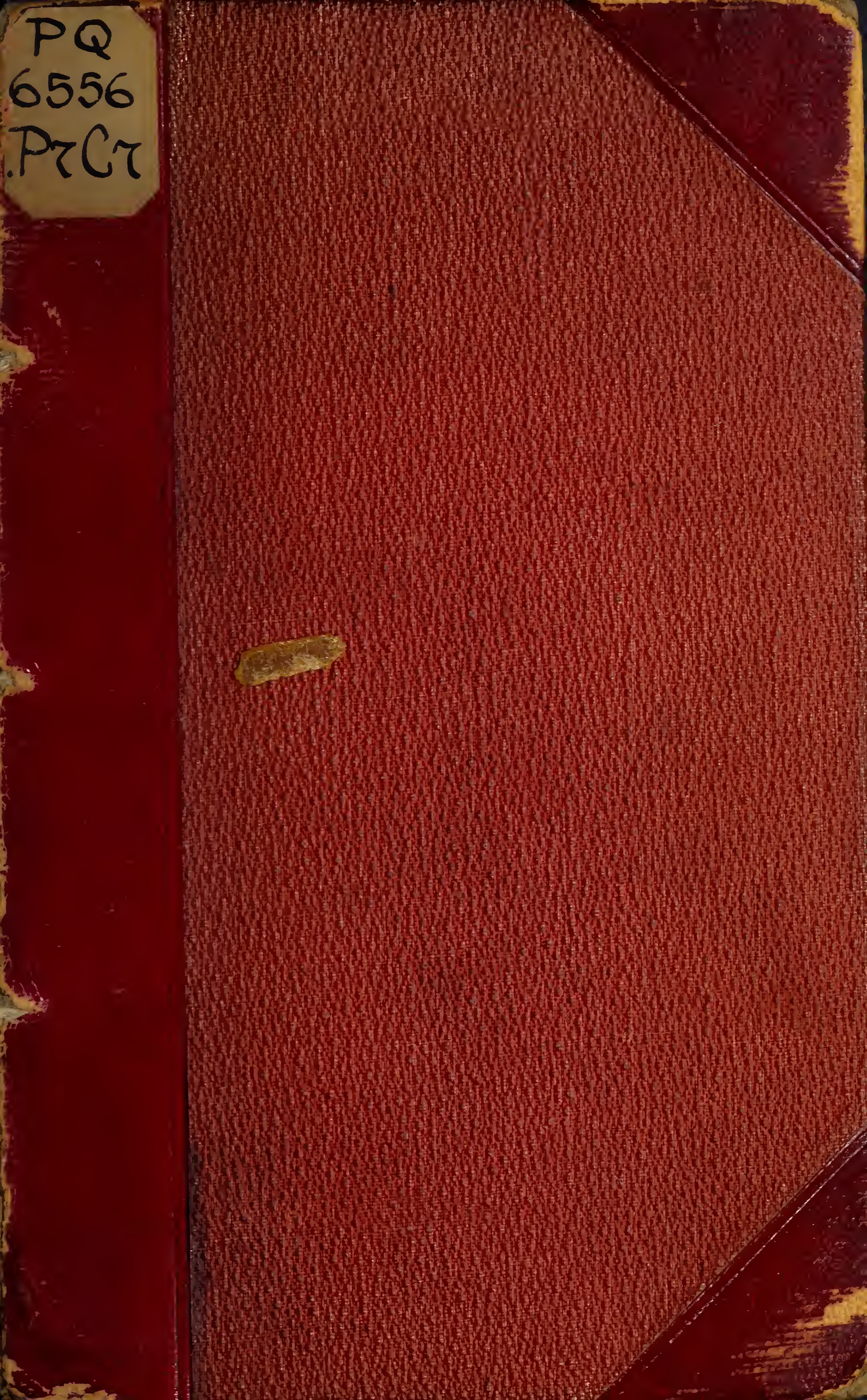

PQ
6556
.P7C7

COCHE Y PALCO.



¡EL PÍCARO MUNDO!

BIBLIOTECA DE NOVELAS HUMORÍSTICAS.

COCHE

Y PALCO,

POR

JOSÉ PUIG PEREZ.



MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,

SOLDADO, 4.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dos artistas.

Andrés era un jóven de treinta años, con más ilusiones que papeletas de empeño tenia guardadas en el cajon de la mesa de pino de su boardilla, y con ménos ideas realizadas que pesetas llevaba en los agujereados bolsillos de su chaleco antidiluviano.

Una noche de Abril de 1866, á eso de las once de ella, llamaron á la puerta de la habitacion de Andrés, quien se ocupaba en llenar unas cuartillas desde las dos de las tarde, hora en que habia dejado la cama.

Se levantó y fué á abrir la puerta de su palacio (así le llamaba él), para franquear la entrada al importuno que venia á distrarle de su trabajo.

—*Sonno io*, dijo una voz varonil, al propio

tiempo que Andrés descorria el endeble cerrojo con que estaban cerradas aquellas agrietadas tablas.

—*Oh mio caro pictore,* gritó el que recibia la visita, tendiendo sus brazos al recien llegado.

—Tantos dias sin verte por aquí, continuó, ofreciendo al propio tiempo á su amigo la silla que ántes él habia ocupado y yéndose á sentar sobre el catre; porque no tenia más sillas ni otros muebles que los citados.

—¿A qué? contestó el pintor. He pasado una temporada de órdago; trueno más completo no lo habia conocido en los ocho años que respiro los impuros aires de esta Córte.

—¿Trueno, eh?

—¡Pero qué trueno! pensé que alguna mano oculta habia arrebatado todo el dinero de la tierra; ¡tantos dias pasé sin ver una peseta en mi poder!

—Pues qué, ¡todavía quedan pesetas! exclamó Andrés con significativo acento.

—Afortunadamente mi protector de la calle de la Montera, mi ángel tutelar, vendió ayer una de dos acuarelas que pinté estos dias, y desde esta misma noche que he pasado por allí, soy capitalista; mira...

Y el pintor sacó de uno de sus bolsillos un puñado de monedas de plata.

—Salud al Rotschild de los artistas, al Creso de los modernos Murillos, dijo Andrés, poniéndose de pié.

—Diez duros, como diez soles, contantes y so-

nantes, contestó el artista ahuecando la voz y haciendo sonar el dinero en su bolsillo.

—Algunas de esas plateadas monedas espero que me dén esta misma noche. Esas cuartillas que sobre la mesa ves, son aquel trabajo de que te tengo hablado ya. Ayer recibí carta del director de *La Revista Madrileña* en que me decia que podia llevárselo hoy, y todo el dia me he ocupado en escribir mi obra, para ir á la redaccion esta noche y reducirla á escudos.

—¿Y has terminado ya?

—No; pero me faltan media docena de cuartillas solamente, y si quieres entretenerte unos dos cuartos de hora, estaré listo en este tiempo y á tu disposicion despues.

—Es que venia á buscarte para ir á cenar juntos.

—Lo he supuesto. Toma, pues, el Dante, y date un paseo de media hora por los Infiernos, mientras yo convierto en tilo á una muchacha de quince abriles, rubia como ese oro que nunca vemos, y en ciprés á su desventurado amante, dando con esto y lo demás que me callo, término á esta leyenda.

El pintor se levantó de la silla de que se habia posesionado, la que fué ocupada por Andrés. Este cogió de nuevo la pluma y siguió llenando cuartillas, despues de unos minutos de reflexionar, en tanto que aquel de pié junto á la mesa de pino, abrió el libro en el capítulo del conde Ugolini y se abstrajo en su lectura.

Daban las once y media en el relój de la Universidad cuando Andrés, pronunciando la palabra

fin, al propio tiempo que la escribia, y poniendo un punto á continuacion con un golpe de pluma que hizo saltar los gavilanes de la misma, sacó á su amigo de la abstraccion en que la lectura de la *Divina Comedia* le tenia.

—¡Tesoro de inspiracion y de poesía: gloria eterna al amante de Beatriz! Exclamó el pintor cerrando el libro con ámbas manos y de un golpe.

—¡Beatriz! añadió Andrés replegando su fisonomía y reconcentrando su mirada, que dirigió á uno de los oscuros ángulos de su cuarto.

—¿La tienes acaso oculta en ese rincon que de esa manera diriges hácia allí tu vista?

—¡Ah! contestó Andrés con acento melancólico, sí, en el rincon de mi imaginacion la llevo oculta; pero mi Beatriz no es la desdeñosa hija de Ferrara: es otra Beatriz que mi mente soñadora ha creado, la cual vive en mi alma y es mi ventura al propio tiempo que mi martirio.

—¡Já! ¡já! ¡já! rompió á reir el pintor.

—¿Te ries? Bien sé que padeces de igual enfermedad que á mí me aqueja; por eso no doy á tu risa la significacion que tal vez tú hayas pretendido darle. Nosotros somos bien desgraciados en medio de nuestro constante aturdimiento, y contínuamente buscamos placeres que aspiramos sin que un solo átomo de su esencia llegue á refrescar nuestro calenturiento espíritu, por la sencilla razon de que pretendemos ahogar en ellos la voz de nuestra desdicha que se queja de nuestra infinita desventura. Yo sé de mí que en balde persigo eso que se llama felicidad, pues cuanto más me afano

por alcanzarla, más lejos me parece que estoy de ella. Y es que la felicidad solo existe en el amor, y yo no amo á nadie, digo mal, amo á un sér ideal, imaginario, sueño de mi vida, que ha creado mi mente, y cuya personificacion no he hallado todavía.

—¡Ta, ta! música celestial, chico. Coje esas cuartillas y vámonos á cenar, que mi estómago se encuentra mejor dispuesto á recibir unas chuletas de ternera, que otro indigesto párrafo romántico.

Pero el pintor, al decir esto, era traicionado por su fisonomía, en la que se retrataba una espresion de tristeza debida á las reflexiones que acababa de comunicarle Andrés.

Este, comprendiendo el estado de su amigo y que verdaderamente no era aquella ocasion apropósito para filosofías, exclamó:

—Tienes razon: soy un loco. ¿Quién me mete á mí en estas laberínticas y platónicas elucubraciones, cuando desde esta madrugada no he probado bocado?

—¿A qué hora has comido?

—A las cuatro, en casa de Pepe, tomé unos caracoles y un poco de vino, con lo que dí felíz término y remate á unos cuartos que andaban perdidos por los bolsillos de mis pantalones.

—¡Desdichado mortal! ¿Y no tienes puestos ya la levita y el sombrero? ¿Y tienes alma para entretenerte todavía con esas jerigonzas incomprensibles é hiperbólicas? Vámonos á escape, y no vuelvas á hablarme una palabra en ese sentido, hasta que

sácies tu apetito y yo destruya la obra de quince dias de ayuno y dieta forzosos.

Andrés tomó una levita bastante lustrosa de encima del catre, se quitó otra que llevaba cuyo calvo paño dejaba ver el tegido de la tela y cuyo color de ala de mosca, demostraba que habia cumplido con reenganche los años de servicio; púsose la primera, y haciendo un nudo á su corbata, que llevaba desatada, dijo á su amigo, poniéndose el sombrero:

—En marcha.

Salieron de la habitacion Andrés y el pintor: echó el primero la llave y se la guardó, comenzando ambos el descenso de aquella Torre de Babel, que por tal tenian nuestros protagonistas aquella casa y de tal modo la llamaban, no sin razon, puesto que la boardilla de Andrés estaba más cerca de las estrellas que de la tierra.

Algunos minutos despues, los dos amigos se encontraban en la calle Ancha de San Bernardo desde donde se dirigieron á la de Tudescos, en que estaba situada la redaccion de *La Revista Madrileña.*

Dejó Andrés en ella los artículos que habia escrito, y recibió de manos del mismo director 300 reales. Este era amigo suyo, y como sabia que aquel andaba siempre escaso de fondos, le abonaba el importe de sus trabajos literarios, cuando Andrés se los llevaba. Otra razon habia, y era que Andrés gozaba de una reputacion tan favorable como merecida en la república de las letras, y el director de *La Revista* tenia á honra el publicar

los artículos del renombrado literato, lo cual no hubiera podido verificar, no obstante la amistad que á él le unia, si hubiera dejado á cargo de la administracion del periódico el pago de las obras de Andrés, por dos motivos: primero, porque el administrador solia pagar muy tarde y muy mal; segundo, porque aquel no hubiera escrito una línea á no tener la certidumbre de que su trabajo habia de ser medianamente remunerado.

Aquí viene á pelo que digamos dos palabras respecto de Andrés.

Era este, como hemos dicho, escritor, y toda su fortuna consistia en la pluma y en las cuartillas que sobre la mesa de su cuarto hemos visto.

Era moreno, de estatura regular, anchísima frente, en que se reflejaban todos los sueños que mecian constantemente en el columpio de las ilusiones su alma de poeta; de mirada de águila, esa mirada que pocos ojos despiden y que por sí solo revela el alto grado de inteligencia y toda la fuerza del sentimiento de aquellos séres privilegiados que la poseen.

Seis años antes, esto es, el año de 1860, vino á Madrid, como tantos otros lo verifican, sin más recursos que su anhelo de trabajar, y sin más relaciones que las que pudo facilitarle su padre por medio de una carta de recomendacion que le entregó para un escribano establecido en la córte é hijo de Manzanal de Arriba, pueblo en que nació y creció Andrés.

Pero este traia en el fondo de su maleta una comedia y varios artículos que habia escrito en

Zamora, capital de su provincia, donde habia pasado algunos años con su familia y, él, que tenia conciencia de su valer, llegó á Madrid tranquilo en cuanto á su porvenir, pues tenia la seguridad de abrirse paso por entre la multitud de literatos que pueblan la metrópoli de España, y llegar en corto espacio de tiempo á las regiones en que la gloria y la fama ennoblecen y popularizan el nombre de aquellos que tienen la fortuna de trepar hasta ellas.

No se engañó: habian trascurrido solamente tres años, desde que pisó las calles de la córte de España por primera vez, cuando ya su reputacion literaria se habia estendido por todas partes y eran leidas sus obras con gusto por los aficionados, y con atencion por los inteligentes.

Mas, vino pobre á Madrid y continuaba siéndolo, como hemos tenido ocasion de apreciar al encontrarle en su boardilla de la calle Ancha de San Bernardo.

Y es que en España la de las letras, aún para aquellos séres privilegiados que atraviesan el espacio donde viven las medianías y con aliento impetuoso se remontan á la esfera elevadísima en que se cierne el génio, es una carrera que puede, sin duda, esculpir con letras de oro sus nombres en las páginas de la Historia, y hasta procurarles la mayor de las honras, esto es, la inmortalidad; pero que difícilmente les concede provecho material, debiéndose tener por muy dichosos y felices aquellos que logran cubrir sus necesidades físicas con el fruto de su trabajo y de su talento.

Andrés, pues, habia logrado, durante los seis años que vivia en Madrid, la consideracion que merece el hombre que descuella sobre los demás por su sabery por su ingénio; pero nada más; pues en cuanto á su posicion social, como se dice vulgarmente, tantos capitales tenia en 1860 como en 1866, es decir, que para nuestro ilustre literato el capital seguia siendo un mito.

Bien es verdad que, regularmente cubria sus necesidades, y decimos regularmente, porque no era esta regla fija para Andrés, sino general tan solo: así hemos visto cómo al recibir á su amigo el artista en su casa, le confesó haberse pasado todo el dia sin comer, poco antes de dirigirse los dos amigos á la redaccion de *La Revista.*

En el capítulo siguiente seguiremos los pasos de ambos amigos, cuya satisfaccion y regocijo demostraban bien claramente que no iban con la bolsa vacía, al salir de la redaccion.

CAPÍTULO II.

El ideal de Andrés.

Cuando hubo guardado Andrés su dinero, salió con su amigo á la calle y se dirigieron á paso bastante vivo hácia la de Alcalá en la que se encontraron al poco rato, y penetraron en el *Restaurant* de los dos Cisnes.

Sentados á una de las mesas del saloncito de la izquierda, Alfredo, que así se llamaba el artista, pidió la lista al mozo, y despues varios platos de los más suculentos con que formó una opípara cena.

Al poco rato, comian los dos amigos con tal apetito, que daba gusto verles despachar uno tras otro el asado, la mayonesa, el guiso, los langostines, la ensalada, la gelatina, el roquefort y las frutas; entrecomando los párrafos de este sabroso

capítulo, con tragos de estomacal Burdeos, hasta dar cumplido remate y honroso término á las dos botellas que les habian servido.

—¡Gran cocina es la francesa! dijo Andrés, al comenzar la cena.

—¡Grandes son todas las cocinas, hasta la mismísima cocina manchega, cuando el hambre toca á rebato en nuestro estómago! contestó Alfredo, soltando una carcajada.

Y los amigos continuaron comiendo y charlando alegremente, olvidando los trabajos y pesares de su existencia que era como la de todos los artistas, triste y fatigosa.

Cuando Alfredo despachaba la última copa de Burdeos, Andrés pidió café al mozo, quien no tardó en servirlo.

—¡Oh moka! alimento del espíritu y acicate de la imaginacion, dijo Andrés, saboreando el amargo licor que contenia su taza; á tí se deben gran número de las mejores obras que el talento ha producido en la moderna edad. Sin tí, Voltaire tal vez no hubiera minado los cimientos de una sociedad estúpida y fanática cuyos últimos restos van desapareciendo del mundo civilizado; sin tí *La Piel de Zapa, Eujenia Grandet* y todas las maravillosas producciones del gran novelista francés, quizá dormirian con él en olvidada tumba que tú has cubierto de gloria, haciendo del nombre de Balzac un nombre ilustre; sin tí muchos de nuestros conocidos ingénios vivirian oscuros, arrinconados en los pueblos que tienen á orgullo el haberles visto nacer.

—¿Tratas de componer un poema al café? le interrumpió Alfredo, soltando una carcajada.

—Varias veces he pensado en ello, aunque te chancees. ¿Y quién sabe si algun dia te leeré en armoniosos endecasílabos la alabanza de este aromático producto cuyos efectos maravillosos, nosotros los artistas, más que nadie apreciamos? ¿Por qué nó? el café y la mujer son para mí objetos de inspiracion, y si mi inteligencia cobra vigor y mi imaginacion frescura y lozanía cuando el moka aviva mi sistema nervioso, y cuando unos ojos azules velados por pestañas de oro dejan caer sobre mí una de esas lánguidas miradas que sacuden á uno con la fuerza de la electricidad que contiene una pila de Volta; ¿por qué, díme, no he de cantar al café y á la mujer fuentes de mi inspiracion?

Alfredo, que habia pedido regalías suaves, encendiendo una, con la sonrisa en la boca, contestó:

—Me parece que el francés se te ha subido á las narices, y como continúes así, vas á hacerme creer que se ha encaramado hasta tu mismo cerebro.

—Ese franchute clarucho, producto de unas cepas que la brisa del mar orea ¿quieres que se me haya encastillado en la cabeza? Pintor, tú no estás cuerdo. Aunque fuera tan español y tan valiente como aquel que *saca Perico*, y tanto hace reir á los lectores de Perez Escrich en su *Cura de Aldea*, no tendrias el placer de verme entre Pinto y Valdemoro.

—Pues, mi querido Andrés, ó el vino te ha hecho operacion, ó antes en tu casa representaste á las mil maravillas una comedia cuando con tono lastimero me hablabas de tu soñada Beatriz.

—¿Por qué?

—Porque, una de dos, ó tú sientes cada vez que una muchacha de ojos azules y de pestañas de oro te mira, como hace poco me decias, y entonces entre tí y el jóven Telémaco no hay más diferencia que una cantidad de morenas de ojos negros, que no te petan, al parecer, ó bien estás enamorado, como suponias en tu casa, de esa Beatriz, ideal ensueño de tu fantasía, y entonces no comprendo cómo puedan hacerte sentir las mujeres, así sean rubias como morenas.

—Estás completamente equivocado, y para que comprendas que acabas de dar en la herradura, óyeme.

Al hablar de las rubias me he referido al tipo que me es más simpático en la mujer. La mujer para mí, y no comprendo en este nombre genérico á aquellas que eliminó sábiamente del sexo bello el autor de la *Fisiología del Matrimonio*, es el sér de la creacion que más se aproxima á ese ideal de la belleza absoluta del que intuitivamente se forma nuestra conciencia una vaga idea, ó al ménos, el sér en que nuestros sentidos hallan mayor encanto y nuestro espíritu más atraccion. Por lo tanto, para mí toda mujer es un motivo de admiracíon, y ante todas ellas recibo una impresion más ó ménos fuerte y agradable, segun sean las que veo más ó ménos hermosas, más ó ménos

simpáticas á mi espíritu. Comprenderás con esto, que de la misma manera que tú puedes absorber tu vista en la contemplacion de varios cuadros de Ticiano, de Wan-Dick y de Rafael, encantado en la belleza de las mujeres que tus predecesores pintaron, sin que por esto desalojes del marco de tu alma la figura perfecta que en su fondo haya dibujado tu imaginacion; así tambien puedo yo estremecerme de placer ante una niña hermosa, sin que su presencia borre la imágen que he soñado, á la cual solamente entregaría mi corazon, si lo ideal pudiera tomar corpórea consistencia.

—Perfectamente, repuso Alfredo, dejando el tono socarron y chancero que hasta allí habia dado á sus palabras. Pero ya que me has convencido, hazme el favor de describirme á esa mujer que habita en el palacio de tu idealismo.

—¿Lo quieres?

—Sí, hombre, lo deseo, y para que puedas hacerlo con entera libertad y sin testigos, salgamos de aquí y vayámonos á dar una vuelta por Recoletos y la Castellana.

—Eso iba á proponerte.

—Mozo... mozo...

A los gritos de Andrés se acercó el que les habia servido la cena.

Pidió Alfredo la cuenta, pagó, y salieron los dos amigos á la calle, cogidos del brazo.

—¿Te acuerdas del Fausto?

—¿Has soñado alguna Margarita como la que palpita en el poema de Gœthe?

—Sí, he soñado, sueño siempre en una mujer

que tiene mucho de aquella, sin ser ella precisamente. La amada de mi alma, la vírgen ideal á quien mi corazon idolatra, es rubia como todas las Margaritas de la ópera de Gounod; sus trenzas, abundantes y doradas como las espigas en un campo de trigo en el mes de Junio, caen graciosamente por ambos lados de su cara, cuya blancura la iguala á un ramo de jazmines; sus ojos son azules, azules como el cielo en una de esas tardes melancólicas de otoño, á la hora en que el sol despide sus últimos rayos; las pobladas pestañas de sus ojos velan la nitidez de su pupila como una gasa purpurina pudiera velar el límpido cristal de una fuente; su boca parece hecha por los ángeles, tan divina es: figúrate una flor de granado que ocultara entre sus hojas, en vez de sus pétalos, dos hileras de perlas, y podrás formarte una idea aproximada de ella. Y en cuanto al talle de esta creacion de mi fantasía, en ninguna mortal he podido ver algo que se le asemeje; es el arquetipo de la gracia y de la elegancia. Su cuerpo se cimbrea como el tallo de una amapola, descansando ligeramente sobre sus arqueados piececitos, que harian ruborizar de envidia á *La Leda* de Benvenuto Cellini. De sus manos no quiero hablarte, porque ni hay palabras en nuestro idioma para expresar lo que dicen, ni hallo en la naturaleza objeto alguno á que las pueda comparar; si las náyades y las ondinas que bordan en las fuentes y en los mares los encajes de sus espumas viesen las manos del sér de mis amores, correrían á ocultar su pena en el fondo de las linfas, com-

parándolas con las suyas, ménos delicadas é inteligentes.

Este es el busto.

Su naturaleza moral, ¡ah! su carácter interno es, segun lo sueño, tan perfecto, que su espíritu, si existiese, sería un verdadero destello de la divinidad.

El amor, este sentimiento sublime que ennoblece al alma, es la atmósfera única en que puede respirar la suya. Ella me amaria sobre todas las cosas y, como la Margarita del poeta aleman, cuando yo no estuviese á su lado, diria:

«Donde no está él, está mi sepulcro; solo donde asoma, reina la vida.»

«Si me asomo á la ventana es para verle; si traspaso el umbral de mi puerta es para salir á su encuentro.»

Pero, así como en la cándida niña que Mefistófeles no pudo perder, el amor tiene fuerza material bastante para imponerle el crímen, en mi Margarita aquel es tan puro, tan sublime, que siendo mia su alma siempre, descendería vírgen á la tumba primero que exponerse á tener que ocultar á sus hijos el nombre del padre que les diera el sér.

Aquí llegaba Andrés en la descripcion de las prendas morales y físicas de la mujer de sus sueños, cuando un objeto extraño interrumpió al enamorado poeta.

Acababan de tropezar sus piés con una cosa que, al impulso que recibió del tropiezo, se arrastró por el suelo hasta corta distancia.

Andrés dirigió sus ojos instintivamente al ob-

jeto, cuando aún rodaba, y vió que, en su marcha, desprendia de su seno papeles, cartas y tarjetas.

Bajáronse los dos amigos y recogiéronlo todo; Alfredo tomó varios de los papeles y de las cartas; Andrés los restantes y la cartera, pues una cartera, como habrá supuesto el lector, era lo que habian encontrado.

Esto ocurria en Recoletos, frente al ministerio de la Guerra.

—Vamos á ver qué es esto.

—Por lo repleta se deduce que no pertenece á ningun pelafustan.

Andrés y Alfredo se acercaron al farol más inmediato, con objeto de poder leer las tarjetas y reconocer mejor el hallazgo.

Una vez colocados en sitio á propósito, practicaron el reconocimiento detenidamente.

—Varias tarjetas con el mismo nombre; una, dos, tres, varias cartas, dirigidas á D. Felipe del Banco y Trellez, la minuta de una escritura á favor de alguien, pues no es cosa de leerla hasta el fin; una tarjeta para anotaciones con los números de la ruleta en la parte superior; un pliego de papel con varias cuentas... restas, multiplicaciones...

Mientras Alfredo iba enumerando de este modo todo cuanto habia recogido; Andrés, pálido, desencajado, como quien acaba de recibir una de esas impresiones poderosísimas que solamente las grandes desgracias ó las alegrías extremas pueden ocasionar, permanecia á su lado estático, cla-

vado en el suelo y como estátua de mármol.

Entre sus manos tenia un retrato.

Los ojos parecian querer saltarse de sus órbitas; tan intensa era la mirada que despedian sobre la fotografía.

—¿Qué tienes, Andrés? ¿No me dás cuenta de lo que te ha cabido en suerte? ¿Pero, qué veo? ¡se te ha caido la cartera!

Y Alfredo la recogió del suelo, cayendo de su fondo, con gran sorpresa suya, al verificarlo, una porcion de billetes de Banco.

—Mira, mira, exclamó, recogiendo aquellos valores que conjuntaban un capital.

Andrés siguió absorto en la contemplacion que le distraia.

—Pero, Andrés, Andrés, repitió Alfredo gritando y aplicando una de sus manos en forma de trompetilla á una de las orejas de su amigo, al propio tiempo que acercaba sus lábios á ella, para que oyese mejor.

Aquel cañonazo, disparado á boca de jarro, sacó de su éxtasis al poeta.

—¿Crees en las apariciones?

—Ni en los milagros.

—Pues aquí tienes un caso.

—¿De cólera morbo?... Hoy estás insoportable.

—Porque hoy es el dia supremo de mi vida; porque hoy es un dia maravilloso y sobrenatural para mí.

—Pues explícate con treinta de á caballo.

—Mira...

Y Andrés entregó el retrato mencionado á Alfredo.

—¡Hermosa mujer, por vida mia!

—¿La conoces?

—No la he visto jamás.

—Yo sí.

—¿Quién es?

—Mi encanto, mi sueño, el ideal de mis ilusiones, la mujer de que te venia hablando.

—Tu has perdido la chaveta, Andrés.

—Nó, mil veces nó. Estoy seguro de mí mismo: tengo clara la razon. Esta mujer es ella, y puesto que obra en mi poder su retrato, retrato que supone un original; ella debe vivir, ella existe. Alfredo, soy feliz.

—No lo sería yo menos si al dueño de todo esto se le hubiera ocurrido emigrar á la luna.

Alfredo, diciendo estas palabras, enseñaba á su amigo el rimero de billetes que tenia en su mano.

—¿Al dueño? contestó Andrés, y desapareció la alegría que se dibujaba en su cara.

—Claro está; porque no supongo que quieras quedarte con nada de ello.

—De ninguna manera: hay que devolver la cartera íntegra á quien la ha perdido.

—Pues segun se desprende de todos estos documentos, el Sr. D. Felipe del Banco y Trellez, se estará tirando de los pelos á estas horas, que nadie con gusto vé desaparecer de su bolsillo una cantidad respetable.

—¿D. Felipe del Banco y Trellez?

—¿Le conoces acaso?

—No; mas me parece que ese nombre no me es desconocido. Espera... sí, eso es... Yo he leido ese apellido en los periódicos.

—Es verdad: me haces recordar que yo tambien lo he leido.

—Pues ya que en estas cartas constan las señas de su domicilio, mañana mismo tranquilizaremos al buen señor.

Los dos artistas, despues de guardar Alfredo en su bolsillo la cartera con todos los documentos y valores, y Andrés en el suyo el retrato, subieron hasta la Castellana, volviéndose de allí á Madrid.

Al pasar por la Puerta del Sol, en el reloj del Ministerio de la Gobernacion daban las cuatro.

Poco despues, Andrés, meditabundo y triste, penetraba en su casa, mientras Alfredo se dirigia á la calle del Rubio, en donde tenia el estudio y habitacion, situados poco más poco ménos, á la misma altura sobre el nivel del mar que la boardilla del escritor.

CAPÍTULO III.

El gallego Felipe.

Para que te formes una idea precisa, exacta del personaje que traigo entre manos, y cuyo nombre únicamente conoces hasta ahora, me veo en la necesidad de relatarte dos historias, amable lectora mia, lo cual siento de todo corazon, puesto que no sé hasta qué punto puede serte agradable la lectura de lo que voy á decir en este capítulo y en el siguiente, toda vez que la política anda en ello.

Se habla tanto de política en este país que nos cupo en suerte, sobresale tanto entre nosotros la aficion á *patrioterizar*, que así pertenezcas á la clase afortunada que habita los palacios, como á la menos favorecida por la fortuna, que hemos dado en llamar media, ó á aquella más desgraciada que tiene que ganar el pan cotidiano con el sudor de su frente, procurándose un limitado jor-

nal con que satisfacer las primeras necesidades que impone la vida; en todos casos, ¡oh, lectora! te supongo aburrida de oir la sempiterna charla de tu marido y de tus hijos, si eres casada, ó de tus padres y de tus hermanos si soltera, cuyo tema obligado será, estoy bien seguro de ello, la política, siempre la política.

Y como pudiera acontecer que tú, amable lectora, hubieses cogido este libro precisamente para encontrar en él alguna distraccion á esa *nostalgia* que debe apoderarse de tu espíritu con harta frecuencia, al considerar perdidos en el hombre los sentimientos y las pasiones que más estrechamente le ligan con la bella mitad del género humano de que formas parte, sentimientos de amor y consideracion hácia tu sexo que parecen haber naufragado entre el oleaje de las pasiones políticas, tengo que hacerte, siquiera sea á vuela pluma, algunas observaciones.

Como puedes considerar, la política, por lo mismo que hoy lo invade todo, forzosamente ha de tomar cartas en la novela del dia, cuando esta novela pretende estudiar y describir caractéres que son contemporáneos nuestros.

Por otra parte, si bien yo te aplaudo siempre que con una graciosa mueca ó desdeñosa sonrisa te separas del lado de tus parientes y amigos, porque éstos, lejos de atender á lo que tu naturaleza reclama, hablándote de todo aquello que está conforme con tu organizacion, la emprenden con el ministerio y con el partido *hache* ó la fraccion *equis* y no hay poder humano bastante á hacerles

apear de su burro, como vulgarmente se dice; de la misma manera no puedo hacerlo, cuando, al pasar por junto alguna habitacion en que aquellos hablan de la cosa pública, como á ciudadanos amantes de la prosperidad de su pátria cumple, vuelves la cabeza entre enfadada y enfurecida hácia el sitio en donde conversan ó discuten, y exclamas: «*¡psi! política, ¡qué tontos!*

La política, como todo, está sujeta á límites racionales, y solamente cuando los traspasa, debe ser censurada, porque entónces abusa, en detrimento de las demás manifestaciones del individuo y de la sociedad.

Debo decirte tambien que ese apetito insaciable de politiquear que se ha despertado entre los españoles, no se extiende solamente desde los Pirineos á Gibraltar, sino que traspasa los montes y los mares y se extiende por casi toda Europa, siendo consecuencia de la época histórica que atravesamos, época de transicion en que unas instituciones se hunden, mientras que otras, más conformes con la razon humana, se levantan. Estas dos razones deben mover tu indulgencia para con los hombres que, en este afan contínuo en que sumidos les tienen las luchas de los partidos, no hacen sino seguir, guiados por la luz de la inteligencia los menos, empujados por la fuerza de la ciega pasion la mayor parte; el derrotero que traza la Historia en el piélago del tiempo.

¿Sabes para quienes no encuentro motivos de disculpa? Para aquellas de tu sexo, mamás ó solteronas, que al hablar de Cabrera,—el del año 35,

no el *traidor* de ahora,—ó del general Espartero, ó de la *reina Isabel*, ó de Roque Bárcia, se hacen lenguas de tal modo, que pueden medirse las alabanzas por quintales y su peroracion por kilómetros.

No es que seamos refractarios á la idea de que no debe entender la mujer de política. La mujer es un sér racional, y á la razon ninguna ciencia le está vedada. Sin embargo, el destino de la mujer sobre la tierra la engrandece y sublima más, cuanto más íntimas y delicadas son las pasiones que aviven la sensibilidad de su corazon, porque mientras que el hombre lo es de la humanidad, ella es el órgano capital de la familia.

Y vayamos á la historia del gallego.

Es fama entre los españoles, entre los madrileños particularmente mucho más, que todos los gallegos son tontos.

Como la parte de España que ocupa el N. O. de ella y baña el Océano, provee de aguadores á la villa del oso y del madroño, y son estos *anfibios*, que recorren las calles de Madrid con la cuba al hombro y pausadamente, el tipo más acabado del *topo pensante*, mamífero que no registra Buffon en sus inmortales obras, no es difícil dar con la causa de esta creencia, tan vulgar como errónea.

Galicia, aquella hermosísima region de la pátria, cuyo fértil suelo la convierte en jardin deliciosísimo, y cuyos pintorescos valles y poéticas montañas le han valido el dictado de Suiza española; parte desheredada de la pátria que espera el calor de la locomotora para desarrollar á su im-

pulso el trabajo y la riqueza que encierra en las entrañas de sus vastas campiñas y duermen sobre la arena de sus playas; es sin disputa, al propio tiempo, una de las provincias donde la inteligencia natural raya á mayor altura. Entre los hombres de ciencia, entre los hombres de letras y en las Universidades, esta aseveracion está generalmente reconocida.

Y esto es tan cierto, que cuando un gallego sale de *casta*, por torpe que sea y se le considere, su falta de conocimiento la suple su instinto en todo aquello que le reporta interés, para lo cual no hay ni mejor saco de picardías que su idiosincrasia ni hormiguita más activa que su individualidad.

Pueden estos gallegos cometer toda clase de barbaridades, siempre que no redunden en perjuicio propio; siendo así, en Dios y en mi ánima que está por cometerse la primera.

Por esto tengo por falso y poco meditado, aquel cuento de los gallegos que se dejaron robar porque *iban solus.*

Ahora bien; allá por los años de 1837 y 38, vivia en Betanzos un mozalvete que á la sazon contaba unos diez y seis años, llamado Felipe, gallego de *casta* tan pura, que hasta sus mismos compatriotas decian: *«este sí que hará fortuna cuandu en la Córte se vea.»*

Felipe tenia la idea de venir á Madrid y así lo decia á todos sus conocidos. Sus padres no se oponian al proyecto del chico, quien pudo al fin realizarlo.

Por medio de las relaciones de un comerciante de Betanzos, amigo de su padre, pudo Felipe alcanzar una colocacion de dependiente en una tienda de ultramarinos, situada en la Plaza Mayor de Madrid.

Vino á la Córte el gallego y se instaló en la casa de su principal. Era este un riojano astuto como una zorra, y gran comerciante; entendiendo por capacidad mercantil la difícil aptitud para comprar garbanzos á 22 rs. la arroba y venderlos á 14 cuartos la libra, con la ingeniosa particularidad de tener la balanza de su tienda, á guisa de recomposicion, una plancha de cobre clavada en el reverso del platillo en que aquellos se pesaban.

Más liberal que Riego, por otra parte, pertenecia á uno de los batallones de aquella milicia de alto chacó y pantalon blanco en verano que, por entonces, era la salvaguardia de la libertad.

Nadie en su compañía rayaba tan alto, en cuanto á lo avanzado de las ideas, como nuestro hombre y por esto sus compañeros en las armas solian llamarle el demagogo.

Para él Argüelles era poco progresista y Mendizábal casi, casi, un reaccionario.

En el año de 1835, cuando la quema de los conventos, se le vió entre los grupos de vándalos que, puñal y tea en mano, sirvieron de instrumento á la lógica histórica para castigar los crímenes y la tiranía de las comunidades que habian empobrecido á la pátria y horrorizado muy á menudo á los hombres de bien.

Decian malas lenguas que, algun tiempo des-

pues de aquellos horrorosos y tristes sucesos, el riojano habia vendido á un inglés, por una gran suma de libras esterlinas, un cuadro preciosísimo de que se incautó á la sazon, con el benéfico propósito de librar aquella obra de arte de las llamas.

La circunstancia de haberse trasladado desde la plazuela de Anton-Martin, donde tenia una modesta tienda, á la Plaza Mayor, en donde estableció un almacen al por mayor, á principios de 1836, dedicándose al propio tiempo al negocio de banca, daba cierto viso de verdad á las hablillas de la murmuracion.

Felipe, el recien llegado de Betanzos, fué recibido por el capitalista, quien le espetó una arenga que sabia á fideos y olia á azafran.

El jóven pasó á ocupar su plaza de aprendiz en el almacen y allí estuvo quince años de su vida, meditando en sus ratos de ócio, sobre cómo el caballo de aquel rey, su tocayo, habia podido ser colocado sobre el pedestal que lo sostiene, sin poderse dar jamás una razon satisfactoria.

Con esto comprenderán mis lectores que el gallego Felipe tenia callos en el cerebro.

Mas, como para llegar á ser rico, no es condicion precisa la de tener sindéresis, ya veremos de qué modo llegó Felipe á llamarse D. Felipe del Banco y Trellez, tener coche, lucir una gran cruz de Isabel la Católica y sentarse en los escaños del Congreso.

Como he dicho antes, el aprendiz era torpe, pero esto mismo le favorecia en el buen concepto que de él tenia formado su principal, porque se

doblaba á todas sus exigencias y nunca se resistia á ejecutar sus órdenes.

—Gran muchacho, gran muchacho es Felipe, solia decir el riojano á los otros dependientes de la casa. Este hará carrera y llegará á ser un hombre, añadia algunas veces, dándole palmaditas en la espalda.

Y no era esta la única condicion que determinaba la simpatía del riojano hácia el gallego.

La cabeza del último, en su redondez de calabacin, dejaba un pequeño espacio á una protuberancia que sobresalia en la superficie de aquella esfera, hácia la parte en que Gall y los frenólogos colocan el órgano de la *adquisividad*.

Nuestro comerciante que, desde su cambio de fortuna, no hablaba á todas horas sino de los pingües resultados del ahorro, y de las maravillas de la economía, adivinaba el instinto de su protegido por la experiencia del propio. Por esto le predecia una buena suerte y un porvenir de oro, haciéndole objeto de su predileccion.

Pocos años despues, Felipe era el primer dependiente de la casa, y tres ántes de morir el riojano, ya tenia á su cargo todos los negocios de éste, quien, cobrándole mayor cariño á medida que trascurrian años, acabó por interesarle en sus operaciones mercantiles, dándole ámplios poderes para que le representára.

Podia decirse, pues, que el gallego estaba en camino de lograr el objeto que le trajo á la Córte, pues, como la casa del riojano verificaba transacciones en grande escala, favorecida por una nu-

merosa clientela ó parroquia, obtenia pingües utilidades, y Felipe retiraba de éstas en cada balance, una parte más que suficiente para enriquecerle en pocos años.

Pero la Providencia de los pillos, (pues por lo que suele acontecer en este pícaro mundo, no parece sino que hay dos providencias, una para los hombres de bien, y otra para los malvados), dispuso las cosas de manera que Felipe llegó á la meta de sus aspiraciones mucho ántes de lo que él mismo podia suponer.

Hé aquí cómo.

Los propósitos que en 1854 llevaron al general O'Donnell desde el cuartel de caballería á los campos de Vicálvaro, hubieran fracasado, sin el poderoso auxilio del pueblo madrileño que derramó su sangre por favorecer á los que despues formaron aquel nuevo partido constitucional, que en 1856 ametralló al pueblo para tener de su parte á la dinastía y en 1868 contribuyó poderosamente á derribar á los Borbones para engañar una vez más al pueblo.

El riojano, cuyas ideas políticas habian sufrido notable cambio, desde que el cuadro vendido al inglés le proporcionó los medios suficientes para ir conociendo cuánto valen en las sociedades el órden impuesto por el sable y la tranquilidad del terror; á medida que iba multiplicando las talegas de sus arcas, comprendia mejor cuán necesario es para la buena gobernacion de los pueblos tener á raya siempre al pueblo revoltoso, de instintos anárquicos y aspiraciones absurdas.

Por supuesto que todos estos calificativos, con otros varios que callamos, los habia aprendido el buen señor en los periódicos moderados que se publicaban por entónces.

Así es que el principal de Felipe, aquel miliciano exaltado, más todavía, demagógico, petrolista, como le llamaríamos hoy, era ya, por los años de 48 y 49, un moderado de tomo y lomo, partidario acérrimo de Bravo Murillo y del duque de Valencia.

En 1854, pues, creyó prudente ausentarse de Madrid, porque temió que algunos de sus antiguos parroquianos de la plazuela de Anton Martin, ó algunos de sus camaradas de la anterior Milicia, recordando lo de los conventos ó las mañas del antiguo tendero, llevasen á cabo alguna barrabasada contra su persona y contra sus bienes.

Asegurados éstos, tomó las de Villadiego nuestro riojano, tan pronto como olió lo que iba á acontecer, y fué á dar con sus huesos en Barcelona, donde recibió la noticia del cambio político por carta de Felipe, quien le aconsejaba al propio tiempo que se instalase en la capital del Principado y no regresara á Madrid mientras la efervescencia revolucionaria agitase los ánimos.

El almacenista de ultramarinos juzgó prudente el consejo, y resolvió permanecer en la industriosa ciudad una larga temporada.

Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone, segun el adagio reza.

El cólera, esa terrible epidemia que esparce la

muerte por las regiones sobre que estiende sus venenosas nieblas, se encargó de acortar la permanencia del riojano en Barcelona.

Uno de los primeros casos, víctimas de la asiática peste, fué el desgraciado fugitivo.

Cuando las garras de la mortífera enfermedad clavaron sus asesinas uñas en el pecho del forastero, éste comprendió que habia llegado á la última página de su historia, y con los ojos de su conciencia fué leyendo las que la precedian.

El riojano no habia sentido nunca repugnancia hácia ninguna operacion que pudiese acrecentar su caudal, y en su afan por enriquecerse, sin pararse en barras, tampoco habia desperdiciado ni una sola ocasion en su vida, de aquellas que él solia llamar *gangas*.

Pero entonces, cuando se sintió herido de muerte, el temor se apoderó de su espíritu, y con el temor, el aguijon del remordimiento penetró en su pecho.

Los médicos que le visitaban, anunciaron al dueño de la fonda donde vivia que su huésped era hombre muerto.

El fondista, procuró preparar del mejor modo que pudo el ánimo del enfermo, y acabó por manifestarle cuán conveniente era, dado su estado, el dejar arreglados sus asuntos mundanos y prepararse cristianamente, por si le era á Dios servido llamarle ante su tribunal inapelable.

El riojano se acordó entonces más que nunca de su pasado. El platillo de la balanza con que tantas porciones de menos dió á los que iban á

proveerse de comestibles á su tienda de la plazuela de Anton-Martin, le parecia ser uno de los del peso del ángel de la justicia, que esperaba severo su alma para pesar sus faltas ante el juez supremo: cada garbanzo, cada habichuela robados, se le antojaban un diablillo de larga cola y cara infernal que esperaba sonriendo su muerte para hundirle en los profundos reinos del pecado.

El moribundo era hombre sin educacion y de instruccion nula, de modo que, en aquel supremo trance, todas las horripilantes figuras que el catolicismo pinta en torno al lecho del pecador, tomaban forma en su imaginacion exaltada por la calentura.

—Sí, sí, dijo al fondista, que vengan pronto un confesor y un escribano.

El mismo dia, el último de su existencia, antes de confesar, hizo testamento nombrando á Felipe su heredero de confianza, para que este invirtiese en obras de beneficencia el valor de sus bienes que ascendia á dos millones de reales.

Felipe quedó dueño de esta fortuna por la noche: la muerte la puso en sus manos.

En el capítulo siguiente continuaremos su historia.

CAPÍTULO IV

El Excmo. Sr. D. Felipe del Banco y Trellez.

Al leer Felipe la noticia de la muerte de su principal, que le comunicaron desde Barcelona, las lágrimas se agolparon á sus ojos; pero tardaron en secarse el tiempo justo que tardó en leer lo que se le participaba á continuacion, ó sea el testamento del comerciante.

—¿Los pobres? murmuró para sí, y sus ojos brillaron de alegría, asomándose á sus lábios una sonrisa tan significativa que delataba su pensamiento.

No habia cumplido el año desde la muerte del riojano, cuando ya, el que fué su dependiente, habia realizado todos los bienes de la testamentaría.

Para cubrir las apariencias, hizo varios donativos, en nombre del difunto, al Hospital general, San Bernardino y otros establecimientos de bene-

ficencia, desprendiéndose de una cuarta parte de lo que habia testado el arrepentido mercader, con harto pesar de su alma que se le iba por los ojos detrás del dinero, cada vez que entregaba alguna suma en este sentido.

Felipe dejó el comercio. Con los setenta mil duros que se guardó del haber de los pobres y sus ahorrillos, reunió un capital más que regular, que trató de hacer producir.

Al efecto, fué á encontrar á un antiguo amigo, dependiente que habia sido con él en casa del riojano, hombre de talento y ambicioso que, algunas veces, le habia confiado proyectos para hacerse inmensamente ricos en pocos años, cuando los dos despachaban azúcares y cacaos en la Plaza Mayor.

La dificultad que encontraban aquellos proyectos era la falta de un capital suficiente para sostener el negocio hasta que produjese y, como esta falta desaparecia facilitándolo Felipe, era cosa hecha la empresa y seguro el enriquecimiento.

Hablaron detenidamente los dos amigos, y mediante la facilitacion del capital por parte de Felipe y de la inteligencia por la de su compañero, resolvieron establecer una «Sociedad de seguros sobre la vida.»

No salieron fallidas las esperanzas de los consocios.

Las sociedades de crédito alcanzaban tal fama y reputacion por entónces, que el dinero afluia á sus cajas de todas partes. Todos los pueblos de España y gran número de los de América, envia-

ban grandes sumas á Madrid, destinadas á imposiciones.

Las sociedades de seguros sobre la vida, en particular, llegaron á reunir muchos millones.

La del señor D. Felipe, como le llamaban ya todos, ofrecia soberbias utilidades á sus impositores, de modo que fué una de las más favorecidas por la fortuna.

Ya veremos en el trascurso de esta novela de qué manera aquella sociedad liquidó sus cuentas y cuán fácilmente los cincuenta mil duros que el del Banco destinó á este negocio, le proporcionaron, en diez años escasos, una fortuna quince veces mayor.

El gallego, durante este tiempo, sufrió un cambio notabilísimo.

Nadie al verle y tratarle en 1866, hubiera podido adivinar en él al tendero de ultramarinos, cuanto ménos al patan de Betanzos.

D. Felipe, en la fecha en que vamos á encontrarle, era todo un caballero. Por su traje, cortado por la elegante tigera de Caracuel, por sus maneras, que se adaptaban á las prescripciones de la más esquisita urbanidad, por todo aquello que constituye la corteza del sér humano y le envuelve ante la sociedad, encubriendo con el barniz de los modales y del porte, peculiares de las clases favorecidas por la fortuna, la ruindad de corazon y el vacío de inteligencia que á muchos de sus individuos caracteriza; parecia una persona decente y hasta honrada.

Es cosa sabida que el dinero presta desenfado

y soltura, de modo que, en la misma riqueza de D. Felipe del Banco, podria hallarse la cuenta de su aparente *sans fason* y amable trato de gentes.

Pero, como otra razon más poderosa concurrió á la realizacion de la metamórfosis habida en aquella *larva* gallega, trasformada en *mariposa* de alas de oro, no queremos ni debemos ocultarla al benévolo lector.

En el año de 1858, un dia antes del en que dió á luz la señora que, á la sazon, ocupaba el trono de S. Fernando el niño que fué proclamado Príncipe de Astúrias, y hoy vive lejos de la pátria que le vió nacer, aprendiendo en la desgracia cuán impotentes son las grandezas y los poderes de la tierra ante la ira y el esfuerzo de los pueblos oprimidos; cayó el ministerio Armero-Peñaranda, Martinez de la Rosa. Le sucedió en el poder el ministerio Istúriz-Diaz, el cual acentuó la política reaccionaria.

Como no es nuestro objeto meternos en consideraciones político-históricas, nos concretaremos á decir que, en aquella situacion, el favoritismo estuvo á la órden del dia, y tomó tales proporciones, que hasta los mismos moderados probos y rectos miraron con hondo disgusto los progresos de aquel mal, gangrena de su partido.

Entre los hombres que más figuraron durante la corta dominacion de aquel Gabinete, tenia don Felipe varios amigos íntimos, sugetos que habian admitido el nombramiento de individuos del Consejo de vigilancia de la Sociedad, al fundarse la que fué el Potosí del señor del Banco.

¡Valientes Consejos de vigilancia eran los que por entonces tenian la mayor parte de las sociedades de crédito!

Tanto les importaba á ellos la buena y justa administracion de los intereses de los impositores, como al preste Juan de las Indias.

Lo que querian era que el Director de cada una de ellas enviase de vez en cuando á cada consejero una esquela de atencion, acompañada de algunos otros billetes impresos, de más valor que el escrito, y esta impresion agradable la solian recibir con más frecuencia de lo que los intereses de la Sociedad permitian.

Pero era preciso cerrar los ojos de muchos, y está probado que no hay ceguera mayor que la producida por el brillo del oro.

El amigo de D. Felipe ó sea el Director de la sociedad de Seguros sobre la vida á que nos venimos refiriendo, se dió tales mañas para sobornar al Consejo de ella, que está por averiguar todavía si, cuando este Consejo se estableció, los que lo formaron eran sugetos que debian ya atenciones á aquel *inteligente asegurador*, ó bien recibieron las insinuaciones directoriales en la primera Junta que tuvieron.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la Sociedad comenzó á funcionar y, desde el primer dia, á preparar tambien todas sus operaciones, para que diesen el resultado que los sócios directores se habian propuesto. Este consistia en quedarse con el santo y la limosna y *liquidar* á pesadumbres á los que les habian entregado dinero.

Como la mayor parte de los hombres que formaban el Consejo pertenecian, segun hemos dicho, á la fraccion política que tuvo en sus manos los destinos y cargos públicos durante el ministerio Isturiz, no les fué difícil á los dos amigos, antiguos tenderos de la plaza Mayor, ocupar dos escaños del Congreso, con lo que adquirieron mayor influencia política y aseguraron más la impunidad de sus fechorías.

No se vaya á creer que el gallego D. Felipe logró en las Córtes fama y laureles por sus discursos: el antiguo dependiente del riojano seguia siendo casi tan bruto como cuando aquel le pronosticaba que llegaria á ser lo que tenia ya por realizado. Cuando se trataba de alguna cuestion que podia perjudicar á las sociedades de seguros, su amigo tomaba la palabra y echaba su cuarto á espadas en aquel pugilato oratorio, pues tenia instruccion y talento; pero D. Felipe se callaba como un muerto, y teniendo quien hablase en pró de sus intereses, ello le importaba un comino, porque su ambicion estaba más por una onza de oro de buena ley, que por un aplauso en las tribunas y algunos artículos laudatorios en la prensa, cosas ambas bien baladís para su aprecio.

Sin embargo, el roce de las personas ilustradas, y sobre todo el de las bien educadas, siempre deja algo: por esto D. Felipe, en fuerza de codearse con ministros, gobernadores, senadores, diputados y altos empleados del Estado, acabó por parecer lo que no era, mudando de corteza y revistiéndose de esas exterioridades que hasta los

séres más obtusos llegan á adquirir con facilidad.

Varias veces fué diputado durante los años siguientes, hasta el de 1866, cuando le encontramos, que tambien lo era.

El momento que elijo para presentarlo á ustedes, es cuando echó de menos la cartera que dejamos en poder de los dos artistas.

Llegado que hubo D. Felipe del Banco y Trellez á su palacio de la calle del Arenal, se dispuso á guardar en su secreter la suma que debia contener su cartera.

Grande fué su sorpresa cuando vió que faltaba de sus bolsillos.

Llamó á Pedro, su criado, y le mandó que bajase á ver si se le habia caido en la berlina: el criado volvió con la negativa.

Pensó largo rato con objeto de recordar los sitios en que habia estado aquella noche; pero eran tantos, que difícilmente pudo coordinarlos.

A las seis habia comido: despues de comer, tomado café, como acostumbraba, en casa de *su pasatiempo*, apelativo que prodigaba á su querida, entre amigos; de allí habia pasado al Congreso, volviendo á casa para tomar una cantidad: iba á salir otra vez en direccion á la ruleta de la Carrera, más tropezó con un amigo que queria hablarle, y se dirigió con él hácia la Castellana, donde bajaron de la berlina y dieron algunas vueltas, volviendo á ocupar el coche junto á la fuente de Cibeles para dirigirse á la casa de juego. Al pasar por frente á la Iberia, reparó en varios diputados de su fraccion que hablaban en corro á la

puerta de aquel café: hizo parar el carruaje y se unió á sus amigos. La conversacion se prolongó bastante, porque versaba sobre la sesion habida aquella tarde en el Congreso, y como D. Felipe era pasto de la conversacion, al presentarse, todos se digieron al recien llegado con ánimo de satisfacer su curiosidad.

Consistia esta en saber porqué D. Felipe habia abandonado á la minoría, cuando la enmienda del señor Nocedal habia sido desechada aquella tarde por 130 votos unionistas contra 21 moderados.

Esto era en 13 de Abril de 1866.

D. Felipe se escusó de la falta, diciendo que habia tenido necesidad de salir del Congreso á asuntos del mayor interés para él y extraños á la política, poco antes de entrarse en la órden del dia. Despues se habló de la pregunta del señor Perez de Molina sobre las casas de juego, giro que dió á la conversacion uno de los más intencionados del corro, dándole con el codo al amigo que tenia al lado.

Don Felipe se manifestó contrario á los propósitos de su correligionario, apoyándose en que él creia que las casas de juego debian ser libres y consideradas como los demás establecimientos públicos, ya mercantiles, ya industriales ó de cualquiera otra especie.

Así transcurrió el tiempo hasta que se disolvió aquel grupo, quedándose D. Felipe con uno de los que lo formaban.

Cuando estuvieron solos y sentados á una mesa del saloncito interior, dijo el del Banco:

—¿Ha visto V. eso?

—Sí señor, y puede V. vivir tranquilo respecto al particular.

—¿No se prohibirán?

—Segun me ha asegurado el secretario, no se piensa en tal cosa por ahora.

—Pues por si acaso se repitiese la pregunta de Molina, y el ministro de la Gobernacion tomara disposiciones contrarias á mis intereses, no descuide V. el poner en juego todas nuestras influencias para evitarlo y pague V. sin miedo.

Como los lectores habrán comprendido, á don Felipe no le habia sentado bien la pregunta de su correligionario el Sr. Perez de Molina sobre las casas de juego.

Efectivamente, cuando aquel celoso diputado la formuló, acababa de entrar el diputado gallego en el salon de sesiones, saliéndose de él tan pronto como el Sr. Cánovas, ministro de la Gobernacion entonces, contestó al diputado de la minoría.

Llamó D. Felipe al diputado que antes hemos visto con él en la Iberia y le dijo:

—Amigo, es preciso destruir el efecto que haya podido causar al Gobierno y al gobernador de Madrid esa maldita pregunta. Válgase V. de todos los medios, vea á unos y á otros, hable con los más influyentes, y véngame á ver esta noche en la ruleta, despues de las doce.

Aquel diputado, que era jugador tambien como D. Felipe, aunque no tenia la fortuna que este, desempeñó gustoso el encargo.

Ya sabemos que en la Iberia dió cuenta de su cometido, no en la ruleta, por haberse tropezado allí los dos aficionados á los treinta y seis números negros y encarnados.

Y aunque parezca inverosímil que dos amigos jugadores, á altas horas de la noche y á dos pasos del templo de su dios, cenen tranquilamente y abandonen despues el café con direccion á sus respectivas casas, sin subir á echar unas terceras ó á cubrir los ceros con algunas puestas, la verdad es que D. Felipe y su compañero no fueron á la ruleta.

Nosotros que, como novelistas, estamos en todos los secretos de nuestros personajes, podemos decir que no fué por falta de ganas, sino porque, meditando mejor, temieron que la autoridad tomase alguna disposicion sobre los establecimientos de juego y enviase á ellos sus agentes, y no se atrevieron á sufrir el bochorno de ser cogidos *in fraganti*.

De modo que D. Felipe, ya en su casa, y despues de haber recorrido con el pensamiento todos los sitios en que habia estado, se dijo, poniendo muy mala cara:

—¿Quién diablos vá á dar con ella ahora?

Y tomando un pliego de papel, anotó en él las señas de la cartera y los objetos que contenia, entre los que puso seis mil duros en billetes de Banco.

—Toma, Pedro. Mañana á primera hora llevarás esto á *La Correspondencia*: que lo anuncien diciendo que se gratificará bien al que se haya encontrado la cartera y los valores.

Despues se acostó y aunque era hombre, como sabemos, de muchos millones, aquellos seis mil duros perdidos le tuvieron desvelado toda la noche.

No hay café tan eficaz para un gallego de su casta como una onza perdida.

CAPÍTULO IV.

Una mujer.

En un gabinete, ricamente amueblado, á donde conduzco al lector, habia, entre otros mil objetos de lujo, un precioso relój sobre el mármol de una elegante chimenea. Lesbia y el cisne que cantó el poeta romano, tallados en bronce y dorados con perfeccion artística incomparable, formaban la base de aquel primoroso adorno; sobre el respaldo del canapé en que la estátua de la bella romana se recostaba voluptuosamente, estaba fija la esfera del relój; una campana de cristal, achatada por la cúspide, cubria tan acabado trabajo, descansando sobre el pié de marfil que lo sustentaba.

El agudo timbre de la campana del relój que

hemos descrito, repitió once veces su trémulo sonido.

Una voz argentina, de timbre incomparablemente puro, se confundió con las últimas vibraciones de la del relój.

—Juana, Juana.

—Señorita.

Al propio tiempo que la doncella penetraba en el gabinete en donde nos encontramos, las sedas del damasco que en pabellon colgaba de una argolla de oro, sujeta al techo en uno de los ángulos del gabinete, se entreabrian, y una mujer cubierta con una finísima bata de dormir, aparecia por entre los pliegues azules de las colgaduras, tal como Vénus debió nacer entre las azuladas ondas del inquieto mar.

Si nuestros lectores se fijaron en el retrato que dejamos en poder de Andrés, en uno de los anteriores capítulos, habrán conocido ya á la diosa que tienen ante sus ojos. Era ella, en efecto; era el original de la fotografía, guardada en la cartera del diputado D. Felipe del Banco y Trellez.

La doncella dispuso todo lo necesario para las abluciones de la mañana en un completo lavabo, y ayudó á su señora á practicarlas. Despues, descolgó de un armario de palo santo, cuya puerta estaba cubierta por una luna tersa de cuerpo entero, sirviendo de espejo, otra bata de *pouplin* guarnecida de raso, y cambió por ésta la de finísimo lino bordada que dejaba trasparentar las mórbidas formas de la que acababa de levantarse.

Cuando la *negligé* coqueta de por casa hubo sustituido á la incitante de alcoba, la hermosa jóven despidió á la doncella con una mirada de superioridad, medio velada por la expresion de un sentimiento más íntimo. Juana era su doncella y su confidente al propio tiempo.

Salió la amiga y criada, dejando sola á su señora que fué á sentarse á un velador sobre el que habia recado de escribir.

Empuñó la pluma de marfil, ménos blanco que la mano que la sostenia, y escribió en dos pliegos de papel vitela con cantos dorados, las siguientes cartas:

«Felipe: ¿Por qué no viniste anoche? Esperaba tu visita y la cantidad que me prometiste por la mañana. Sentiría tener que presentarme otra vez en la Castellana sin el tronco de yeguas que te he pedido. Hoy como fuera con una amiga. A las nueve estaré de vuelta en casa.

Matilde.»

«Daniel mio: Ven á buscarme á las seis: iremos á comer con Elvira y Ricardo. Anoche no vino *el pagano*. ¡Hemos perdido una noche! Te quiere,

Matilde.»

Cerró Matilde, pues ya conocemos su nombre, ambas cartas, y puso los sobres correspondientes.

Llamó despues y entró Juana.

—Que lleven esta carta á D. Felipe, y tú disponte para llevar esta otra á Daniel, añadió sonriendo.

Juana tomó la carta que le entregó su señora y salió á cumplir sus órdenes.

Poco despues volvió con la mantilla puesta y recibió la segunda.

—Fio, como siempre, en tu cautela.

—Descanse V., señorita; yo soy un pozo para estas cosas.

—Dí de paso que me traigan el almuerzo, y no tardes. Matilde pronunció estas últimas palabras con marcada intencion.

—Me hace tantas preguntas el señorito cada vez que le llevo algun recado de parte de V...

—Pues contesta con monosílabos y no te detengas como de costumbre.

—Está bien.

Juana partió.

Matilde se levantó de la silla en que habia estado sentada y fué á mirarse al espejo, ante el cual hizo una graciosa mueca de esas casi imperceptibles con que las mujeres, satisfechas de su belleza, saludan la imágen que les presenta el cristal que las copia.

Y satisfecha y alegre, esperó que le tragesen el desayuno, cantando á media voz:

«La donna é mobile
Qual piuma al vento.»

CAPÍTULO VI.

Visita inesperada.

D. Felipe no habia podido conciliar el sueño en toda la noche.

Cuando los primeros rayos del dia penetraron, á través de las cortinas de encaje de los balcones, en su habitacion, saltó de la cama, calzóse unas chinelas morunas y ensacándose en una cumplida bata de tartan, comenzó á pasear por la estancia con inquietud.

—Dinero perdido, iba diciendo para sí. Buen año para el que se lo haya encontrado. ¡Quién sabe! tal vez haya ido á poder de alguna persona honrada que me lo devuelva. ¿Devolverme mi dinero?, qué estupidez. Quién fuera tan mentecato que haciéndose á tan poca costa de ese puñado de miles de duros, quisiera desprenderse de ellos, por esa aprension que llaman delicadeza!

Y D. Felipe continuó razonando por este estilo, dando pruebas evidentes de que, juzgando á todos los hombres por sus mismos sentimientos, tenia por perdidas para siempre la cantidad y la cartera.

Aquel hombre que, en una noche sola, se jugaba con frecuencia doble y triple de la suma que entonces le inquietaba, no podia soportar el disgusto que le ocasionó aquella pérdida, y discurria por el aposento sin sosiego.

Y es que nuestro gallego era comerciante sobre todo, y para él diez mil duros perdidos al juego suponian veinte mil de ganancia en un dia de suerte, mientras que los seis mil perdidos, perdidos los contaba, sin esperanza de recobrarlos.

D. Felipe, como muchos de su calaña, era jugador de fortuna y por esto era jugador. Todos los años recogia de sobre el tapete verde una cantidad bastante á hacer la felicidad de una familia modesta, y cuando pasaba balance de las sumas pagadas y cobradas durante la *temporada*,—así llamaba él al tiempo en que jugaba, que era todo el invierno y toda la primavera,—solia decir con cierta satisfaccion: «este es el único negocio que presta, despues del de las sociedades de crédito.»

Al cabo de un rato reflexionó, como quien recuerda una cosa importante, momentáneamente olvidada.

—¡Y esa chiquilla, que se ha empeñado en tener un tronco de yeguas normandas como el de Elvira! ¡Bah! Le compraré las yeguas hoy y esto más habré echado á la calle.

Aprovechemos estos monólogos para analizar algo más de lo que queda hecho, el carácter de este hombre.

Conocemos el orígen de D. Felipe, el modo cómo llegó á adquirir una fortuna y los medios de que se valió para multiplicarla. A medida que la sociedad de crédito consabida iba despojando á los impositores, el señor del Banco acumulaba riquezas, y llegó así en poco tiempo á ser uno de los primeros capitalistas de la Córte. Mas su avaricia jamás acababa de saciarse, y cuanto más dinero contaba, mayor era su ambicion y su apego al metal acuñado, para el cual tan solo tenia corazon.

Hombre, sin embargo, y por lo tanto sujeto á las necesidades que la naturaleza impone, buscó en cierta ocasion medio de saciarlas, como podia hacerlo un millonario, y contrajo relaciones con Matilde.

—Mucho me gasta esta loquilla, le decia con frecuencia á su antiguo amigo y consócio el Director de la Sociedad; pero todo lo doy por bien gastado, pues los buenos platos se han de pagar caros.

Quien hubiera buscado en D. Felipe un rasgo de esos que comunmente titulamos espirituales, esto es, de los que revelan nobleza de alma y elevacion de sentimientos, hubiera buscado perlas en un muladar. Para él no existia otra pasion que la del oro, y todo su sentir se reducia á un sensualismo brutal, que procuraba saciar, no obstante, de la mejor manera posible.

Por esto Matilde, para D. Felipe, no era más que un *plato caro, pero un plato sabroso.*

Habian trascurrido muchas horas.

D. Felipe continuaba de mal humor y desasosegado. Él, que era un gastrónomo de primera clase, apenas habia almorzado aquella mañana.

Cuando se disponia á salir, el criado anunció una visita.

—¿Quién es?

—No los conozco: dos caballeros que preguntan por usted.

—Que pasen.

Se le ocurrió todo al gallego, menos que pudiera ser alguien que fuese á devolverle la cartera.

Poco despues entraron Andrés y Alfredo.

—¿Tenemos el gusto de hablar con D. Felipe del Banco y Trellez?

—Servidor de Vds. Tomen Vds. asiento.

—La casualidad nos trae á devolver á V. un objeto que hubo de perder ayer en Recoletos, donde lo encontramos.

—¿Una cartera con varios valores?

Y D. Felipe recargó las sílabas de la última palabra con marcada ansiedad.

—Justamente.

—¡Ah, caballeros! La accion que Vds. ejecutan es digna de elogio y yo...

—Tome V. su cartera, y vea si contiene todo lo que V. guardaba en ella.

El gallego tomó la cartera y la registró con cuidado.

—Exactamente, dijo á continuacion.

Despues, fijándose en los trajes de los artistas que tenian tanto de elegantes como de nuevos, añadió:

—¿Ustedes esperarán que recompense su proceder como merece?

Andrés y Alfredo se miraron.

—Tomen Vds., en pago de su buena accion.

D. Felipe sacó una moneda de cinco duros del bolsillo de su chaleco, y se dispuso á entregársela á Andrés.

—Caballero, para un pobre que hubiese devuelto á V. ese puñado de miles, fuera bien poca cosa la recompensa que V. trata de darnos. Nosotros no necesitamos dinero de nadie y obramos bien por deber, no por interés.

D. Felipe sin darse por entendido de aquel latigazo, contestó:

—¿Y podré saber á quiénes debo el favor que se me acaba de dispensar?

—No para que nos agradezca el favor, que en nuestro concepto no existe, sino para que V. nos cuente entre el número de sus conocidos, se lo diremos. Mi amigo es D. Alfredo Ramirez, pintor; y quien tiene el gusto de dirigirle la palabra, Andrés Salcedo, literato.

—¿Viven Vds. de las artes?

—Las artes viven en nosotros.

Los amigos se levantaron como para despedirse ya.

Alfredo que hasta entonces habia estado callado, dijo:

—Caballero, si V. me dispensara un favor que pretendo de su amabilidad, le quedaría altamente agradecido.

—Usted dirá.

—Al recojer los objetos que encierra la cartera del suelo donde estaban esparramados, llamó mi atencion el retrato de mujer que V. posee. Como pintor, no como hombre, me fijé en la extraordinaria belleza de la figura, y me creeria muy honrado si pudiese sacar un retrato al óleo de la señora ó señorita cuya copia he tenido ocasion de admirar.

—Nada más fácil. Esa fotografía no es de una señora ni de una señorita: es de mi querida.

Y D. Felipe dijo esta frase, de la misma manera que hubiera dicho: *es de mi caballo* ó *es de mi escopeta de caza.*

Andrés se puso lívido.

—¿Cuándo podrá V. presentarme á esa mujer?

—Hoy mismo. Esta noche á las nueve espéreme usted en la Iberia, y le llevaré á su casa.

—Mil gracias.

—Yo soy el que debo quedar agradecido á Vds.

—Usted disponga y hasta la noche.

—Hasta despues.

Al salir de casa de D. Felipe, Andrés no veia la calle. El corazon le latia con furia.

—Ese hombre es un necio, dijo Alfredo.

—Dí mejor un miserable, contestó su amigo.

CAPÍTULO VII.

Desencanto.

Los dos artistas se dirigieron al Suizo.

Alfredo murmuraba á media voz aquellos versos de Espronceda:

«Mas ¡ay! que es la mujer angel caido
O mujer nada más y lodo inmundo.»

Andrés continuaba silencioso y extremadamente pálido.

¿Quién de vosotros, bondadosos lectores, ha sufrido algun desencanto de los que secan el alma, de la misma manera que el sol abrasador de agosto marchita las postreras rosas primaverales? Si alguno de cuantos me leeis, que alguno habrá, ha visto desvanecerse, al soplo de una sola palabra, la bella fantasmagoría de sus ilusiones, ese podrá comprender, y no otro, todo lo triste y horrible de la situacion de Andrés.

¡Amar un ideal toda la vida, soñar en un sér

cuya existencia se tiene por imposible, y apenas se le encuentra, antes de hablarle siquiera, saber que aquel ángel de los sueños castos, que aquella divinidad á la que dedica el alma sus más puros perfumes; ni es ángel, ni es divinidad, y sí una entretenida para quien los puros perfumes del alma y los sueños castos de un corazon que ama, no tienen valor, porque son moneda inadmisible en las tiendas de modas! Desencanto terrible, desencanto cruel.

La duda es la esperanza; esperar y dudar son tan correlativas que en el fondo de toda duda existe un punto luminoso que nos fascina y nos atrae con esa mágia sin igual de la más bella de las virtudes teologales, así como en el disco de luz que esta presenta, campea un punto negro constantemente que infunde al ánimo recelo y desconfianza.

Verdad de la vida. Eterno claro-oscuro del inmenso cuadro de la existencia. Sondead una lágrima, y allá en su fondo, hallareis de fijo una sonrisa; disecad una sonrisa, y en el más risueño de sus pliegues, vereis palpitar una lágrima.

La duda que espera, es casi la felicidad; la esperanza que duda, es casi el cielo; el desencanto de la realidad, cuando la realidad desvanece la duda y mata la esperanza, infierno de desventuras sin término ni tasa.

Andrés habia vivido algunas horas.

Cuando le dejó Alfredo en su casa la noche anterior, llevaba algunos minutos de vida.

Aquella noche no durmió. ¿Quién duerme al

nacer? Y él que nacia á la esperanza y á la duda, cómo habia de dormir?

—¿Será la esposa del dueño de la cartera? Y al pensar esto, Andrés, sentia que la duda se apoderaba de su mente.

—¿Será la hija ó la hermana? Y entonces la esperanza inflamaba su corazon.

Así pasó toda la noche entre la una y la otra y, por lo tanto, siempre entregado á las dos.

A la hora en que el sol entra á saludar á los habitantes de las guardillas de Madrid, Andrés, sentado en la única silla que poseia, y con el retrato de Matilde en la mano, levantó la cabeza como para darle gracias por su benéfica claridad, á cuyo favor podia contemplar más á su placer la imágen que le hacia reflexionar.

Un rayo de luz cayó sobre la fotografía.

—Bella es como tú, ¡oh, luz! ¿Será tan pura como eres? dijo el poeta.

Muy temprano era todavía cuando salió de casa y se dirigió á la del pintor.

Alfredo estaba entregado á Morfeo en cuerpo y alma.

A los golpes que Andrés daba en la puerta de su estudio, despertó y franqueó aquella á su amigo.

—¿A dónde diablos vas á estas horas?

—Vengo á que me ayudes á pensar.

—¿Necesitas Cirineo para la cruz de tu imaginacion? Como si lo viera; has pasado la noche inventando historias, y en todas ellas ha figurado la misma protagonista.

—No te chancees. La casualidad que ha traido este retrato á mi poder, puede constituir mi dicha, y por lo tanto, me importa sobremanera este asunto.

—Tú dirás.

—Esta mujer debe existir. Cuando su retrato se encuentra en la cartera de un hombre, ó es su novia, ó su esposa, ó su hija, ó su hermana.

Alfredo sonrió.

—¿Por qué te ries?

—Acaba y luego lo sabrás.

—Si es su novia, yo haré que compare mi amor con el que le tenga el tal D. Felipe del Banco, y ella acabará por amarme; si su esposa, la amaré en silencio; si su hija ó su hermana, puesto que debe ocupar una elevada posicion, trabajaré sin descanso, me haré político, escalaré los primeros puestos del Estado y pondré á sus piés mi gloria y mi fortuna. Pero, ante todo, hemos de ver cómo podremos averiguar lo que ignoramos. Yo no debo quedarme con el retrato y es preciso que, al devolvérselo á su dueño con la cartera, salgamos de dudas. Para esto se me ha ocurrido un medio. En la visita que hemos de hacer á nuestro hombre, yo llevaré la palabra. Si la conversacion trajese á cuento el retrato, tú te inmiscuyes en ella, y á título de pintor, pretendes sacar un retrato al óleo del original, con lo que fácilmente podremos llegar á lo que deseo. Y si la conversacion no recayese sobre él, inventa un medio que nos lleve al mismo resultado.

—Este último punto déjalo á mi cargo. En todo

lo demás, creo que raciocinas perfectamente; solo una ligera observacion tengo que hacerte.

—¿Cuál?

—La que se me ha ocurrido cuando me reia.

—¿Y es?

—Que bien pudiera no ser esa mujer ni novia, ni esposa, ni hija, ni hermana del que ha perdido el retrato.

—¿Que piensas decir?

—Chico, no te amosques; pero no sería el primer hombre que llevase en su cartera la fotografía de una...

Andrés, que adivinó lo que iba á decir Alfredo, le tapó la boca con la mano y exclamó:

—¡Calla blasfemo!

—Todo puede ser.

—Todo, menos que esta mujer sea impura.

¿Cómo era posible que Andrés, el soñador Andrés, pudiese creer que aquella mujer que personificaba su ideal físico, no participara de las cualidades morales que la suponia?

¡Pobre poeta, cuán poco tardó en caer despeñado á lo más profundo del desencanto!

Cuando, al despedirse de D. Felipe del Banco, éste dijo que Matilde era su querida, como hemos visto en el capítulo anterior, el corazon del enamorado artista sintió helarse la sangre de sus ventrículos.

Alfredo, que era receloso cuando de mujeres se trataba, al cerciorarse de la sospecha que habia tenido, sintió pena, pensando en su pobre amigo.

Ya hemos visto cómo ambos se dirigieron al Suizo; el pintor recitando á Espronceda y el literato mudo de dolor.

Despues de un rato de estar sentados, uno enfrente del otro, el último, el desventurado poeta, sintió que una lágrima de fuego ardia en su megilla y se apresuró á enjugarla.

—«Tous cherchent la joie ensemble;
L'espoir rit á tout venant;
Chacun tend sa main qui tremble
Vers quelque objet rayonnant.»
«Mais vers toute áme, bumble ou fiére,
Le malheur monte á pas lourds,
Comme un spectre aux pieds de pierre;
Le reste flotte toujours!»
«Tout nous manque, hormis la peine!
Le bonheur, pour l'homme en pleurs,
N'est qu'une figure vaine
De choses qui sont ailleurs.»

—Víctor Hugo es un gran poeta, exclamó Alfredo, cuando su amigo hubo terminado las tres estrofas que recitó.

Y Andrés replicó maquinalmente:

—¡Ah, sí! Víctor Hugo es un gran poeta.

CAPÍTULO VIII.

Un estreno.

La noche en que fué presentado Alfredo á Matilde por D. Felipe del Banco, convino con ella que la retrataria en su propia casa.

Al salir de esta, iba diciendo el pintor:

—¡Pobre Andrés! Esta mujer no tiene corazon.

Dos dias despues, Andrés y Alfredo se dirigieron al Circo de Rivas, donde comenzaba la temporada de verano con un estreno.

La zarzuela anunciada era original de nuestro poeta, quien no habia querido dar su nombre, por considerarla una obra ligera, escrita tan solo para cubrir el compromiso que con la empresa tenia contraido.

Sin embargo, la zarzuela obtuvo un éxito de primera fuerza, y los aplausos del público se repitieron á la conclusion de los tres actos.

Cuando estaba para terminar el primero, una carretela, tirada por dos briosas yeguas normandas, fué á pararse á la puerta del coliseo. Matilde bajó del carruaje que la conducia, y penetró en el teatro. Poco despues llamaba la atencion de todos los hombres, y excitaba la envidia de todas las mujeres, desde uno de los palcos del Circo.

En el momento en que Matilde ocupaba su asiento, los dos amigos trascurrian por la galería, hácia la parte opuesta al palco.

Andrés, que por primera vez veia á aquella mujer, exclamó al entrar ella:

—Ahí está.

—Ella es, en efecto, contestó Alfredo.

Este habia comenzado su retrato ya, y sabia por ella misma que concurriría á la funcion.

Por esto, Andrés, á quien su amigo le habia participado la noticia, la estaba esperando desde primera hora.

Largas conferencias habian sostenido los dos artistas, durante los dias trascurridos desde el en que el pintor fué á casa de Matilde, sobre esta mujer.

La noche en que el último la visitó por vez primera, Andrés esperó á su amigo en la calle de Hortaleza, donde ella vivia.

—¿Qué me cuentas? le preguntó al reunirse con él.

—Es la mujer más hermosa de Madrid.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Cómo te ha recibido?

—Como recibe una mujer acostumbrada á contar los pretendientes por los conocidos.

—¿Amará á alguien?

—A sí misma, el lujo y el placer.

—Luego esa mujer...

—Es de quien más le paga y de quien más la adula.

Alfredo, con esa vista perspicaz de artista que penetra hasta los pliegues más ocultos del corazon humano, habia recorrido todos los ámbitos del de Matilde, durante su visita, esperando encontrar en él alguna fibra delicada.

Si esta mujer, se decia, fuese capaz de sentir, Andrés heriría la cuerda sensible de su corazon mejor que nadie.

Y el deseo de poder llevar alguna esperanza á su amigo, le instigaba á estudiar con mayor detenimiento el fuero interno de la bella.

Inútil empeño. Buscar aroma en la adelfa, color en la sombra, luz en la noche, calor en el polo.

Al dia siguiente comenzó el pintor el retrato, con gran satisfaccion por parte de la retratada. Andrés queria poseerle cuanto antes.

Matilde recibió al artista con sin igual coqueteria: D. Felipe estaba presente.

—Pero si este es para V., dijo Matilde al pintor, no será gran exigencia en mí, pedirle otro retrato mio para mis salones.

—Eligirá V. entre los dos que pinte.

Los dos amigos hablaron otra vez aquel dia del modelo de Alfredo.

—¿Persistes en tu opinion?

—La ratifico.

—Quiero convencerme por mí mismo.

—Te presentaré.

—¿Cuándo?

—Mañana en el Circo, á cuya funcion asistirá.

Cuando Andrés vió á Matilde, sintió una doble impresion. Por un lado, sus ojos se clavaron en la elegante y encantadora mujer que ocupaba toda su atencion, de tal manera, que aparecia absorto en contemplarla; por otro, las pupilas del poeta no reflejaban esa brillantez, á través de la que se descubre el alma, asomada á ellas. Y era que Andrés, encantado ante la hermosura de Matilde, en que habia soñado tanto tiempo, admiraba la realidad de su creacion; pero sin sentir ante ella ninguna de esas sensaciones que revelan al corazon la presencia de la mujer que posee la llave de sus secretos, y es dueña de sus latidos. En aquella contemplacion que recreaba su vista, el alma del poeta no tomaba parte.

Al finalizar el segundo acto de la zarzuela, los aplausos del público fueron estrepitosos, y varias voces pidieron al autor.

Un actor salió y dijo que el autor no habia querido dar su nombre.

Andrés continuó distraido y completamente extraño á todo esto.

—¿Vamos allá? le dijo Alfredo durante el entreacto.

—Casi es inútil. El corazon no me dice na-

da. Esa mujer es el busto de mi ideal solamente.

—Vamos, sin embargo.

Los dos artistas se dirigieron al palco de Matilde. El pintor le presentó á su amigo. Permanecieron con ella largo rato. La conversacion recayó sobre la funcion que se representaba: en ésta jugaba el primer papel una campesina enamorada.

—La música me agrada y el libreto es, como casi todos, divertido, dijo Matilde.

—¿La divierte á V.? expuso Andrés.

—Esos amores de comedia me hacen reir mucho.

—Es decir, que V. se rie del amor, añadió Alfredo.

—Diré á Vds. Cuando el amor supone esa pasion que los autores dramáticos ó los novelistas nos pintan, ante la cual toda constancia es poca y toda sensacion pequeña, me rio, y mucho que me rio. Para mí, el amor existe, pero tal como le vemos en la vida y no de otra manera.

—¿Y qué es en la vida el amor? replicó Andrés con cierta intencion.

—Buena pregunta. ¿Quiere V. que le diga que el amor es el placer?

Al tiempo que pronunciaba esta frase, Matilde sonreia á un teniente de húsares, guapo mozo y robusto, que la saludaba desde la galería.

—Adios, Daniel; dijo enseguida agitando su abanico en direccion al militar.

Los dos artistas abandonaron el palco.

—¿Estás convencido?

—¡Parece mentira que un vaso de porcelana tan precioso no contenga sino agua de fregar!

Cuando la funcion hubo terminado, los dos amigos se retiraron á sus casas.

Andrés soñó aquella noche, pero no en Matilde: soñó en el ideal de toda su vida.

CAPÍTULO IX.

Alfredo á Andrés.

BAGNERES DE LUCHON 2 DE AGOSTO DE 1866.

Tres dias hace que respiro las dulces y frescas áuras de este ameno valle. Los baños están, como todos los años, concurridísimos: todas las notabilidades europeas de más fama se codean conmigo en este delicioso sitio.

He sentido mucho que no pudieras acompañarme, porque aquí, más que en parte alguna, encuentro á faltar tu cariñosa amistad y la riqueza de tu privilegiada imaginacion. Este establecimiento es sin duda uno de los mejor situados, y tanto la belleza de los edificios donde los bañistas se albergan, como la pintoresca campiña que les rodea y el hermoso azul del cielo que se confunde en el horizonte con el prado y las montañas, encierran gran caudal de poesía, que tú, mejor que yo, sabrías valorar. Sin embargo, gozo de ello

como artista, y no dejo en descanso el lápiz y los pinceles que me ayudan á sacar provechoso estudio de la esplendidez de la naturaleza.

Entrando en otro género de consideraciones, esto es la humanidad en miniatura. Todos los idiomas de los paises civilizados, y aún los de algunos por civilizar, tienen su órgano en este centro de la buena sociedad: el francés, el inglés, el aleman, el italiano, el ruso, el sueco, el árabe, el polaco y hasta el chino y qué sé yo cuántos más, se hablan en este mundo que, si es reducido por el número de personas que lo pueblan, es en cambio vastísimo por los capitales de inteligencia y dinero que representa, así como por la riqueza de hermosura y de elegancia que encierra.

¿Creerás que en medio de tantas bellas como tenemos aquí, una paisana nuestra, muy conocida tuya, brilla y sobresale entre todas? Aquí está, querido Andrés, aquí está ella; pues no otra podia ser causa de envidia para las elegantes parisiennes y las encantadoras inglesas que la miran despechadas. La mujer es la misma en todas las partes del globo. Una mujer que se cree hermosa, no puede soportar la compañía de otra que evidentemente lo sea más que ella. Y si vieras con qué miradas de superiosidad y de orgullosa satisfaccion rechaza Matilde las que le dirigen estas bañistas...

No vayas á creer que pueda simpatizar jamás con una mujer vulgar y prostituida. Cuando acabé su retrato en esa, ya te dije que hubiera podido aprovechar la buena impresion que mi figura

le habia ocasionado y, sin embargo, no lo hice, porque el manjar del amor es muy desabrido para mí, cuando la esencia del sentimiento no lo perfuma. Aquí, con todo, no puedo responderte de mis actos; porque Matilde me asedia, y bien sabes que el José de *La Biblia* tiene tan pocos ejemplares entre los hombres como muchos cuenta, entre las hijas de Eva, la mujer de Putifar. ¿Qué remedio? Si la marea sube y el contramaestre toca á zafarrancho, abordaré la nave que don Felipe del Banco monta, pues bien mirado, este marino es hombre al agua desde que se embarcó. Además, fio en que, cuando todos regresemos á esa, el teniente de caballería me libraría de las impertinencias de mi Cleopatra.

Para el diputado, estas aguas son una mina. Segun me han dicho, durante el mes que lleva de estancia en este punto, ha ganado en la ruleta más de veinte mil duros. Todos están asombrados de la suerte que le inspira en el juego, y más de uno de estos tahures de frac que quisieran verle arruinado para birlarle á Matilde, se dán á todos los diablos viendo que los *encarnados* y los *negros* parecen conjurados contra sus frustrados propósitos. El es el hombre de siempre: come mucho, juega más y mira de reojo á un milord á quien Matilde capea, con la habilidad que Cúchares desplegaba ante un toro salamanquino.

¿La campana de la fonda está llamando por tercera vez. En el comedor me esperan. ¿Quieres almorzar conmigo?

ALFREDO.»

CAPÍTULO X.

Andrés á Alfredo.

MADRID 8 DE AGOSTO DE 1866.

No dudes jamás de la Providencia. El hombre que blasfema cuando la duda se aposenta en él y levanta tempestades de incredulidad en su cerebro, es un insensato, cuya razon estraviada, solo conmiseracion merece. Los elevados sentimientos del alma, obtienen siempre un premio legítimo sobre la tierra, cuando esos sentimientos salvan los escollos de la impaciencia y del cansancio, sin naufragar en ellos. El amor á la gloria, si esta es perseguida con constancia por una inteligencia robusta, encuentra al fin los laureles de la fama,

y llega al templo de la inmortalidad. El amor del corazon, cuando el corazon persiste en el amor de que Matilde se reia en el teatro del Circo, acaba por satisfacer todos los deseos sentidos y por realizar todas las esperanzas soñadas.

Soy feliz, mi querido Alfredo, soy dichoso como no hay otro hombre, desde hace dos dias. Una frase te explicará mi alegría al propio tiempo que la razon de mis reflexiones: *He encontrado á la madre de mis hijos.*

Eran las cuatro de la mañana; retirábame á casa, despues de verter en la urna sin fondo del tiempo algunas horas en el café y en compañía de varios de nuestros amigos, cuando llamó mi atencion uno de esos borrachos que acá y allá suelen tambalearse, al amanecer, por las calles de Madrid. El *alumbrado* caminaba á trompicones y hablaba consigo mismo en esa jerga especial de los ébrios, que inspira risa al vulgo y lástima al hombre pensador. Yo le seguia á pocos pasos: estábamos en la Puerta del Sol. Cerca de la calle de Preciados, debajo de un farol de los que hay al borde de la acera, una jóven, en quien no me habia fijado, tenia un puesto de agua y azucarillos. Acercósele el borracho y le pidió una copa de aguardiente, segun supe despues.—No tengo, contestó la aguadora.—Esta respuesta contrarió de tal modo al sacerdote de Baco que, montando en cólera, llenó de improperios y diatribas á la pobre doncella, la cual permanecia muda y sofocada.

—¿Con que no tienes, eh? dijo el miserable. Ya verás cómo yo te lo encuentro.

Y echando mano á uno de sus bolsillos, sacó y abrió una navaja de esas que en Alcázar y Albacete suelen llamar mondadientes los que las venden á los viajeros, en las estaciones del ferrocarril.

La jóven dió un grito y cayó desmayada en mis brazos, pues habia acudido en su auxilio, al notar la accion de aquel infame. Paré con mi baston, al propio tiempo, la puñalada que el brazo torpe é inseguro del borracho pretendió asestar; y como con la fuerza del palo que le dí, acabó de perder el equilibrio, rodó por el suelo cuan largo era. En esto, una pareja de veteranos llegó á entendérselas con aquel criminal.

Yo, en tanto, habia podido fijarme en las facciones de la mujer que sostenia. Si no hubiera recibido tu carta dos dias antes, en la que me decias que Matilde se encuentra en esa con D. Felipe, hubiera creido que la tenia en mis brazos: aún así y todo dudé, y á decirte verdad, inclinado estuve á sospechar que fuese ella. Dos gotas de rocio, dos hojas de una misma rosa, dos ojos de una misma mujer, no son tan semejantes como María y Matilde.

A favor del agua con que refresqué sus sienes, volvió en sí.

—Mil gracias, caballero, me dijo, clavando en mí sus hermosos ojos azules.

Entonces conocí que efectivamente no era ella la mujer á quien ví por primera vez en el teatro, sin que mi corazon alterase sus latidos. La que agradecia el interés que me habia inspirado,

mostraba en sus pupilas un alma tan pura que me sentí estremecer y temblé de emocion al recibir su dulce mirada. La sangre afluyó á mi corazon absorto, y mi alma subió apresurada á mis ojos á saludar á su compañera, á su hermana, á la que durante tanto tiempo creí no encontrar.

Yo no sé qué misterioso enlace se elabora cuando dos almas, nacidas para amarse, se encuentran frente á frente; no sé explicar qué mística union se verifica entre aquellas esencias, creadas para completarse; pero si sé que, desde que María me miró, su alma vive en mí, y siento, al propio tiempo, que mi alma vive en ella, como si se hubieran duplicado ambas y cada uno de nosotros poseyese dos.

—Permitidme que os acompañe, exclamé suplicando, al ver que recogia los útiles de su pequeño comercio.

Ella volvió á mirarme con candorosa expresion de confianza y contestó:

—Vivo muy léjos.

—¿Y adónde no iría yo con vos?

María bajó los ojos ruborizada y calló.

Acompañé hasta la puerta de su vivienda á mi ángel. En una pobre casa de la calle del Espíritu-Santo, está el cielo que habita. ¡Cuán diferentes son el palacio en que vive esa Matilde, donde el lujo y la riqueza se ostentan por doquier, y la modesta morada de mi María! Cuando uno piensa que la virtud sufre toda clase de privaciones, mientras que el vicio y la prostitucion caminan atados á la rueda de la fortuna, siente vacilar su fé

y el criterio de la fatalidad se enseñorea de su razon. La naturaleza tiene su lógica, sin embargo, y ¡ay del malvado! Las leyes del universo no son ciegas, y á su inteligente accion no escapa ni el átomo más imperceptible. Acuérdate bien. La felicidad de María no tardará en comenzar; en cuanto á Matilde, ¡pobre mujer!

ANDRÉS.»

CAPITULO XI.

María.

Queremos satisfacer la curiosidad del lector, á quien suponemos ansioso de detalles que le den idea de la mujer cuya hermosura y carácter hacian tan feliz á Andrés.

En la calle del Espíritu Santo, y en un piso bajo, habitaba la jóven María con su madre, anciana señora cuya existencia iba apagándose, más por los padecimientos morales que sufria, que por los achaques de su avanzada edad.

La hija de su corazon era un modelo de buenas hijas que cuidaba de su madre con aquella solicitud y aquel cariño filial que pueden satisfacer únicamente la deuda contraida con los padres por los hijos en su infancia.

Madre é hija vivian en el más completo recogimiento. La primera nunca salia de casa, la se-

gunda solo pisaba las calles de Madrid á ciertas horas, y lo hacia obligada por la necesidad de procurarse trabajo y recursos conque atender á las exigencias materiales de la vida y á las farmacéuticas anexas al estado de su madre enferma.

La habitacion que constituia su morada, era modesta, pero no pobre. Algunos muebles antiguos y gastados por el uso la adornaban, y su distribucion revelaba, al primer golpe de vista, que habian servido de menaje y adorno en otros salones bien distintos al reducido gabinete que entonces los contenia.

Como en los primeros capítulos de esta novela hemos descrito á la mujer que Andrés tomó por su ideal, no pudiendo encontrar, en la fotografía que se la hizo conocer, más que los rasgos de su naturaleza física, será demás que nos detengamos en repetirlos, toda vez que sabemos ya que María se parecia á Matilde como una gota de agua se parece á otra.

La misma edad, igual estatura, paridad de talles, ojos hermanos, idénticas facciones y cabellera propia tenian. Tan solo el traje de ambas las diferenciaba; pues, mientras que Matilde lucía ricos y elegantes vestidos de seda y terciopelo, cortados por las mejores modistas, segun todos los requisitos de la moda, María vestía sencillos trajes de percal, no menos elegantes, sin embargo, que los que pagaba D. Felipe del Banco, no siempre de buen grado.

Y aquí quisiera el autor de este libro poder

hacer algunas reflexiones científicas y filosóficas que pudiesen darle el valor que no alcanzará, literariamente considerado; porque vendría como pedrada en ojo de boticario la investigacion del porqué dos organismos tan absolutamente iguales como eran el de María y el de Matilde, hubieron de determinar distintos, contrarios caractéres morales en ellas.

Las cosas mas sencillas son ocasion y causa de los más sérios estudios, y no creemos, por lo tanto, que fuera tiempo perdido el que se empleara en examinar cómo dos naturalézas físicas idénticas desarrollan sentimientos opuestos.

Porque si atendemos á las teorías darwinianas y á lo que el baron de Saint-Hilaire y otros célebres naturalistas han querido probar con gran talento y mayor erudicion, la naturaleza moral responde á la manera de ser de la física, y no es sino la resultante de las funciones de ésta; y si á Kant, Liebig y otros sábios y filósofos profundos atendemos, ambas categorías tienen vida diversa y modo de ser independiente, si bien admiten que se completan.

Y en cuanto á nosotros, que entendemos ser más lógico el sistema de los primeros y más científico, confesamos ingénuamente que no sabriamos qué responder á los que opinan como los segundos, si nos preguntaran sobre lo que me ha llevado á esta digresion, tal vez enojosa para el lector. Cierto es que en este problema mil veces planteado por la inteligencia humana, siempre faltan datos, y mientras que la fisiología no ha

llegado aún á estudiar detalladamente, y hasta en sus más microscópicas partes, los tejidos con sus funciones del cuerpo humano, la metafísica psicológica todavía basa su argumentacion en el conocido aforismo de Descartes, *cogito ergo sum.*

Mas quede esto para los doctos, y perdone el lector amable que haya metido mi hoz en campo ageno al género de mi trabajo.

María era casta y virtuosa. Trabajaba sin descanso noche y dia para que nada faltase á su anciana madre, objeto predilecto de sus cuidados y afanes.

Cuando la noche iba robando su luz al dia, y á la hora en que las calles de la villa del oso y del madroño oscurecian, invadidas por la dudosa penumbra del crepúsculo, bajaba desde la del Espíritu Santo á la de la Montera, con paso apresurado, la bella obrera, llevando en la mano una de esas grandes cajas que gastan las modistas de Madrid para recoger de las tiendas y devolver la labor que se les encarga. Para una de modas elaboraba María, y su trabajo era lo más delicado de cuanto aquel comercio ofrecia á los compradores que admiraban, sobre todo, los primorosos bordados confeccionados por las inteligentes manos de la jóven.

Pero si el fruto de este trabajo pudo, durante mucho tiempo, bastar á sufragar los gastos de la casa, llegó un dia para la hija en que la enfermedad de la madre, agravándose, requirió mayores dispendios y hubo de pensar en la manera de arbitrarse otros recursos.

Entonces fué cuando la afligida hija, que cosia todas las horas de luz y la mayor parte de las de la noche, ideó y puso en vias de hecho, la venta de agua, azucarillos y buñuelos en la Puerta del Sol, á donde se trasladaba con su mercadería todos los dias, aún aquellos más rigorosos del frio invierno, en las primeras horas de la madrugada. Con esto logró ganar algun dinero más y acrecentar un poco el resultado en metálico de su incansable laboriosidad.

¿Parecerá á Vds. quizá un tanto extraño el recurso que eligió para obtener algunos reales sobre los que ganaba cosiendo y bordando? Ahora mismo sabrán por qué optó por aquel y no por otro, y quedarán convencidos de que María eligió bien, dada su situacion.

Los pequeños comercios, entre los que forman ese mar preñado de tempestades que la oferta y la demanda agitan, y constituye las transaciones de todas clases, que la necesidad lleva á cabo, son sin duda los que, relativamente, producen mayores beneficios. Esos mereaderes al por menor que pululan en las ciudades y ofrecen á los transeuntes cajas de fósforos unos, periódicos otros, jabones estos, agua y aguardiente los de más allá, con los demás que especulan con un reducidísimo capital á que dan tantas vueltas como dias tiene el año próximamente, haciéndole producir el cincuenta, sesenta y hasta el ciento por ciento, son, á todas luces, los que mayores utilidades consiguen, en proporcion á los fondos que manejan. Los grandes capitales y los que representan las fortu-

nas de los comerciantes menos acaudalados, apenas si logran el quince ó veinte por ciento en sus operaciones más acertadas. De ahí el que tantos hombres y tantas mujeres trabajadoras consigan ganar su subsistencia y hasta llegar á adquirir algunos bienes, dedicándose á la venta de ese sin número de objetos que se prestan por su naturaleza al comercio en pequeño. Algunos reales ahorrados bastan para poderlo llevar á cabo, y á veces encuentran en esto, los que se dedican, la base de su fortuna. El autor conoce á más de un millonario que ha vendido libritos de papel de fumar por las calles de Madrid ó Barcelona.

María no sabia una palabra de economía política; pero tenia talento y comprendió, despues de pensar en ello, que cualquier comercio en pequeño que emprendiese, le proporcionaría los recursos que las necesidades de su casa le exigian.

Pero la jóven oficiala del almacen de la calle de la Montera no habia nacido para comerciar, y si llegó á hacerlo, como sabemos, fué sacrificando la delicadeza de su carácter y los hábitos de la educacion que habia recibido.

Si ella hubiera podido cubrir los gastos de la casa con el jornal que la costura y los bordados le arbitraban, de seguro que Andrés no hubiera llegado jamás á tener la dicha de tratarla.

Y hasta no la hubiera conocido tal vez; porque María, que solo salia de casa para cosas precisas, volaba por las calles de Madrid, recatándose el rostro con la mantilla.

En el capítulo siguiente encontrará el lector la

razon de este recato. Por ahora bástele saber que María se dedicó á la venta de lo que queda dicho, porque podia practicarla á las horas en que la buena sociedad de Madrid duerme el primer sueño, y solo trascurren por las calles los obreros que se encaminan á sus faenas y las criadas madrugonas. Otra causa poderosa la habia inclinado á ello, y era que su madre la creia durmiendo durante las horas que dedicaba á sus mercancías y, por lo tanto, podia ocultarle el sacrificio heróico que por ella se habia impuesto.

La pobre madre hubiera muerto de dolor si hubiese sabido que su hija se habia rebajado hasta confundirse con las aguadoras callejeras.

CAPÍTULO XII.

La baronesa del Prado.

Vamos á relatar una historia de lágrimas.

Existen séres en la tierra condenados á sufrir amargos sinsabores toda la vida, y se ceba la desgracia en ellos con tal encarnizamiento, que no les abandona sino despues de acompañarles hasta la misma fosa, víctimas de la saña y crueldad de su funesto destino.

La baronesa del Prado era uno de estos desventurados séres.

Hija única de una opulenta casa aristocrática, tuvo la desgracia de perder á sus padres siendo niña. Recogióla una tia suya que vivia en la córte, y vino con su pariente á Madrid desde Astúrias, donde dejó su cuna y la tumba de aquellos á quienes debia la existencia.

Creció la baronesa y fué, á los pocos años, la

más hermosa dama de cuantas frecuentaban los salones de la nobleza madrileña.

Un corazon en extremo sensible, que merecia otra bien distinta suerte que la que le cupo, latia en el pecho de la noble asturiana. Él la perdió, como á tantas otras desventuradas ha perdido y pierde el corazon que atesoran.

Vivia por entonces en Madrid uno de esos hombres que nadie sabe de dónde proceden ni á qué familia pertenecen; pero que se tutean con los títulos de más alto coturno y son visita de la marquesa de tal y de la duquesa de cual; visten los mismos trajes que sus amigos el conde de esto y el baron de lo otro, y se presentan con ellos á caballo ó en carruaje en los paseos de la coronada villa. Es verdad que nadie sabe de dónde sacan el dinero que gastan, porque sus bienes se ocultan en el misterio, como el nombre de sus progenitores, mas esto no importa para que se les abran todas las puertas y encuentren benévola y hasta familiar acogida entre aquellos que no se dignarían recibir la visita respetuosa de un *plebeyo*, aunque este fuese por su talento y por su honradez mil veces más noble que los que deben su nobleza al color de la sangre.

Suelen ser estos tales, por regla general, grandes cazadores que persiguen *un buen partido,* y pueden contarse por docenas aquellos que logran el objeto que se proponen. La mujer que ya de sí es sensible y arrebatada en sus pasiones, suele serlo más cuando pertenece á la aristocracia española; y aquellos truanes, que no ignoran esto,

saben aprovechar en ciertos casos, la esquisita sensibilidad de las jóvenes de nuestra nobleza, para contraer ventajosos enlaces que casi siempre originan la desgracia de las engañadas.

El jóven á que nos hemos referido, era uno de estos desconocidos y *beneméritos* contertulianos de la aristocrática clase, y asistia á varias de las reuniones en que la baronesa del Prado brillaba por su juventud y su belleza.

Allá se enteró el taimado de los bienes que habian legado á su hija los difuntos baron y baronesa, y hallándolos conformes con su ambicion, resolvió poner cerco á la plaza que trataba de conquistar.

Por fortuna suya y desgracia de la baronesa, ésta se habia fijado ya con cierto agrado en la elegante figura y correctas facciones del hombre que la pretendia, de modo que no fué difícil al último hacer creer á la inocente doncella que estaba perdidamente enamorado de ella, ni tampoco encender en el corazon vírgen de su víctima una verdadera pasion.

La baronesa del Prado era libre, y por lo tanto, no tardó mucho en contraer matrimonio con el hombre á quien amaba con toda su alma, creyéndose la mujer más dichosa de todas, al enlazarse con él.

Poco tiempo tardó en conocer que su corona de desposada, que imaginó de rosas, era una corona de espinas. El carácter de aquel á quien habia regalado una fortuna y un título, no era amable y benévolo segun le habia simulado durante el no-

viaje, sino todo lo contrario. Además era vicioso, jugador y amante de las orgías, y como se habia casado por interés tan solo y sin amar á la que ya era su esposa, esta conoció, á los pocos dias de la boda que, el amor que le habia fingido no existia en su marido.

Sin embargo, la buena baronesa estaba enamorada de quien solo merecia su desprecio; y cuando conoció su desventura lloró mucho; pero siguió queriéndole, casi nos atreveríamos á decir más que antes.

A los nueve meses tuvo un hijo que recibió la madre en sus brazos enajenada de contento, porque al cariño maternal unia la esperanza de atraerse, por el amor del niño, el del esposo, que se ocupaba de ella muy de tarde en tarde.

Mas ya hemos dicho que aquella mujer habia nacido para sufrir. El hijo de su alma murió á los pocos dias, y al arrancarle el cadáver del seno maternal, el dolor lo desgarró sin piedad horriblemente.

*
* *

No hay pena como la pena de una madre al perder á su hijo.

El que estas líneas escribe recuerda aquí los quejidos de una que no existe ya, en el momento en que se apercibió de que se llevaban á su hijo muerto.

Nunca oí nada más desgarrador.

La naturaleza no tiene entrañas, pensé entonces, compadeciendo á la desesperada. ¿Cómo, si

las tuviera, permitiria el martirio cruel de esta pobre inocente?

Y lloré con ella, más por su dolor, que por la pérdida del niño cuya sangre participaba de mi sangre.

Aquella madre tuvo otro hijo, que tambien perdió, y entonces... fué á reunirse con sus ángeles en el cielo, ella, que era un ángel tambien.

*
* *

El baron del Prado derrochaba la fortuna de su esposa en el juego y en galanteos de teatro.

Pero como la fortuna de la baronesa era cuantiosísima, pudo el baron prolongar por espacio de bastantes años la disipacion á que se habia entregado.

La buena esposa, comprendiendo que no tardaría en verse arruinada, trató de evitar la miseria y, al efecto, de sus ahorros, fué imponiendo en una Caja de crédito varias sumas que constituian un capital regular. Esto lo hizo sin participárselo al baron; pero más por evitarle la pobreza que por temor de verse en ella.

El momento temido por la infelíz llegó al fin, y el baron, juzgándose empobrecido, en un rapto de desesperacion, puso término á su vida, dejando á la baronesa embarazada.

Esta lloró amargamente y con todo su corazon la muerte del hombre que tanto la habia hecho padecer, y tardó mucho en consolarse. Para el verdadero amor, los sufrimientos son como el agua

para las plantas, que las alimenta y presta mayor desarrollo.

Llegado el tiempo, la baronesa dió á luz dos gemelas tan parecidas, que causaban la admiracion de cuantos las veian.

En la parroquia de San Ginés, y con gran pompa, siendo padrino D. Rafael Muñoz, conde del Tilo, tio de las niñas, y madrina la Excma. señora doña Concepcion de Margarit, marquesa de las Naves, fueron bautizadas las recien nacidas, á quienes pusieron por nombre María y Matilde.

La madre vivió para sus hijas, que contribuyeron poderosamente á consolarla de la pérdida del suicida.

Las dos hermanas crecieron: gracias á esto, yo puedo escribir esta novela.

CAPÍTULO XIII.

Las Salesas.

Habian trascurrido algunos años desde el nacimiento de las dos gemelas. Contaban estas diez, y á medida que avanzaban hácia la pubertad, aumentaban su sorprendente belleza y el parecido de sus caras.

La madre se complacia en vestirlas con trajes iguales, de modo que parecian dos capullitos de un mismo tallo.

Sin embargo, ya, desde pequeñas, demostraron que sus caractéres habian de ser distintos, pues, si bien las dos manifestaban viveza de génio, mientras que María era inclinada á todo lo bueno y obediente á su madre, Matilde solo proyectaba diabluras y oia los consejos de la baronesa como quien oye llover.

Por este tiempo, una nueva desgracia hizo

muy aflictivo el estado de la baronesa: la Caja en que habia impuesto la suma que constituia su capital, y de cuya renta vivia con comodidad y decencia, quebró fraudulentamente y la desdichada señora quedó completamente arruinada.

El padrino de las niñas, que era primo de la baronesa, la recogió con aquellas en su casa, donde vivieron en lo sucesivo.

Pero, cuando las dos gemelas estaban próximas á cumplir los catorce años, por consejo del tio, la madre las llevó á las Salesas, en cuyo convento aseguró aquel que acabarian de recibir una brillantísima educacion.

Esto era en el año de 1860.

Las Salesas es uno de los conventos que mayor fama han alcanzado entre los españoles.

Todos los que estén al corriente de lo que dijo la prensa, en cierta ocasion, antes de la caida de los Borbones, tendrán una idea precisa de lo que pasaba, antes de la revolucion de Setiembre, en dicho convento, cuya fábrica es de las mayores y de más mérito arquitectónico, entre las de cuantos edificios públicos encierra la capital de España.

La muerte de cierto monaguillo descubrió más de lo que la curiosidad pública pretendia saber, y la moral se avergonzó ante los hechos que tenian efecto en aquel recinto, dedicado al amor divino.

La educacion, pues, que María y Matilde habian de recibir de las monjas Salesas, era bien distinta á la que su confiada madre supuso.

No tardaron las dos niñas en ser iniciadas por

una discreta madre, en todo cuanto concernia á sus deberes para con Dios, con el rey y con los hombres, y hubo de parecerle muy mal á María seguramente, pues escribió una carta á su madre rogándole que la sacara del convento. En cambio, Matilde le escribió otra manifestándole que se encontraba muy á su gusto en él, y que las madres la querian entrañablemente.

La baronesa atribuyó la súplica de María á capricho de niña, y fué á verla con objeto de alentarla á continuar en el convento con las buenas y santas profesoras.

Cuando María vió á su madre, se le colgó del cuello y comenzó á llorar.

La baronesa, que creyó ser esto efecto de la tristeza que la clausura hubiera podido ocasionar en su hija, la regañó cariñosamente.

María estuvo dos ó tres veces á punto de decir á su madre algo que se le escapaba de los lábios; pero otras tantas enmudeció, poniéndose colorada como una amapola. Al fin, pudo en ella más la vergüenza que la voluntad, y se resignó á permanecer en aquel sitio, donde ella, instintivamente, más bien que por raciocinio, se encontraba mal.

Trascurrieron dos años durante los que hicieron abrir los ojos á la inocente niña las que tenian interés en que no continuara teniéndolos cerrados; ella, empero, no se contaminó del mal reinante en aquella santa casa.

No así Matilde, quien pronto supo todo lo que una niña honesta debe ignorar.

Una mañana, mientras estaba oyendo una misa mayor en el coro, notó que un oficial de artillería dirigia desde la iglesia la vista pertinazmente hácia el sitio en que se encontraba ella. Matilde comprendió que se trataba de una conquista, y procuró dejarse ver lo mejor que pudo. Dos dias despues, una mandadera del convento le entregó un billetito perfumado que Matilde leyó con gran interés.

El billete era una declaracion, y en él se le pedia una cita. Decia además que podia valerse de la mandadera, para contestar.

Matilde contestó una carta llena de coquetería; pero rehusando la cita que exigia su D. Juan.

Otro nuevo billete más apasionado siguió al primero, y obtuvo tambien contestacion esquiva, y otros á éste, hasta que al fin, Matilde se decidió á poner en obra lo que, desde el primer dia de estos amores, habia resuelto ejecutar.

Escribió al pretendiente una carta tierna y apasionada y le citó para las dos de la noche en el huerto del convento, detrás de la capilla que se levantaba en el mismo y sigue en pié todavía, despues que ha desaparecido aquel.

Llegó la hora de la cita, y el militar penetró en el sagrado recinto, á favor de una llave que la mandadera le habia proporcionado, conque se franqueó una pequeña puerta que comunicaba el huerto con la Ronda.

Matilde acudió á la cita con una serenidad pasmosa en una niña de 16 años. Pero no le será difícil al lector persuadirse de que aquella sereni-

dad era lo más natural en la jóven, si recapacita que, durante el tiempo que llevaba de educanda, la educacion habia llegado á ser completa para la niña traviesa, pero sencilla y pura de dos años antes, la cual, trasformada en mujer, podia muy bien ser profesora consumada.

Matilde se aburria en el convento; pero se aburria por distintas causas que su hermana María.

Aquellas paredes que la encarcelaban le eran odiosas, y no soñaba sino en salir de ellas para gozar de los encantos y de los placeres del gran mundo.

Cuando pensaba que, pudiendo brillar en la sociedad, se encontraba sujeta al yugo de la clausura, y no pensaba en otra cosa, sentia desvio hácia su pobre madre á quien ella suponia autora de su larga reclusion.

Dijimos antes que Matilde se encontraba bien en el convento, y ahora decimos que deseaba salir de él. Aquí parece que hay una contradiccion y hemos de aclarar este punto.

Durante los primeros meses de la estancia de las dos hermanas en el convento, Matilde fué descubriendo horizontes nuevos, gracias á las lecciones de alguna madre, y hasta vastísimos, cuando llegó á estar en todos los secretos de la casa. Su exaltada imaginacion y particular temperamento, encontraron en ella los goces, hasta allí fingidos, que tantas veces los habian excitado, y por lo tanto la niña aceptó la vida del monasterio con placer.

Mas, cuando algun tiempo despues, la niña se encontró mujer, y mujer en toda la extension de la palabra, entonces comenzó á desear mayor campo para sus triunfos y para sus goces, y volvió la vista al mundo. El teatro, los salones, los paseos, los bailes, las intrigas de la sociedad y los nuevos conocimientos que en ella esperaba encontrar, fueron objeto del anhelo que se propuso saciar lo antes posible.

La baronesa, á quien habia pedido distintas veces que la sacara del convento, extrañó este cambio en Matilde, pero lo atribuyó á deseos y aspiraciones naturales en una jóven de su edad: no sospechó jamás que fueran tan mundanos como los sentia su hija.

La buena madre deseaba, más que sus hijas, tenerlas á su lado. El estado á que habia quedado reducida le privaba, no obstante, de esta satisfaccion, porque el tio de las niñas se empeñaba en que continuasen en las Salesas, y ella no se atrevia á contrariar á su pariente y protector.

—Sin él, pensaba, ¿qué sería de nosotras?

Y callaba, y obraba segun su voluntad.

Por esto siempre fueron las contestaciones de la madre negativas, cuando se trataba de la vuelta de sus hijas á casa.

Matilde, en consecuencia, decidió obrar por sí misma, y esperó ocasion en que poder realizar los planes que fraguó.

La ocasion le fué procurada por el militar que antes dejamos en el huerto del convento con ella.

Matilde era muy hermosa, segun sabemos. En la época en que la presentamos ahora, es decir, en los primeros abriles de su juventud, su belleza arrebataba.

A la primera cita que tuvo con el artillero siguieron otras: en todas puso en juego los recursos de su habilidad y coquetería para desvanecer al amante militar, logrando, por fin, lo que esperaba del enamorado á quien astutamente fingia amor.

Este le propuso una escapatoria: era lo que Matilde queria. Ella, fingió disgusto por los propósitos del seductor. Rogó, suplicó el desesperado jóven. Matilde continuó rechazando el proyecto por algun tiempo; pero, acabó aparentando ceder.

Convinieron en que, á la noche siguiente, se llevaria á cabo la fuga, y el hijo de Marte se fué loco de contento, deseando que brillase la nueva aurora para buscar habitacion en que poder alojar dignamente á su *Doña Inés*.

A los dos dias, Matilde, sentada en el sofá del gabinete que habia dispuesto su enamorado galan, recibia las caricias de éste y reia con toda su alma por la locura cometida.

—¡Qué convento, decia á su amante, qué convento! ¡Siempre las mismas monjas, los mismos curas y el mismo... sacristan! ¡Ya estaba harta!

El militar, enamorado de veras, no comprendió el sentido de aquellas palabras.

CAPÍTULO XIV.

Coche y palco.

Una mañana decia Matilde á su amante:

—¿Quién es aquella que ayer tarde te saludó sonriendo, en la calle de Alcalá?

—¿La que iba en coche?

—Sí.

—Es una que distrae en sus ócios al general Reynaul.

Matilde se calló y quedó pensativa.

Otro dia estaba en la ópera con su galan.

El militar la habia llevado, y ocupaban dos delanteras de los palcos por asientos.

—¿Quién es aquella que está sola en un palco principal, junto al de aquellas dos que visten azul y rosa?

—¿Aquella que se abanica en este momento, morena, de ojos negros, que lleva el vestido exajeradamente escotado?

—La misma.

—Pues es la que arruina al viejo marqués del Sauce.

—¿Y esa que entra ahora en el patio, la que ocupa en este momento la tercera butaca de la quinta fila?

—Esa es la de Ordoñez.

—¿Qué Ordoñez?

—El banquero.

—¡Ah!

Y Matilde quedó pensativa otra vez.

Algunas noches despues, tocó al oficial estar de guardia en el cuartel de la cuesta del Retiro.

La jóven quedó con la criada en casa, por la tarde.

Cuando fué hora de teatro, se puso el mejor traje que tenia, despues de hacerse peinar con detencion y cuidado. Colocóse en la parte izquierda del cabello un lazo azul que quedó allí fijo, á semejanza de una mariposa posada sobre una rama de aromo en flor, tan rubias eran sus trenzas; y colgó un medallon de oro de su alabastrino y torneado cuello, joya que hizo resaltar más la nieve del mórbido seno, cuyo arranque dejaba ver el ancho escote del vestido.

Matilde se miró detenidamente en un espejo y sonrió satisfecha de su belleza. En ella fundaba su esperanza y á ella fiaba su suerte, no sin justa pretension.

Mandó á su criada que la acompañara y se encaminó con ella al teatro Real.

Penetró en el coliseo y se dirigió á la contadu-

ría: allí pidió un palco. El administrador quedó asombrado ante la hermosura y la juventud de aquella desconocida, y le facilitó uno principal de los mejores. Tomó tambien un asiento de tercer piso para la doncella, y fué á ocupar su localidad.

Cuando penetró en el palco Matilde, estaba terminándose el primer acto de *La Favorita*. Todas las miradas de los espectadores que ocupaban los palcos de enfrente é inmediatos al suyo, cayeron sobre ella.

En el palco de la marquesa del Sauce se habló de esta manera:

—¿Ha visto V., marquesa, qué mujer tan hermosa acaba de entrar en el palco número cinco?

La marquesa dirigiendo sus gemelos al palco número cinco.

—Bellísima mujer, ¿quién será?

—Está sola.

—Parece que sí: hasta ahora nadie ha penetrado con ella.

En el palco de la generala Ruiz se dijo:

—¿No te parece conocer á esa rubia que acaba de sentarse en frente de nosotras?

—No me es desconocida, en efecto, pero no acierto con quien pueda ser.

—Pues jurara por mi parte que la he visto más de una vez.

—Ha llamado la atencion de todo el mundo.

—Es que es muy hermosa.

La generala, que ya cumplió los cuarenta, con cierta presuncion:

—Es como yo fuí en mis verdes años.

Las de Casabuena que ocupaban otro palco, tuvieron esta conversacion:

—Pero, mamá, si no lo viera no creería.

—¿Pues qué es, Isabelita?

—Que Matilde del Prado está ahí, sola en un palco. ¿No es verdad, Inés?

—Sí, la estoy mirando hace un rato. Ella nos ha conocido; pero se hace la distraida.

—¿Estareis equivocadas?

—Mírala tú con los gemelos y te convencerás.

—Efectivamente, es ella.

—¿Y la baronesa?

—¡Pobre señora! Nadie sabe de ella desde que el conde del Tilo le retiró su proteccion.

—A mí me dijeron las de Villaverde que se habia ido con su hija María á vivir en una capital de provincia.

—Puede ser, Inès; pero nadie sabe de ellas, segun me aseguró la condesa del Tilo no hace mucho tiempo.

—¿Es rico el oficial que robó á Matilde del convento?

—Debe serlo, cuando ella viene á la ópera, Isabel.

—Pero, ¿por qué no la acompaña?

—Tendrá más vergüenza que ella.

—No seas maldiciente, Inés.

—Mamá, ¿puede tener vergüenza la señorita que se presenta en público como Matilde, despues de lo del convento?

En un palco bajo, ocupado por dos caballeros, se conversó así:

—Mire V. qué mujer tan jóven y divina, D. Felipe.

—Bella es, como no he visto otra.

—¡Qué elegante!

—Seguramente ha venido sola.

—Hasta ahora nadie más ha entrado en su palco.

—¿Será alguna entretenida?

—No lo parece. Sin embargo, la circunstancia de estar sola siendo tan jóven, dá que sospechar.

—En cosa así gastaría mi dinero.

—Pues á ella.

—La verdad es que, si pudiera encontrar una mujer por el estilo, me importaría poco lo que me gastara.

—¡Vamos, que no es V. tan desprendido como todo eso!

—¿Yo derrochador? Dios me libre. Pero amigo mio, en el plato y la mujer, no estoy por la economía.

—Pues si V. quiere, ¿quién mejor puede obtener los favores de una mujer interesada?

—Falta saber si ella lo es.

—Como sea del ramo, téngalo V. por seguro.

—No la perderé de vista.

Matilde se habia sentado con toda la majestad de una reina. Éralo, en efecto, por su belleza de todas las que la miraban con envidia y se ocupaban de ella. Despues de arreglar su falda con esa habilidad que despliegan todos las mujeres cuando sienten, sin mirar, que los ojos de muchos

hombres están fijos en los encantos y gracias que les son naturales, paseó su mirada por los palcos, las plateas y el patio con rapidez. Conoció á las de Casabuena y á algunas otras amigas de su familia, con quienes habia estado en relacion antes de entrar en el convento; pero se hizo la distraida al notar que se ocupaban de ella. Además, su objeto no era entretenerse en recordar antiguas amistades. Comenzó, por lo tanto, á fijarse en *ellos*.

—¿Quién será mi hombre? murmuró con una tranquilidad espantosa.

Y continuó cuidadosamente en su investigacion.

Al poco rato, su mirada perspicaz ya habia hecho un estudio de cuantos se habian fijado en ella y seguian mirándola.

—Aquel es muy buen mozo, pero demasiado jóven: sospecho, por otra parte, que ha de tener poco lastre. Aquel viejo me parece bien; pero, ¿si pudiera encontrar alguno con ménos calva é idénticas circunstancias que las que le supongo?

Al fin, Matilde, se fijó en el palco bajo, donde hemos dejado á D. Felipe con su amigo.

Ya habrá adivinado el lector quiénes eran aquellos señores. Mas como en el mundo hay muchos Felipes, á pesar de ser este un nombre bastante feo, no estará demás les diga que eran D. Felipe del Banco y Trellez y su consócio el director de la Sociedad de seguros mútuos sobre la vida.

Con esa mirada de mujer que nunca se equi-

voca, la hija de la baronesa descubrió en el hombre que la contemplaba con atencion, á uno de esos séres mimados de la fortuna.

—Algo feo es, pero me parece que he dado con lo que he venido á buscar, pensó Matilde, despues de un minucioso estudio del hombre á quien se referia.

Y comenzó á coquetear y á dirigir miradas de fuego hácia el palco de D. Felipe.

Este se pavoneó y dijo á su compañero:

—Creo que esa chiquilla trata de pescarme, segun me mira.

—Pues ánimo, y aprovechar la ocasion.

—Es muy bonita y bien vale la pena de una calaverada.

D. Felipe clavó sus gemelos de teatro en Matilde, y no los movió, durante todo el segundo acto que se cantaba ya.

En el intermedio del tercero al cuarto, subió á los pasillos del piso principal, y habló con el conserje.

—¿Conoce V. á esa señorita que ocupa el palco número cinco?

—No señor, no la he visto hasta hoy en el teatro.

—¿Ha venido sola?

—Con una doncella que debe estar en los pisos altos.

—¿Quiere V. ganarse cuatro duros?

—Usted dirá.

—Llévele V. esta esquela.

—Comprenderá V. que no es por el dinero, sino por complacerle.

Y el acomodador tomó el billete y el dinero, á pesar de sus protestas.

Matilde leyó en el gabinete del palco el billete de D. Felipe, que era estúpido y estaba redactado en estilo mercantil, y dijo para sí:

—No me he equivocado, este es mi hombre.

—Dígale V. que pase.

D. Felipe penetró en el palco.

Relatar la conversacion que ambos sostuvieron sería largo y difícil, pues Matilde multiplicó las ingeniosas frases y sus atractivos, y este gastó un lenguaje tal, que no es cosa fácil describir, ni la picaresca intencion de la mujer, ni el brutal desenfado del comerciante enriquecido.

A nuestros lectores les ha de bastar les digamos, que Matilde se dirigió en la berlina de D. Felipe á casa de este, cuando terminó la funcion, que la criada fué nombrada aquella misma noche su doncella de cámara, encargándose de ir á la del oficial de artillería por su equipaje, alguna ropa, y varios otros objetos que Matilde le mandó llevase á su nueva habitacion, y que don Felipe pasó la noche más *gallega* de su vida.

Al dia siguiente, Matilde escribió á su amante una carta por el correo interior:

«No me busques, Pepe, le decia. Como no ciñas la faja pronto ó alcances algun ministerio, no me encontrarás.»

Pepe, el oficial de artillería, quiso matarse cuando leyó estas líneas; meditó mejor despues, y comprendió que no hay mujer, por hermosa que sea, que valga la vida de un hombre.

A los dos dias, Matilde ocupaba su habitacion de la calle de Hortaleza, que mandó amueblar su nuevo cortejo: al propio tiempo recibia, como primer regalo de este, el recibo de un abono al Real y el del valor de una carretela que habia comprado para ella.

Sus deseos se habian cumplido. Vivia en el mundo y poseia coche y palco.

CAPÍTULO XV.

Madre é hija.

La primera que notó la ausencia de Matilde fué María.

Al despertar, encontró á faltar á su hermana y preguntó por ella á una de las madres.

Pronto se convencieron todas las del convento de que el pájaro habia volado de la jaula, pues todas las pesquisas que para dar con la niña hicieron, fueron sin resultado.

Las celdas de todas las madres, las habitaciones de las educandas, los corredores, los cláustros, la iglesia, el huerto, todo se recorrió y todo fué detenidamente registrado, sin dar con la que se buscaba.

La abadesa escribió enseguida una carta al primo de la baronesa, participándole lo que ocurria, y María otra á su madre, llena de sentimiento. En la de la abadesa se preguntaba si la niña habia

vuelto á casa, por fórmula; porque la monja sospechaba bien que su discípula no habria abandonado el santo colegio, sin que un amante andara en el juego. En cuanto á María, desde mucho tiempo antes, sabia que este disgusto lo tenia que pasar, porque su misma hermana se lo habia dicho más de una vez, y ella la juzgaba capaz de todo.

La baronesa corrió al convento tan pronto como supo la travesura de su hija.

Recibió en sus brazos á María y lloraron las dos amargamente.

No supieron darle razon del paradero de Matilde. Ninguna monja, ni nadie de la servidumbre la habia visto salir.

Como nuestros lectores podrán comprender, la mandadera, única persona que estaba en el secreto, tuvo buen cuidado de fingir igual ignorancia que los demás, porque le tenia cuenta.

La pobre madre, desesperada, se quejó á la abadesa, y como esta quisiera disculparse, sosteniendo que Matilde era de la piel del diablo, la buena señora del Prado, que habia comprendido por algunas palabras que María se atrevió á decirle, lo que pasaba en el convento, se querelló de una manera más acentuada, y hasta insultó, en su desesperacion, á las monjas.

Despues se llevó á María regresando ambas á casa del conde del Tilo.

Era el conde un aristócrata de los de rancios pergaminos, católico, apostólico, romano y partidario ferviente de la infalibilidad del Papa, en re-

ligion; tradicionalista acérrimo, elogiador sempiterno de la ley sálica, en política, y constante admirador del padre Almeida, de Bálmes y de Valdegamas, en filosofía; bien que no habia leido otra cosa sobre esta materia que *La armonía de la razon y la religion*, del primero, las *Cartas á un escéptico* del segundo, y las obras recien publicadas del tercero, que era gran amigo suyo y se las habia regalado.

Con esto queda dicho que, para el buen conde, las monjas y los curas eran representantes en la tierra de la córte celestial, y por lo tanto, invulnerables, en su opinion, así las vírgenes del Señor como los ministros de Dios.

Dados estos antecedentes, no extrañarán ustedes que se incomodara al saber, por la misma señora del Prado, que habia tenido esta un altercado con la priora de las Salesas, incomodidad que subió de punto hasta rayar en cólera, cuando recibió una segunda carta de aquella religiosa, redactada con toda la mala intencion que pueden prestar unas tocas, en que se le quejaba vivamente del proceder de la baronesa.

En su furor, el pariente llegó á insultar á la desventurada madre de María. Le dijo que toda relacion habia terminado entre ambas familias, y que no queria alimentar y sostener por más tiempo á quien se habia atrevido á perder el respeto á una superiora tan santa y buena.

La baronesa y María se retiraron á su habitacion donde derramaron abundantes lágrimas. Pero aquella señora estaba acostumbrada á pade-

cer, y su hija se sentia capaz de todos los sacrificios imaginables dentro de la virtud, con tal que su madre no sufriera más, y ambas se comunicaron sus sentimientos con una mirada de dolor.

—Pero, ¿á dónde iremos, pobres y solas, hija mia? dijo la baronesa.

—Yo trabajaré y Dios nos ayudará.

—¡Hija de mi alma!

—¡Madre de mi corazon!

La misma noche recogió la baronesa algunos muebles que habia llevado á casa del conde del Tilo, cuando sufrió la desgracia de la quiebra de la Caja de crédito que la obligó á aceptar el amparo de su pariente, y fué á ocupar una pequeña habitacion que habia alquilado por la tarde. Aquella vivienda era la que conocemos ya, situada en la calle del Espíritu-Santo.

Durante mucho tiempo, madre é hija se ocuparon de la fugitiva Matilde. La primera recorrió todo Madrid varias veces sin poder dar con ella.

En tanto María, la buena María, olvidándose de su clase, de su rango, de su educacion y de sus costumbres, buscó trabajo y se dedicó á coser y bordar *para fuera*, como vulgarmente se dice, ganando así un salario ó jornal suficiente para costear la comida y pagar la casa. Como tenia muy buenas manos y trabajaba mucho, ya no le faltó la labor, desde que, por primera vez se la facilitaron en el almacen de la calle de la Montera, mencionado en otro capítulo.

Al cabo de algun tiempo, y cuando la barone-

sa comenzaba á desesperar de llegar á saber qué habia sido de su hija, recibió una carta de ésta.

Matilde, cuando se trasladó á la calle de Hortaleza, á la casa que le puso D. Felipe, procuró averiguar si su madre continuaba en la del conde del Tilo y si su hermana seguia en las Salesas. Con gran sorpresa supo cuanto habia ocurrido, por medio de su doncella Juana, á quien habia encargado esta comision.

—Yo las traería á casa, pero mi madre se moriría primero que aprobar lo que he hecho para arrastrar coche, y mi hermana se avergonzaría de vivir conmigo.

Pensó así, y despues añadió:

—Y para que mi madre no me busque, pues de seguro me buscará, lo mejor es desengañarla, y, sin decirle dónde estoy, hacerla saber que he decidido seguir otra suerte distinta á la de mi hermana.

Escribió, pues, é hizo llegar la carta á poder de su madre, valiéndose de una anciana criada del conde del Tilo, única persona á quien la baronesa habia dicho dónde iba á vivir, encargándole la reserva.

La criada confió el secreto en cambio de saber, por su parte, el paradero de la *señorita*, así llamaba á Matilde, con objeto de presentarse en su casa para aconsejarla bien.

Pronto lo hizo; pero aquella la recibió riendo y la oyó cantando, diciéndole, cuando la vieja sirvienta acabó de sermonear:

—Mi buena Petra, cada uno es como Dios le ha

hecho, y lo que entra con la capilla sale con la mortaja.

En cuanto á la carta que escribió á su madre, decia entre otra porcion de cosas:

«Estoy resuelta á no trabajar como María, para comer. Por otra parte, V. no puede proporcionarme nada, y mis necesidades y mis caprichos son muchos.»

—¡Hija desnaturalizada! gritó la baronesa al leer este párrafo, y cayó desvanecida en brazos del ángel que el cielo habia dejado á su lado.

Petra la criada, informó á la madre del género de vida á que se habia entregado Matilde.

Y á partir de aquel dia, la vergüenza y el sentimiento fueron, en su morada, compañeras de aquellas dos mujeres que no salian casi nunca.

La madre enfermó á causa de disgusto tan grande, y su estado se fué agravando como hemos visto ya, cuando hablámos por primera vez de la virtuosa y angelical María.

CAPÍTULO XVI.

El director de la Sociedad de Seguros sobre la vida á su consócio D. Felipe del Banco.

MADRID 10 DE SETIEMBRE DE 1866.

«Mi estimado amigo: ¡*Eureka*! Tenemos el dinero de los impositores en nuestro poder: han caido en el garlito como yo esperaba.

Anoche tuvo efecto la junta general convocada y se aprobó, despues de una corta discusion, el proyecto de que tantas veces hemos hablado, y en que fundábamos nuestras mejores esperanzas. Estamos, pues, en tren de conseguir todo cuanto anhelábamos, y nada podrá oponerse á nuestros planes.

Entre los que asistieron á la junta hubo uno,

el Sr. D. Anselmo Aracil Robles, que se opuso con gran tenacidad, al proyecto que se discutia: este señor vé bien las cosas y comprendió, desde luego, que tendíamos una red á los sócios. Pero mis esfuerzos, por una parte, y por otra, el refuerzo que encontré en la charla de D. Simeon Gosalbez Calumniador, quien pronunció un discurso de aquellos famosos suyos, inclinaron los ánimos, y la votacion fué casi por unanimidad á nuestro favor.

Han quedado, pues, redactados, los artículos que han de añadirse á los estatutos de la Sociedad, de la manera siguiente:

Artículos adicionales:

Primero. Esta Sociedad abonará á los impositores que liquiden sus cuentas con intereses en las épocas que prefija el art. 40 de estos Estatutos, el saldo que acreditaren contra la misma, en títulos que se crean al efecto.

Segundo. Cuando la Sociedad tenga que enajenar los bienes muebles y urbanos que posee, para dar cumplimiento al art. 107 y sucesivos, lo hará en pública subasta. El pago de las ofertas que en ella se hicieren, será en títulos de la Sociedad precisamente.

He dado los pasos necesarios para que, cuanto antes, quede este asunto corriente en el Ministerio de Fomento, despues de obtenida la aprobacion del Consejo de vigilancia.

Como V. sabe, dentro de tres meses cumple el plazo fijado á la liquidacion de las imposiciones inscritas en la primera série, y en los años sucesivos la de la segunda y tercera respectivamente.

No hay, por esta razon, que dormirse en las pajas. Conviene que cuanto antes regrese V. para ir realizando las escrituras de préstamo que tiene en cartera, á fin de tener dispuesto en su dia el numerario suficiente para poner en planta la operacion proyectada. Yo calculo, por los datos que arrojan los libros de la Sociedad, que se necesitan dos millones de reales para la compra de los ocho próximamente, en títulos, que arrojará al mercado la primera liquidacion de la Sociedad. Podrá quizá llegar este papel á cotizarse á más del 25 por 100, pero no lo espero, ni es creible, supuesta la publicacion del resultado de la misma.

No temo engañarme, segun esto, al asegurar que con cien mil duros bien manejados obtendremos, antes del tiempo en que se ha de llevar á cabo la primera subasta de fincas de la Sociedad, el valor en títulos, suficiente para comprar casi todos ó todos los bienes que han de enajenarse en aquella, tasados en más de ocho millones.

Bien sabe V. que me gusta preparar las cosas con anticipacion, y así me parece ocioso manifestarle que he reunido una junta de corredores, y tenido una entrevista con varios agentes de Bolsa para encargarles la adquisicion de los títulos.

El dia 26 de Agosto recibí las letras que usted me remitió contra esta casa Whagon. El 2 del corriente se cobraron, y queda hecho el asiento en nuestra cuenta particular, por el que se le abonan quince mil duros.

Buena temporada de baños ha sido la que ter-

mina para V. Con estos quince, son ya treinta y tres mil los que tengo recibidos. Bien se vé que ahí, como aquí, tiene V. la fortuna de su parte.

En cuanto á lo que me refiere del inglés en su última carta, comprendo perfectamente lo cómico del asunto y la gracia con que *su pasatiempo de V.* hará pasar el del lord! Sin embargo, recuerde lo que ocurrió en el teatro de la ópera cuando V. y Matilde se conocieron y no olvide que en Inglaterra las fortunas son superiores á las nuestras, aun á las que aquí se deben á las sociedades de crédito. Mucho ojo, pues, con el pretendiente, por si acaso.

Disponga de su invariable amigo,

Remigio Cortés.»

CAPÍTULO XVII.

Contestacion de D. Felipe.

Bagneres de Luchon 10 de Setiembre de 1866.

«Mi querido amigo: he recibido su última carta de 2 del corriente á que contesto.

Los artículos aceptados en junta general de sócios, merecen todo mi encomio: el resultado de la junta me ha dejado altamente satisfecho. No las tenia todas conmigo, si he de serle franco, pues dudaba de la aprobacion de las prescripciones que se han adicionado á los Estatutos de la Sociedad. Mal olfato deben tener esos sócios impositores, cuando no han dado con el rastro de nuestro negocio, en el momento de exigirles su beneplácito de la tranquilla en que usted les ha metido.

Tengo ahora el asunto por terminado, y me

considero dueño de las dos terceras partes del capital de la Sociedad. Usted, cuando llegue el dia, recibirá el premio de su inteligente trabajo y acertada direccion, á cuya eficacia debo los pingües resultados que voy á obtener en el negocio que emprendimos, poco despues de la muerte de nuestro antiguo principal. Algunos años van trascurridos desde entonces, y es de admirar la sagacidad y constancia con que V. ha sabido perseverar en los asuntos sociales para que estos tomasen el rumbo que nos habíamos propuesto. El éxito está próximo á coronar obra, y á dejar en nuestro poder el fruto del capital invertido y de la actividad de su inteligencia que no me cansaré de elogiar. Son treinta millones próximamente los que obran en poder nuestro en concepto de inscripciones sobre la vida. Los ocho que han de liquidarse pertenecientes á la primera série, y sobre veinte y dos más, divididos entre la segunda y tercera. Me complazco en citar estas cifras, porque me considero propietario ya de los veinte millones que me han de tocar en suerte, y le conceptúo á V. ya poseedor de los diez restantes, segun lo que privadamente tenemos convenido.

Para que alcance felíz término el negocio, pondré á su disposicion, tan pronto como llegue á Madrid, los cien mil duros que V. calcula ser necesarios para la compra de los títulos de la primera liquidacion. El tipo de la cotizacion de este papel que indica, lo considero un tanto alzado, y me permito llamar la atencion de V. sobre esto, porque me parece que los tenedores de títulos

querrán realizarlos, en su inmensa mayoría, cuanto antes, y por lo tanto, que los cederán á cualquier precio.

Dentro de tres dias saldré para esa con *mi pasatiempo*; pero pienso detenerme en Bayona algunos. De todos modos, antes del 20 estaré en Madrid.

Remito adjunta una letra de ciento diez mil reales, á ocho dias vista, cargo de los Sres. Fernandez, hermanos, y á la órden de V., que me hará el favor de mandar presentar á la aceptacion. Sírvase hacer los apuntes correspondientes en nuestra cuenta particular, y añadir esta suma en la de caja, á las que le tengo remitidas. En efecto, he sido muy afortunado esta temporada; segun mi cuenta, el dinero que traje á los baños me ha producido un quinientos por ciento de interés. En cambio, aquí se han arruinado varios sugetos, entre ellos un aleman y un ruso; este perdió ayer su último dinero y, al salir del salon de la ruleta, se pegó un tiro. Como V. comprenderá, tal desgracia turbó momentáneamente el buen humor y la animacion de los bañistas; pero hoy, despues que se le ha dado sepultura, ha vuelto á su cáuce ordinario la corriente de la vida animada y bulliciosa que aquí se hace. Yo me rio de estas gentes que pierden toda su fortuna en el juego. Me dicen la mayor parte de mis compañeros que el jugador está supeditado á una pasion vertiginosa que lo arrastra hasta el fondo del precipicio en cuya pendiente le coloca su ambicion. Esta aseveracion que corre de boca en boca, la tengo por ri-

dícula, porque yo no veo en el juego más que un negocio como otro cualquiera, que dá buenos ó malos resultados y, por lo tanto, que reclama la atencion de quien lo emprende ó exige su abandono, segun el cáriz que presenta. Es verdad que yo no tengo pasiones, ni sé lo que significa esta palabra, y tal vez por esto vea la cosa de una manera distinta á como la ven los otros. Al hablarme de esas tonterías, me parece que no soy como los demás hombres, por lo que me cuentan. El tanto por ciento es lo único que yo me explico: para mi todo está subordinado á hacer producir mucho al dinero, sea en lo que fuere y como fuere. El fin, á mi entender, justifica los medios, como he oido decir á V. algunas veces con referencia al señor de *Maquiavelo*, á quien no tengo el gusto de conocer.

En cuanto al inglés, hablando de otra cosa, no sé por qué no le dí una paliza el lúnes de la semana última. El tal lord se pasa el dia enfrente de las ventanas de Matilde esperando que ella se asome, y por las tardes y por las noches la sigue á los paseos y á los salones como si fuese su sombra. El dia mencionado se atrevió á declarársele por medio de una carta que Juana recibió con el apéndice de una onza de oro para ella. Matilde me dió á leer la carta, y nos reimos en grande del lenguaje semi-inglés del escrito. Entre otras barbaridades, le decia que tenia el *hearte breakado*. Gracias al pintor Alfredo Ramirez, que está aquí y nos visita á menudo, pudimos saber lo que queria decir, porque este artista posee el inglés, y nos manifestó

que *heart* es corazon y *to break* desgarrar, ladridos ingleses que habia castellanizado el pretendiente de las rubias patillas. Convenimos con Alfredo en que éste le contestaría, fingiéndose Matilde, y en efecto, desde entonces se sigue una correspondencia amorosa entre el peninsular y el isleño, que causa las delicias de Matilde y á mí me divierte en grado superlativo.

Termino aquí, porque va siendo hora de ruleta, y quiero aprovechar las noches que me quedan de permanencia en estos baños.

Suyo afectísimo y S. S.,

FELIPE DEL BANCO Y TRELLEZ.»

CAPÍTULO XVIII.

En Francia.

Alfredo, segun sabemos, se encontraba en Francia. Aficionado á viajar, y acostumbrado, por otra parte, á tomar baños, siempre que sus recursos le permitian pasar una temporada fuera de Madrid durante el verano, en el de 1866 habia ido á Bagneres de Luchon. La venta de unos cuadros le permitió este desahogo que, en un padre de familia no muy sobrado de dinero, hubiera sido una verdadera falta de juicio, pero que en un artista, aun siendo pobre, era la cosa más racional del mundo.

Los artistas deben tener, y tienen, en efecto, otros fueros que el resto de los humanos en todo lo que á la razon concierne.

Figurémonos, por ejemplo, un jóven cualquiera que viviese del fruto de su trabajo y lograse reunir á fuerza de sudores una cantidad. Hagamos

que ese jóven, á quien supondremos dependiente de comercio, empleado, industrial ó cosa así, sin más génio ni otras aficiones que el génio y las aficiones de la generalidad de los hombres, emprenda un viaje de recreo y se gaste en él la cantidad ahorrada, sin saber si, á la vuelta del viaje, vá á encontrar colocacion ó destino que le produzca lo bastante para comer. Es seguro que, á nuestros ojos, ese jóven será un hombre falto de juicio, y por lo tanto de razon estraviada. Mas convirtamos ese jóven en artista. Supongámosle viviendo como vivian Alfredo y Andrés, con dinero abundante unas veces, escasos de él otras, y concedámosle la ocasion y los recursos necesarios para emprender el viaje antedicho. ¿Nos extrañará que lo ejecute? No, seguramente.

Y es que una razon poderosa nos inclina á juzgar de distinta manera al artista y á quien no lo es, aunque esa razon no sea clara y definida para la de muchos, y consiste en que ya por conviccion, ya intuitivamente, todos concedemos al talento superioridad y facultades por ende para separarse del órden regular de la vida, en todo aquello que con el dinero tiene relacion. Esto prueba á mi entender que existe cierto sentimiento general en los humanos, que aprecia al talento merecedor de otra recompensa positiva que la que ordinariamente suele encontrar sobre la tierra. Pero, como este sentimiento no pasa de ahí, ni se traduce en actos—lo cual no apuntamos sino como un hecho, pues no pretendemos que se establezcan recompensas al talento por el

Estado—resulta que los artistas y demás hijos de Adan que á aquel y al estudio deben su reputacion, se quedan con esta y con las consideraciones que deben al sentimiento de que hemos hablado; pero condenados la mayor parte á vivir entre las mayores privaciones, privaciones en ellos cien veces mas sensibles, porque ellos, más que nadie, necesitan de eso que algunos llaman superfluidades y contiene, á nuestro entender, gran parte de la belleza y poesía que á la existencia social acompaña.

Dicho esto, siquiera para que Vds. no tachen de hombre sin arreglo y derrochador á Alfredo, vayamos á encontrarle en los baños consabidos.

En uno de los varios *hoteles* donde *despluman* á los bañistas los dueños de aquellas fondas, se aposentó el pintor, cuando llegó á Bagneres de Luchon. El cuarto que le dieron estaba en el mismo piso que el que ocupaban Matilde y D. Felipe.

La carta que Andrés recibió de su amigo, nos dijo bastante para que no tengamos que repetir lo que el artista por sí mismo describió y relató respecto al sitio en que se hallaba y el género de vida que en él hacía.

Quedó en aquella carta algo, no obstante, que tal vez tenga la atencion del lector en suspenso, y á eso vamos para que no bregue por más tiempo con su curiosidad.

Matilde y el diputado habian llegado á los baños mucho antes que su conocido. Este fué allí á primeros de Agosto, y aquellos estaban en ellos desde últimos de Junio.

Durante el tiempo que medió entre la llegada de los unos y la del otro, la hija de la baronesa se aburrió soberanamente. Para ella el campo, con sus flores y sus bosques, y sus montañas, y su cielo, y sus perfumes, y sus armonías, y sus mil matices á cual más brillante y esplendoroso, no tenia atractivos de ninguna clase. Los salones de baile le eran más agradables y en ellos encóntraba placer, porque con su belleza oscurecia la de las muchas concurrentes y rivalizaba con ellas en lujo y elegancia.

Pero en Bagneres no habia podido Matilde encontrar ni un solo *pollo* que valiera la pena de exponerse á tener un disgusto con D. Felipe, y recordaba con tristeza, por lo tanto, á aquel Daniel que habia dejado en Madrid.

Cierto dia, á la hora de comer, ocupó un sitio á la mesa, por vez primera, un inglés de mediana edad, grandes patillas rubias, pómulos colorados como tomates maduros, ojos entre verdes y azules, pero pequeños y uno de ellos un tanto arremangado, alto como una cucaña y flaco en grado más que superlativo. La silla en que fué á sentarse esba situada enfrente de la de Matilde.

Al llegar D. Felipe al comedor acompañando á la española, el inglés les saludó con toda la gravedad de un idem, y dejó caer todo el fuego de sus pupilas sobre la que fué á sentarse en la silla opuesta á la suya.

Ya no la perdió de vista ni un instante, y fué tal la impresion que recibió de la hermosura que le cautivaba, que comenzó á suspirar con todas

sus fuerzas; tantos fueron y tan fuertes los suspiros, que estuvo á punto de ahogarse varias veces, á consecuencia de la lucha que se entabló en su esófago entre el aire que queria salir y los alimentos que iban á entrar.

A Matilde no se le escapó ni una sola mirada, ni un solo suspiro del inglés, y con frecuencia estuvo á punto de soltar el trapo y arrojarle una carcajada á las barbas. Tuvo bastante dominio sobre sí misma para contenerse, no obstante, y ya que no ostensiblemente, se rió en grande para sí de las muecas que el extranjero se veia obligado á hacer, cuando alguno de sus suspiros atajaba el paso á la comida, y de la descarada desfachatez del ojo arañado, cuya expresion era verdaderamente singular.

Así trascurrió la comida, volviéndose luego cada comensal á su habitacion, segun se acostumbra.

Desde aquel dia el inglés fué la sombra de Matilde. Si salia al balcon le veia parado, estático, y plantado como un campanario en la calle mirándola de hito en hito; si salia de casa y daba un paseo por el campo con alguna bañista ó con don Felipe, el inglés seguia sus pasos á los pocos, y medía los suyos por los de ella; si entraba en el baile, él era el primero que la saludaba, al penetrar en el salon.

Ya sabemos que el enamorado Jhon Bull se decidió á ganarse la camarera para hacer llegar una carta á manos del ama. Y como Juana que en ello nada perdia, tomó la carta y la onza del in-

glés y llevó la primera á Matilde, á quien dijo:

—De parte del señor *Guiñolé*.

La entretenida, comprendiendo la ocurrencia de su doncella, tomó la carta y se echó á reir.

CAPÍTULO XIX.

Todavia en Francia.

Alfredo quedó instalado en la fonda donde estaban Matilde y D. Felipe.

Al dia siguiente de su llegada saludó á estos en el comedor á la hora de almorzar.

—¿Usted por aquí? dijo la madrileña.

—No esperaba la grata sorpresa de ver á usted, contestó el artista.

—¿Cuándo se ha llegado? preguntó D. Felipe.

—Ayer por la tarde. ¿Y Vds?

—Estamos aquí desde mediados de Julio.

—¿Piensa V. pasar el verano en estos baños?

—Como no le sea á V. enojosa, Matilde, mi permanencia, eso intento.

—Todo lo contrario. Esta temporada estamos en gran minoría los españoles: ya comenzaba á aburrirme, por falta de conocidos que me fuesen simpáticos.

—Eso quiere decir...

—¿Que V. me es?

—Justamente.

—Algo pretenciosa es la interpretacion.

—Me atengo á sus palabras.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero ha querido V. decirla.

—Si V. se empeña...

—No, eso no; no tengo empeño ninguno.

—¿Qué está V. diciendo?

—Que no tengo empeño en serle á V. simpático, bien claro lo digo.

—Alfredo, ¿ha perdido V. el juicio?

—¿A propósito de qué?

—¿De qué? Vamos, V. está loco, pues de otra manera no apuraría así mi paciencia.

—Confieso á V. que no me he propuesto tal puerilidad.

—¿De veras?

D. Felipe, que se habia separado para hablar con un amigo, volvió á tomar cartas en la conversacion.

—¿Conocia V. estos baños?

—No: es la primera vez que vengo.

—¿Viene V. en busca de alguna inglesa? preguntó Matilde con despecho.

—Sencillamente á pasar una temporada de campo y á hacer algunos estudios de la naturaleza.

—¿Y qué opina V?

—Opino, D. Felipe, por lo que ayer ví, pues hoy todavía no he salido, que el sitio es delicioso y convida á gozar.

Los conocidos se separaron en el corredor del piso principal de la fonda, entrándose los unos y el otro en sus respectivas habitaciones.

Desde entonces se declaró una lucha abierta entre el artista y la entretenida. Esta peleaba por atraérselo, pero él la trataba sin compasion, con marcada indiferencia. Este proceder picó el orgullo de Matilde.

Alfredo era jóven y elegante. No gastaba trajes de correcta hechura que pudiesen prestar á la naturaleza más gracia que la propia; pero en cambio le sentaban admirablemente el pantalon y la levita de su uso y un sombrero de gipijapa, bajo cuyas anchas alas brillaban sus rasgados ojos negros é inteligentes. Un bigote poblado, medio velaba sus lábios que permanecian contraidos por una expresion burlona, siempre que hablaba con Matilde: su nariz, afilada, correcta y saliente, acababa de acentuar los picarescos rasgos de su fisonomía agradable y varonil.

—Estos artistas no se parecen en nada á los otros hombres, dijo un dia Matilde á su doncella Juana, cuando salió de su habitacion Alfredo, que habia estado á visitarla.

El artista se habia complacido en martirizar á la entretenida en aquella ocasion.

—¿Es extraño que V. no se dedique á obtener los favores de alguna bañista, cuando las hay tan hermosas? le habia dicho Matilde, que ya hacia dias asediaba al pintor.

—La única que me gusta es una á quien no pienso dirigirme en ese sentido.

—¿Con que hay una que le agrada?
—Muchísimo.
—¿Y no puedo saber quién es?
—Adivínelo V.
—¿La embajadora de Austria?
—No es casada.
—¿La hija del ministro francés?
—No es soltera.
—¿Pues qué es?
—Es una de las tantas que andan por aquí.
—¿Y no se atreve V. á hablarla? Já, já, rió Matilde.
—En cuanto á eso, permítame V. Le hablo muy á menudo.

Matilde contrajo el entrecejo al oir esta contestacion.

—¿Y le gusta á V. mucho?
—Tanto como ella es hermosa.
—Entonces, es V. bien original, Alfredo.
—No sé porqué.
—Siendo ella *abordable* y gustándole á V., no es difícil dar con la razon.
—Puede haber algo que me impida solicitarla.
—¿Algun amante, quizá?
—Lo tiene, pero no es eso.
—¿Qué es, pues?
—Mi voluntad.

Matilde se quedó mirando al artista cara á cara. De buena gana le hubiese arañado.

Así fueron trascurriendo dias. Lo que en Matilde comenzó siendo vanidad, acabó por revestir todo el carácter de un deseo. Para las mujeres de

su índole, á quienes los dulces sentimientos del amor del alma les son desconocidos, un deseo tiene toda la fuerza de una pasion.

Matilde, pues, sufria, de la manera con que el sufrimiento podia desarrollarse en su naturaleza.

Alfredo continuó jugando con la entretenida, como un gato juega con un ratoncillo.

—Usted es el primer hombre que hace burla de mí, le dijo en otra ocasion Matilde.

—¿Si seré yo el destinado á regenerar á esta mujer? pensó el pintor.

Pocos dias despues de haber escrito á Andrés, Alfredo se encontró á solas con Matilde en la habitacion de esta.

—Hoy cesará V. de sufrir, dijo el artista.

—¿Acaso sufro yo?

—Qué duda cabe.

—¿Quién se lo ha dicho á V?

—Usted misma me lo está demostrando á todas horas.

—¡Alfredo!

—¡Matilde!

—Pero V. es un hombre temible por lo descarado.

—Trato á cada cual como se merece.

—¿Es V. bien cruel conmigo?

—Más lo ha sido V. con su dignidad.

—¡Alfredo!

—¡Matilde!

—¿Trata V. de humillarme?

—No puedo pensar en cosa que V. misma ha hecho.

—Pero V. es feroz.

—Y V. incorregible.

Algunos dias despues Alfredo solia pasar agradablemente entretenido las horas que D. Felipe dedicaba á la ruleta. Matilde, por su parte, habia perdido el *espleen* que la molestaba hasta entonces en los baños, y ponia peor cara al inglés que seguia persiguiéndola.

Cuando este le escribió la primera carta, tuvo buen cuidado de enseñársela á D. Felipe; porque le importaba alejar toda sospecha que pudiese recaer sobre el pintor.

Entonces se unió este al complot que D. Felipe y Matilde tramaron contra el enamorado extranjero, y entabló con él la correspondencia amorosa de que hemos hablado ya. Esto distrajo y divirtió, durante algunos dias, á los españoles. Alfredo, sin embargo, se iba arrepintiendo de la burla á que contribuia, porque tuvo ocasion de tratar al inglés, y cuanto más fueron intimándose sus relaciones, mejores cualidades fué descubriendo en aquel hombre cuyas ridículas facciones predisponian en su contra con fuerza irresistible.

El deseo de cortar la broma de que era cómplice por una intemperancia del buen humor, de un lado, y el estado de su bolsa que iba vaciándose insensiblemente, de otro, hicieron pensar á Alfredo que en España tenia amigos que le esperaban y un caballete que reclamaba á su dueño.

Arregló, pues, su maleta, y una mañana pretestando que habia recibido un parte en que se le llamaba á Madrid, con el objeto de que Matilde no

se enfureciese, se despidió de sus amigos y emprendió el regreso á la península.

En un momento en que pudo hablarle Matilde sin testigos, le dijo:

—Vén á verme en Madrid, dentro de pocos dias, cuando yo regrese.

—Prometo visitarte...

—A horas en que esté sola.

—Cuando no haya húsares en tu casa.

D. Felipe y su compañera no tardaron en volver á Madrid.

Ella, desde que Alfredo dejó los baños, demostró grandes deseos de regresar á la córte, y como la temporada de verano iba de vencida, D. Felipe accedió.

El dia 18 de Setiembre se encontraban otra vez los tres viajeros instalados en sus respectivas y habituales viviendas.

CAPITULO XX.

El inglés en Madrid.

Una tarde de los últimos dias de Setiembre del año en que comienza esta novela, entró un extranjero en un almacen de modas de la calle de la Montera, en cuyo aparador vió algunos cuellos y puños de camisa.

Era la hora en que los faroles del alumbrado de Madrid comienzan á consumir el gas bastante malo que los alimenta, y en que los horteras de las tiendas encienden los reverberos y luces de los escaparates y comercios.

Pidió el forastero una docena de pares de puños que escogió entre los varios que el dependiente del almacen sacó, y cuando se disponia á pagarlos, quedó con los dedos en el bolsillo de su chaleco, mirando fijamente á una persona que acababa de entrar en el establecimiento.

María, que ella era la recien llegada, saludó

al dependiente, y fué á sentarse en una de las sillas que habia junto al mostrador, esperando que aquel cobrase el producto de la venta.

Pero el extranjero parecia de piedra y estaba como olvidado de todo. Atento solo á la contemplacion de la jóven obrera, la miraba de tal modo, que María se ruborizó y desvió con inquietud la vista.

—Caballero, le dijo el dependiente, tengo que despachar á esta señorita, por lo cual suplico á usted que no demore esa actitud.

—Perdon, contestó en mal español el interpelado; pero yo conozco á esta señorita, y me extraña verla aquí y con ese traje.

María oyó algunas de estas palabras, y se puso colorada como la grana.

—Este caballero me confunde con Matilde, pensó, y algunas consideraciones que esta idea le sugirió, la hicieron temblar de vergüenza y de dolor.

El comprador pagó y fué á colocarse junto á la puerta, frente al escaparate del almacen.

Un jóven de arrogante apostura y mirada serena que esperaba allí, se fijó en el extranjero que acababa de colocarse á su lado.

Poco despues, salió María de la tienda y se unió al jóven que aguardaba. Ambos se dirigieron hácia la Red de San Luis.

El que habia comprado los puños les siguió.

El lector habrá comprendido quiénes eran los dos hombres que caminaban á pocos pasos de distancia. El acompañante de María era Andrés; el

otro, el inglés que conocimos en Bagneres de Luchon.

Andrés, volvióse á mirar si les seguia el extranjero y puso una cara de todos los diablos al importuno que iba detrás.

María notó que Andrés estaba violento, y procuró tranquilizarle.

—¿Vas incomodado?

—Pienso que te expones, cuando sales sola, al imprudente atrevimiento de ciertos hombres, y eso me molesta.

—¿Nos sigue alguien?

—Uno que estaba comprando en la tienda cuando tú entraste.

—¿Ese extranjero?

—¿Le conoces?

—¿Yo? Le he oido hablar y por eso sé que no es español.

—Te miraba en la tienda como si te conociera.

—Ya lo he notado.

—Y ha esperado á que salieses sin duda para hablarte, cosa que mi presencia impide.

—No sé qué tenga que decirme. De todos modos, yo no escucharía una palabra de persona desconocida.

—¡A cuántos disgustos te expone el cariño filial!

—¿Y qué hacer? Ese es mi destino.

—Yo procuraré que cambie pronto.

—Me siento feliz ya, desde que te conozco.

—¡Tanto me amas!

—¿Pues no lo sabes?

—Sí, lo sé; pero necesito que lo repitas á cada momento. ¡Si vieras qué encanto tienen para mí tus frases amorosas!

—¡Andrés!

—Me parece oir una música del cielo cuando me dices que me amas.

—No seas exagerado.

—Mi corazon se ensancha si tus palabras van dirigidas á él, y en cada una de ellas recibe un tesoro de esperanzas.

Así siguieron hablando los dos enamorados hasta llegar á la calle del Espíritu-Santo, donde Andrés dejó á María á la puerta de su casa.

El inglés se plantó en la acera del otro lado de la calle y quedó allí como clavado en las losas.

Andrés se despidió de María y comenzó á pasear por la calle esperando que el inglés abandonaría el sitio.

Pero pasó un cuarto de hora y luego otro, y una hora despues, y otra á continuacion, y el inglés no se movia.

—Qué hombre tan cócora, pensó el poeta.

De pronto se le ocurrió á este una idea.

—Sí, esto es, murmuró.

Y cruzando la calle, se acercó al desconocido.

—Esa mujer no es la que V. piensa, le dijo.

—¿No es la que pienso? contestó el inglés, mirando al poeta con desden.

—No señor.

—¿Y V. qué sabe?

Andrés sintió extremecerse y tuvo ganas de estrangular al impertinente que así le contestaba.

Mas pensó que si habia en ello impertinencia él se tenia la culpa, pues se habia dirigido á un hombre desconocido, que con perfecto derecho hacia lo que le daba la gana, aunque esto no agradase ni poco ni mucho al poeta. Sin embargo, teniendo por cierta la idea que acababa de concebir, y deseando, por otra parte, ausentar á aquel hombre de allí, volvió á decirle:

—Caballero, no trato de ofender á V.; pero esa mujer no es la que V. conoce.

—¡Ah! contestó el inglés en tono más comedido: yo estoy seguro de que es ella.

—Usted se equivoca. Hay otra mujer en Madrid que se parece á esta como un rayo de sol á otro rayo de sol, y V. ha tomado á la una por la otra.

—Estoy seguro que no. Conozco bien á la señorita que acaba de entrar en esa casa: he estado con ella dos meses en Bagneres de Luchon.

—Justamente. En los baños conoció V. á Matilde, y esta señorita no es Matilde, sino María.

—¿Conoce V. á Matilde?

—Sí, bastante.

—¿Y puede V. decirme dónde vive?

—Con mucho gusto. En la calle de Hortaleza, núm. 10, triplicado.

—Gracias, caballero, no olvidaré el favor que usted acaba de hacerme.

—No vale la pena de que me lo agradezca.

Andrés y el lord se separaron en la calle de Fuencarral.

El primero se dirigió al Suizo. Allí le esperaba tomando café su amigo Alfredo.

—¿A que no aciertas con quién acabo de hablar? le dijo al pintor.

—¡Quién sabe!

—Con un conocido tuyo.

—¡Tengo tantos!

—A quien has hecho el amor.

—¡Yo!

—Tú.

—Estás loco.

—Con quien has sostenido correspondencia erótica por todo lo alto.

—¡El inglés!

—El mismo.

Y el poeta refirió minuciosamente á su amigo lo que acababa de suceder.

CAPÍTULO XXI.

Cambio de decoracion.

Matilde esperó en vano que fuera Alfredo á visitarla.

Pasó un dia, trascurrió una semana y el pintor no fué á verla.

No así el teniente de húsares, quien se presentó en su casa tan pronto como supo que habia regresado de los baños.

Ella, pues, á los pocos dias, si no olvidado, tenia menos presente al pintor, y estaba otra vez enredada con el de á caballo.

Una noche se encontraba éste con Matilde en el gabinete que describimos en otro capítulo.

Juana entró de pronto y dijo:

—Señorita *el pagano* sube en este momento la escalera.

—Métete en ese armario Daniel.

—Déjale que entre.

—No por Dios, que me pierdes.

El militar se encajó como pudo en el armario que ya conocemos, y Matilde cerró la puerta-espejo.

D. Felipe entró casi en el mismo momento.

—¿No me esperabas esta noche?

—Como me has escrito que te ausentabas por dos dias.

—Sí, creí marchar esta tarde á Aranjuez con un amigo paisano; pero lo hemos dejado para mañana.

—¿Y vienes á quedarte?

—Seguramente.

Matilde no pudo reprimir una mirada de compasion hácia el armario.

D. Felipe se sentó junto á la entretenida y comenzó á prodigarla caricias.

—¿Quieres que salgamos un poco?

—¿A estas horas? Es la una de la noche.

—No me siento bien y me parece que el aire libre habia de probarme.

—La noche, pues, no convida, antes al contrario: sopla el viento del Guadarrama y te sentaría mal.

Matilde se calló.

Al poco rato volvió á decir:

—¿Quieres que tomemos alguna cosa? me encuentro con apetito.

—Que nos hagan chocolate.

—¿Lo tomaremos en el comedor?

—¡Vaya un capricho! Que lo traigan aquí.

El diputado y su *pasatiempo* tomaron el chocolate que les sirvió un criado.

Cuando hubieron terminado, D. Felipe demostró ganas de acostarse.

—Ese pobre teniente se vá á asfixiar, pensó Matilde.

D. Felipe se desnudó y se metió en la cama.

Matilde comenzó á desabrocharse la bata que llevaba puesta.

—¿Qué hará? siguió pensando.

—¿Pero acabas?

—Espera un poco, hombre.

La entretenida se aligeró de ropa hasta quedar en camisa.

—Ponte la bata de dormir.

—¿Quieres que me ponga la bata?

—Sí, ¿no sabes que te sienta muy bien y te quiero con ella?

—Es que la bata está á lavar.

—¿Pero no tienes dos?

—Sí, mas... como la otra la presté á cierta amiga que me la pidió para hacerse una igual...

Matilde, durante este diálogo no habia podido dominar su inquietud.

Ella era capáz de engañar á D. Felipe, y tenia astucia para hacerlo sin que él se apercibiese; pero aquella noche, al considerar que el armario era estrecho y que Daniel no tenia por donde respirar el aire de la atmósfera, temió que se ahogara en su encerrona, y á pesar suyo, temblaba sin poder refrenar su emocion.

D. Felipe advirtió la inquietud de su compañera y comenzó á sospechar.

—Dame un pañuelo blanco que me lo he olvidado, le dijo con ironía.

—¿Quieres el mio?

Y Matilde fué á entregarle el suyo.

—No, lo quiero limpio. Sácalo del armario.

Matilde acabó de perder la serenidad.

—Pero, ¿qué haces? ¿Quieres que me levante y lo tome yo?

—Ya voy, Felipe, no te incomodes.

Y probó su último recurso. Con gran disimulo se acercó á la cama y corrió las cortinas como para que la luz no ofendiera la vista de su sostenedor.

—Así no te herirá la vista el quinqué.

Y fué á abrir el armario.

Este estaba colocado de modo que podia verse perfectamente desde el sitio en que se encontraba el diputado.

D. Felipe levantó la cabeza y miró por entre la abertura de las colgaduras.

Matilde abrió el armario é hizo una seña á Daniel para que saliera despacio.

—¡Hola, hola! murmuró el millonario.

Daniel salió pálido: comenzaba á faltarle la respiracion. Echó una mirada de enojo hácia el sitio desde donde D. Felipe espiaba, y deslizándose sobre la alfombra, salió del gabinete.

En la sala esperaba Juana, que le acompañó hasta la puerta.

El señor D. Felipe del Banco no era hombre

que tomase á pecho los asuntos de faldas. Además, él nunca habia amado á Matilde, y para decirlo todo, comenzaba ya á cansarse, no de la mujer que se le habia entregado, sino del gasto que esta le hacia.

Con la tranquilidad, pues, de un marido complaciente, comenzó á vestirse, y en esta operacion le encontró la entretenida cuando le fué á dar el pañuelo.

—¿Qué haces?

—¿No lo ves?

—¿Te vistes?

—Y me voy.

—Pero, ¿qué te ha dado?

Matilde creia que D. Felipe no se habia apercibido de la salida del militar.

—Tengo miedo á los aparecidos.

Ella se turbó.

—Mañana te escribiré antes de salir para Aranjuez.

La culpable probó de atraerse á su amante con algunas caricias.

—Guarda esos mimos para cuando vuelva el pájaro que ha volado.

Y D. Felipe salió de la habitacion con la calma de un hombre á quien nada le ha pasado.

Cuando quedó sola Matilde se dejó caer en el sofá y reflexionó así:

—Estoy perdida, esta *ganga* se me vá de las manos.

Efectivamente, al dia siguiente por la mañana

recibió una carta del opulento diputado que decia de esta manera:

«Cómo no fué mi intento, cuando alquilé la habitacion en que V. vive y yo pago, habilitarla para cuartel, desde últimos de mes cesaré de abonar al casero el importe de la mensualidad que le satisfacía.

He dado órden á mi administrador de que pase á tomar nota de los muebles de la habitacion que V. ocupa, los cuales serán vendidos en almoneda pública que se anunciará hoy mismo en *La Correspondencia*.

Con esto debe comprender que le importa ausentarse de esa casa, antes que se la despida. Sentiría que diera V. ocasion de que mi administrador la pusiese en la calle, pues mis órdenes son terminantes y nada podrá retardar su cumplimiento.

Excuse el venir á verme. Hoy salgo para Aranjuez: cuando regrese no estaré á ninguna hora en casa para V.

B. S. P.

FELIPE DEL BANCO.»

—Juana, Juana, gritó Matilde no bien hubo leido esta carta.

—¿Qué tiene V., señorita? está V. sobresaltada.

—Ese mónstruo nos despide. Mañana se hará almoneda de mis muebles. Esto pide justicia, pues son mios, y voy á reclamar á la autoridad.

—¿Con que D. Felipe se enteró?

—Seguramente. El astuto zorro que yo creia

engañar, estuvo atisbando desde detrás de las colgaduras.

—¡Ay, señorita! ¿Y dónde vamos ahora?

—No sé, todo lo venderá ese bandido: mi cama, mi armario, mi sillería, y hasta el coche y las yeguas. Es un miserable egoista. Si queria romper conmigo, bien lo pudo haber hecho sin robarme de ese modo.

—Reclame V., acuda V. al alcalde ó al juez. ¿No tiene V. los recibos?

—Sí, es verdad, aquí deben estar.

Y Matilde buscó en un cajon de su secreter los recibos de los muebles y del coche.

—¡Aquí están, estos son! exclamó con alegría.

Pero leyó despues el contenido, y se puso verde de ira. A Matilde no se le habia ocurrido, hasta entonces, enterarse de lo que decian.

—Es un infame. Estos recibos van puestos á su nombre.

—¡Cómo! dijo Juana.

—Sí, mira; el malvado me engañaba, y con la intencion de un judío se preparaba para arrebatarme todo lo que me habia regalado.

Matilde pasó un dia infernal. Ella, hasta allí rodeada de todas las comodidades, iba á verse de pronto en medio de las mayores privaciones. Para la que estaba acostumbrada á tener palco en la Ópera y palco en la Zarzuela, á bajar todas las tardes á la Castellana en carretela y á brillar en todas partes, la falta del sostenedor de todo este boato era una pérdida sensible. Matilde lloró, pero lloró el fausto perdido, la pompa y el lujo que

amaba tanto. Ella sabia que era hermosa, y no tardaria en encontrar otro hombre que la sostuviese; pero sabia tambien que en Madrid no habia muchos tan ricos como el diputado D. Felipe, y comprendia que iba á perder mucho en el cambio que forzosamente tenia que verificar.

Al dia siguiente, cuando todavía estaba la entretenida en la cama, entró el administrador con unas señoras que iban á ver los muebles. Matilde, cuya vergüenza no se habia sublevado, cuando perdido todo pudor se presentó en la sociedad, arrastrando su honra por el suelo, manchada de barro; pensó morirse de afrenta, al oir que se hablaba de compra-venta refiriéndose á los muebles que ella tenia por suyos.

Aquella misma mañana salió de casa acompañada de su doncella que no la abandonó. Los demás criados la despidieron con burlas y con insultos.

Matilde salió á la calle, y por primera vez en en su vida, se tapó la cara con la blonda de su mantilla para que no la conociesen.

Por la tarde, la habitacion lujosa y expléndida que habia servido de templo á la sacerdotisa de Vénus, habia cambiado de decoracion. Ni un cortinaje, ni una alfombra, ni una silla siquiera quedaba en ella. Los tabiques desmantelados y los papeles puestos en los balcones decian á los transeuntes: *este cuarto se alquila.*

CAPÍTULO XXII.

Los amores de Andrés.

En el capítulo que hemos titulado *El inglés en Madrid*, encontramos á María y á Andrés, acompañando éste á la preciosa cuanto virtuosa señorita del Prado.

La conversacion que les oimos pudo informarnos de la relacion amorosa que entre los jóvenes existia.

¿Cómo se formalizó esta relacion? Esto vamos á decir para que no quede la curiosidad del lector en suspenso.

Andrés volvió á la Puerta del Sol á la mañana siguiente de aquella en que tuvo la inmensa dicha de conocer á María.

Cuando ésta le vió, sus ojos resplandecieron y la felicidad rebosó de ellos en ráfagas de luz.

La hija de la baronesa no habia sentido hasta el dia anterior esa inquietud que precipita los la-

tidos del corazon cuando el corazon pierde su virginidad.

Aquella niña pura y honesta, habia dedicado todo su tiempo á los cuidados que le exigia el estado de su desgraciada madre, y ni un solo instante se habia acordado de que poseia un corazon capaz de amar.

Pero el amor no es huésped esperado que se recibe con conocimiento de su llegada, sino conquistador que penetra en el corazon, cuando menos se le teme, y allí sienta sus reales, avasallando al sér que cautiva.

María, al volver en sí del desmayo que la insolencia del borracho le causó, fijó su mirada en el hombre que la sostenia.

La mirada del poeta cayó sobre la suya como cae el blando rocío matinal sobre la corola de las flores. Esta mirada era tan pura, su limpidez serena tan casta, que la jóven vendedora de agua, no sintió enfado al recobrar su razon, viéndose en los brazos del jóven que la acababa de librar de una muerte probable.

Pero ya sabemos que aquel dia Andrés acompañó á María hasta la puerta de su casa.

Lo que hemos de decir, es que mientras el poeta daba la vuelta, loco de contento, con el alma abierta á todas las mejores esperanzas, hácia su guardilla, la niña encantadora que acababa de dejar, quedaba mirándole desde el balcon de su morada, y sentia que trás de aquel jóven de apuesta figura, de tersa y ancha frente, de mirada arrebatadora y profunda, se le iba el alma, prisio-

nera de sus ojos y de la delicadeza con que le habia hablado.

María, comprendió que su corazon, hasta allí cerrado á otro amor que no fuese el filial que alimentaba, acababa de abrirse para dar cabida en su centro á otra pasion tan grande como la sola que hasta allí habia sentido.

Sus ojos se inundaron de lágrimas: lluvia del alma que riega las virginales mejillas siempre que el amor primero relampaguea en el corazon de la mujer.

En todo el resto del dia y en toda la noche, no pudo pensar en otra cosa que en el jóven cuya fisonomía quedaba grabada en su memoria con imborrable impresion.

Por su parte, Andrés en todo el dia no dirigió ni una sóla mirada al retrato de Matilde, pintado por Alfredo, el cual colgaba de una de las paredes de su habitacion. La imágen de María estaba viva en sus ojos, y aquella imágen era la de sus ensueños y la de sus ilusiones, no la de la aventurera, despreciable á pesar de su belleza. La noche, la pasó el poeta escribiendo versos dedicados á la que era el númen de su inspiracion, ídolo sagrado de su alma, á quien el corazon de Andrés consagraba todos sus latidos.

Los dos jóvenes volvieron á verse, como hemos dicho, en la Puerta del Sol.

¿Necesitaban decirse que se amaban, que se comprendian, que se buscaban? Ni una palabra sobre sus pensamientos secretos se comunicaron, y no obstante, todo se lo digeron. El lenguaje de

los enamorados es de tal naturaleza, que las palabras expresan las afecciones del alma en toda su vehemencia sin referirse á ellas directamente. Un *gracias* suele decir, *te amo;* un *¡qué hermosa luna!* equivale á *¡qué bella estás!* cada frase es una metáfora y de estas metáforas que van directas al corazon, la inteligencia no entiende una palabra. Además, el idioma de los ojos, esa silenciosa y elocuente habla del espíritu, comunica más con una mirada sola que los lábios en todo un discurso. María y Andrés se miraron y se comprendieron: trataron aquel dia de cosas distintas; pero hablaron siempre de una misma, de su amor.

Al otro dia volvió Andrés á encontrar á la amada de su alma.

Entre otras cosas le dijo:

—Quiero pedir á V. un favor.

—¿Un favor á mí?

—Sí, encantadora María. Usted se expone viniendo á estas horas á vender sus mercancías en este sitio. Recuerde V. lo que pasó anteayer.

—Lo tengo muy presente: nunca olvidaré que debo á V. tal vez la vida.

—No hablemos de eso. ¿Por qué no busca una persona que venga á vender por cuenta de V. el agua?

—¿Por mi cuenta? Pero eso me costaría más de lo que gano.

—Yo sé de una que ocuparia su puesto sin remuneracion de ningun género.

—¿Quién puede hacer tal cosa?

—Yo mismo.

—¡Andrés!

—V. no está bien aquí, María; ni la educacion que sus modales revelan, ni los bellos sentimientos que anidan en su alma, permiten que V. se confunda con las vendedoras callejeras, y se arriesgue á sufrir los insultos de los borrachos y de la gente soez.

A María se le humedecieron los ojos: dos lágrimas rodaron silenciosas por sus megillas.

—Esas lágrimas que sin querer he arrancado á su alma, me confirman lo que sospecho. V. padece, V. sufre un martirio cruel todos los dias, al presentarse en este sitio, y yo no puedo consentir que ese tormento se prolongue. Yo seré en adelante el aguador.

—Andrés, no puedo permitir de ninguna manera que V. me sustituya.

—¿No me concede V. su confianza?

—Sí, sí, toda mi confianza; no me opongo por eso.

—¿Por qué, pues?

—¿Cómo quiere V. que abuse de su generosidad?

—¡Abusar! Pero sí con ello impedirá que yo sufra; porque yo, María, padezco, considerando las malas horas que V. se dá.

—¿Sufrir porque yo sufro?

—¡Ah sí! Yo anhelo un paraiso de ventura para ofrecérselo á V. Yo aspiro á poseer los dones de la fortuna, que siempre me fueron indiferentes, para ponerlos á su disposicion. Y cuando pienso que la vida de V. avanza por un camino cubierto de

abrojos y de penas, esa preciosa vida que debería deslizarse entre esencias y alegrías, siento que el corazon se me desgarra y el dolor arranca quejidos á mi alma, que solo por V. suspira, que solo por V. existe.

Aquello era una declaracion, pero declaracion expontánea que habia brotado por sí misma, dando lugar á la manifestacion hablada de los sentimientos de Andrés, en cuyos ojos ya los habia leido María, trémula de felicidad.

—¿V. me ama, Andrés? A mí, ¡una pobre!

—¡Ay! amo á V. con frenesí; su vida es mi vida.

María enmudeció; sus ojos en cambio se entornaron tiernamente, y los de Andrés pudieron beber en aquellas divinas copas el néctar de la vida, la luz purísima del amor del alma.

No sin titánicos esfuerzos pudo lograr el poeta, á los pocos dias, que María le permitiese despachar en la Puerta del Sol los azucarillos por las mañanas.

Andrés se habia valido de este pretexto para procurar recursos á la jóven. Comprendiendo que la delicadeza de su amada no le permitia ofrecerle cantidad alguna, concibió aquel plan para socorrerla.

Andrés, por lo tanto, no fué ni siquiera una vez al puesto de agua de la Puerta del Sol, pero trabajó en casa desde entonces dia y noche é invadió de artículos los periódicos, de comedias los teatros y de libros á los editores. No todas, por desgracia suya, le procuraban la recompensa que el mérito de sus obras merecia; pues de ser así, no

hubiera tardado mucho tiempo en crearse una fortuna.

María advirtió que el producto de la supuesta venta, que Andrés le entregaba diariamente, iba en aumento, y era mayor que el que ella obtenia.

En una ocasion le dijo:

—No me engañes, Andrés; ¡tanto dinero!...

—Es producto de mis ventas; cada dia vienen á buscarme nuevos compradores.

Andrés no mentía; sus palabras, de doble sentido, tranquilizaron un tanto á la enamorada jóven.

Todos los dias que María habia de llevar y traer labor del almacen, Andrés la acompañaba, ébrio de felicidad. Por la mañana, cuando ella salia á comprar lo necesario para casa, él la esperaba en la calle del Espíritu-Santo y le hablaba de su amor. Durante las demás horas del dia, encerrado en su guardilla, ponia el pensamiento en prensa y la actividad en accion y escribia sin descansar.

—Quiero ofrecerle una posicion, siquiera sea modesta, con mi mano, pensaba el escritor.

Y dedicaba su trabajo á María.

CAPITULO XXIII.

El hábito no hace al monje.

El inglés no era lo que parecia.

Su figura enteca, su desproporcionada talla que aparentaba ser mayor, merced á lo delgado del cuerpo, su ridícula fisonomía á la que daba una expresion adusta y repugnante el ojo garabateado que, por mal de sus pecados, jugaba el primer papel entre las partes de su cara, todo movia á creerle un hombre de trato repulsivo, de génio bilioso y arrebatado, y hasta de sentimientos ruines y mezquinos. Sin embargo, quien tan mal parado habia salido de manos del Destino, en cuanto á la forma, no podia envidiar á nadie ninguna noble y elevada cualidad, pues todas las que distinguen á los seres bien nacidos tenian asiento en el ánimo que alentaba dentro de aquella caja mal hecha.

Su carácter era afable y bondadoso, su educacion esmerada, la nobleza tenia echadas hondas raices en su alma, y si bien no poseia un talento superior, en cambio era su instruccion tan vasta, que compensaba con los conocimientos adquiridos, mediante el estudio, la falta de grandes dotes intelectuales.

¡Cuántas veces nos hemos equivocado todos, al juzgar por las apariencias, de las personas que hemos conocido!

Entre los adagios ó refranes castellanos, el que hemos puesto por epígrafe á este capítulo, es sin género de duda, uno de los más sabidos por lo mismo que es á la par de los más ciertos.

Aquí tropezamos con un sugeto de correctas, de atractivas facciones, de aire jovial y suave, condiciones que atraen momentáneamente nuestra simpatía hácia él, y despues, cuando el trato íntimo y las relaciones morales aportan datos á nuestro juicio para juzgarle mejor, resulta que el tal sugeto es un ente despreciable sin educacion ni sentimientos cultos. Allá damos con otro sugeto de apariencia la más desfavorable y antipática, y luego, cuando la amistad ó el trato nos abren las puertas de su pecho, quedamos sorprendidos por la belleza del carácter de aquel que nos habia hecho sentir despego y repulsion hácia él, con la desagradable exterioridad de su físico.

A Alfredo le ocurrió esto, como nos parece haber dicho ya, con el inglés.

En los baños trabaron una amistad bastante íntima, y á medida que el trato la aumentaba, el

pintor descubria mejores cualidades en su nuevo conocido.

El lord era gran aficionado á las artes: un dia vió á Alfredo que pintaba en los baños y se le acercó, trabándose una animada conversacion sobre pintura entre el artista y el *amateur*, que fué la base de sus relaciones.

Cuando esto tuvo efecto, la correspondencia amorosa que Alfredo sostuvo en nombre de Matilde ya era un hecho, y por lo tanto tuvo que arrepentirse aquel de haber contribuido á burlar al inglés.

Al despedirse el pintor del lord, cuando regresó á Madrid, le ofreció su modesta habitacion y estudio, de los que tomó nota el que se quedaba en los baños.

Este supo, despues que Alfredo abandonó aquel sitio, por un camarero, que el pintor pasaba las noches en la habitacion de Matilde, entretanto que D. Felipe permanecia en el Casino jugando á la ruleta. Entonces creyó que Alfredo se habia burlado de él, y formó un concepto muy desfavorable del artista.

Por este motivo no fué á visitarle en Madrid.

Cuando Alfredo tuvo noticia por Andrés de que el lord se encontraba en la córte, esperó verle entrar un dia en su estudio: pasaron, no obstante, muchos, y no apareció. Esta falta en un caballero tan atento y considerado como era el inglés, hizo meditar al artista, y sospechando que hubiese podido llegar á saber aquel la jugarreta que entre la entretenida y él le habian hecho, resolvió bus-

carle para disculparse de la ligereza que habia cometido.

Recorrió las principales fondas y no le fué difícil dar con quien buscaba. En el hotel de Rusia leyó el pintor el nombre del lord en la tablilla de los huéspedes, inscrito en la casilla correspondiente al cuarto número 26.

Alfredo subió á la habitacion.

Largo rato duró la visita, y no sabemos lo que en ella se habló; pero sin duda el lord y Alfredo quedaron reconciliados, pues á la hora de comer volvió el pintor á la fonda y comió con su amigo el extranjero.

Despues de comer salieron juntos, y fueron á tomar café en el Suizo. Allí encontraron á Andrés.

Desde aquella noche los dos amigos, Andrés particularmente, tuvieron un motivo de gratitud para con el lord, pues la generosidad de este proporcionó al poeta los medios para alcanzar pronto su felicidad.

Hé aquí lo que pasó.

Al conocer el inglés en el amigo de Alfredo, que éste le presentó, al acompañante de la niña que habia seguido pocas noches ántes, tomándola por Matilde, le habló de este modo:

—¿Sabe V. que Matilde no vive ya en la calle de Hortaleza?

—¿Cómo? dijeron los dos amigos.

—No; fuí en busca de la casa cuyas señas me dió V., y supe por el portero que aquel mismo dia habia quedado desalquilada la habitacion que

ocupó. Parece, segun me manifestó el mismo portero, que D. Felipe del Banco ha tronado con ella.

—¿Y la ha visto V.?

—No, la busco y no la veo en ninguna parte, ni en los teatros ni en los paseos.

Y así continuaron ocupándose de la entretenida.

A continuacion hablaron de María.

—Aquella señorita que V. acompañaba, ¿es acaso hermana de Matilde? preguntó el extranjero.

—Solamente entre hermanos, y aún entre hermanos gemelos, cabe un parecido tal, contestó Andrés; pero María nunca me ha dicho que tuviese hermanas.

—Varias veces hemos hablado Andrés y yo sobre esto. Yo tengo la seguridad de que lo sean, dijo Alfredo. Pero la novia de éste (y el pintor señaló al poeta), es un modelo de virtud.

—¡Ah! exclamó el lord: ¿es su novia de V.?

—Es la mujer á quien amo y con quien deseo unirme.

—¿Y por qué no lleva V. á efecto el enlace?

—Espero poderle ofrecer una posicion con mi mano.

—¡Ah! volvió á repetir el inglés; y quedó un instante pensativo.

Despues, como hombre que ha resuelto una duda, dijo al poeta:

—Los periódicos en España, bien dirigidos, deberán producir.

—Bien dirigido y bien administrado, un periódico puede constituir uno de los negocios más

productivos de cuantos pueda emprender un hombre de letras.

—Si V. quisiera asociarse conmigo trataríamos de la publicacion de un diario.

—Yo lo hubiera dado á luz ya por mi cuenta, si contara con medios, pero me faltan recursos.

—Esos correrán de cargo mio: V. será el sócio inteligente y yo el sócio capitalista.

—Pero eso es quererme favorecer, y yo no puedo consentir que V. distraiga cantidad ninguna para facilitarme la posicion que busco.

—Está V. equivocado. Mi posicion me permite facilitarle los cinco ó seis mil duros necesarios para la publicacion del periódico; pero yo no se los voy á entregar con el objeto que V. cree, sino para que hagamos un negocio de cuenta y mitad. Tengo algunas sumas en dinero y me conviene colocarlas en empresas productivas, de modo que no debe V. extrañar que le proponga á V. esta.

El inglés disimulaba á las mil maravillas su propósito. Andrés le habia sido muy simpático. En él habia descubierto un gran corazon y un gran talento, y como habia adivinado la pasion que ardia en el alma del poeta por la jóven á quien conoció en la tienda de la calle de la Montera, queria favorecer al escritor de una manera que no humillara á este.

Andrés y Alfredo, por su parte, adivinaron el intento del forastero.

El primero meditó un corto momento; comprendió que no debia rechazar la proposicion del inglés, porque, despues de todo, el resultado de

su empresa habia de depender de su actividad y de su trabajo, y seguro de hacer rendir al capital que se le confiara un interés crecido que pagase al protector servicio por servicio, admitió.

Dos dias despues, el contrato se habia formalizado, y al poco tiempo el primer número del periódico era saludado por todos sus colegas de la prensa española, que le recibieron favorablemente.

Aquella publicacion era la base de la fortuna del poeta; él lo comprendió y se dedicó á fomentarla con todas sus fuerzas. No era el dinero el móvil que le impulsaba á trabajar sin descanso, era la felicidad que para María anhelaba, á quien queria proporcionar todo cuanto ella pudiera apetecer.

La ambicion del hombre enamorado es la mayor de todas las ambiciones, pues todo le parece poco y mezquino para ofrecerlo al sér amado.

Y cuando el amor es tan grande como el que Andrés sentia por María, entonces no bastan los bienes y la dicha de la tierra á la ambicion del que lo siente; aunque escalara este el cielo y lo pusiera á los piés de la mujer adorada, todavía volveria los ojos en torno buscando mayores felicidades que depositar en el ara de su amor.

CAPÍTULO XXIV.

Buen viaje.

El dia 15 de Octubre de 1866, á la hora en que los viajeros de la línea de Francia bajan á la estacion, un coche tirado por dos briosos caballos salia por la puerta de San Vicente en direccion al ferro-carril del Norte.

En aquel carruaje iban Matilde, el inglés y Juana.

Poco despues que este, llegó á la estacion una berlina de alquiler, de la que bajaron los dos artistas. En la sala de aquella encontraron á los viajeros que iban á despedir y se reunieron con ellos.

Matilde vestia un elegante traje de viaje.

El inglés le daba el brazo y hablaba con sus amigos.

Veamos lo que habia pasado y cómo Matilde se

encontraba con el lord, dispuesta á abandonar con él la córte.

Cuando la ingrata hija de la baronesa del Prado se vió abandonada de D. Felipe y arrojada, por decirlo así, de la casa en que la tenia, salió, como sabemos á la calle, acompañada de su doncella, y sintiendo por la primera vez de su vida, el rubor de la vergüenza en la cara, rubor que nada decia en favor suyo, puesto que no nacía de ninguna cualidad apreciable que hubiera podido desarrollar en ella el arrepentimiento, sino de su orgullo humillado por el diputado gallego.

Dirigióse con su doncella á la habitacion de Daniel, el oficial de húsares, quien extrañó sobremanera la visitá á aquellas horas.

Pronto salió de su asombro, pues Matilde, en pocas palabras, le contó lo que habia ocurrido despues que él abandonó el armario, y le leyó la carta de D. Felipe del Banco.

El húsar era uno de ésos militares atolondrados que se dan á la *vita buona* y pasan su tiempo haciendo conquistas de cierto género, conquistas que conservan mientras no les cuestan un cuarto; porque bastante trabajo tienen con sostenerse ellos con su reducida paga, y sus necesidades no les permiten gastar en trapicheos ni un solo real. Cuando supo lo que acababa de suceder á Matilde y comprendió que esta le habia ido á buscar para encontrar en él un protector, siquiera por el tiempo que ella tardase en encontrar otro D. Felipe, el oficial se acordó de que todo el amor que habia jurado á aquella mujer era falso, y de que así le

importaba á él que fuese á dormir á San Bernardino, caso de que Matilde se hubiera visto reducida á este miserable estado, como del zancarron de Mahoma.

Perdió, pues, momentáneamente la costumbre de adularla y prodigarle galanterías y frases de amor, y tomando el tono más grave y áspero de cuantos los militares conocen para aplicarlos á la lectura de la ordenanza, comenzó á disparar palabrotas de su boca, que casi hicieron desmayar á la afligida jóven.

Matilde se sintió herida en su vanidad, pues en su dignidad no podia ser, puesto que la habia perdido en las Salesas, y sin despedirse de su ingrato amante, mirándole con altanería y desprecio, salió de la sala á todo correr.

Juana, que la esperaba en el recibimiento de la casa donde vivia Daniel, al ver salir á su señorita echando fuego de cólera por los ojos, y encendida como la grana, comprendió lo que habia pasado.

—Si siempre lo he dicho yo, dijo á Matilde: ese oficial es un pillastre.

—¡Estos son los hombres! murmuró Matilde con voz ronca por el despecho.

Aquella mujer creia conocer á los hombres. A muchas de su casta pasa lo propio, y no comprenden que, por regla general, no conocen sino á miserables bastante viles, ó suficientemente estúpidos para buscar su trato.

Matilde tenia buena inteligencia, como hemos dicho antes de ahora. Al propio tiempo que andaba, meditaba la resolucion que debia tomar. No

tardó mucho en formarse un plan y poco más en realizarlo.

Al salir de casa habia recogido las alhajas que D. Felipe le habia regalado durante el tiempo que le perteneció, y entre otras, un precioso aderezo de diamantes de gran valor que ella le habia hecho adquirir, no sin agotar ántes todos los recursos imaginables en una mujer como ella, para lograr la satisfaccion de su deseo.

Matilde dirigió, pues, sus pasos á una de las platerías más conocidas de Madrid, y en ella vendió por la mitad de su valor las joyas que más estimaba, ó sea el brazalete, los pendientes y un alfiler de pecho que constituian el aderezo. Esta venta la proporcionó una cantidad bastante regular, suficiente para acabar de poner por obra lo que habia proyectado.

Salió de la platería y se dirigió con su doncella á la fonda de París: pidió una habitacion, y cuando estuvo instalada en ella, envió á Juana por los vestidos y demás ropa que habian quedado en su antigua casa, únicos bienes que poseia.

A Matilde no se le habia ocurrido nunca que pudiese encontrarse un dia abandonada y sin dinero, y por lo tanto gastó espléndidamente todo cuanto le fué entregando el diputado, mientras estuvieron en relaciones.

A la hora de comer, se vistió y bajó al comedor de la fonda, deslumbradora de belleza. Pero tres dias seguidos trascurrieron, y aunque muchos de los forasteros de la fonda la galantearon, ninguno le hizo proposiciones sérias y acep-

tables; de modo que el cuarto dia despertó la astuta entretenida en una habitacion de la fonda Peninsular. Tampoco logró gran fortuna en este segundo hotel, á donde se habia trasladado, en otros tres dias que estuvo en él, y varió de domicilio, segunda vez, yendo esta al espléndido de Rusia, donde se aposentó en una elegante y magnífica habitacion.

Allí se encontraba el lord.

Matilde que le habia visto en Bayona, recibió por Juana una carta del inglés en aquella poblacion, en que le decia que la seguiría á todas partes y se vendria tras ella á Madrid, donde esperaba encontrarla menos ingrata y desdeñosa. Aunque desde que se encontraba en la córte no habia visto al lord, pensó que este debia estar en Madrid, y con objeto de dar con él, imaginó lo que sabemos y estaba realizando, ó sea recorrer todas las principales fondas de la córte.

—Si el inglés no me sale al paso, algun otro extranjero pescaré, decia para sí Matilde que no quería quedarse en Madrid porque se desesperaba con solo pensar que podia ver en el Prado y en la Castellana á otra cualquiera arrastrada en la lujosa carretela que ella disfrutara, por las arrogantes yeguas que le habian pertenecido.

Cuando el extranjero vió á la española sentada á la mesa redonda del hotel, el corazon le dió un vuelco: el pobre lord estaba encaprichado como un doctrino. En cuanto á ella, dejamos á la suspicacia de nuestros lectores el suponer cuánto se reiria en su interior del incauto á quien iba bus-

cando, y cómo se manejaria para lograr cuanto ántes el objeto que la acercaba á él. De esto no diremos una palabra.

Mas sí debemos manifestar que á los pocos dias del en que Andrés y el lord formaron el contrato de la publicacion sabida, fué aquel, como acostumbraba, á visitarle y le encontró sentado en un sofá muy amartelado con la entretenida.

Pocos dias despues, salieron para París y Lóndres los nuevos amantes, despidiéndolos, como hemos visto al comenzar este capítulo, los dos artistas.

El inglés estrechó por última vez las manos de sus amigos desde el departamento de primera que ocupaban; Matilde miró por postrera vez á Alfredo por encima del hombro de su nuevo amigo; Juana pronunció para sí un *adios Madrid, que te quedas sin gente;* la máquina silbó, y cinco minutos despues todo habia concluido.

El express se alejaba á todo vapor de la córte, y los dos amigos regresaban á la poblacion.

CAPITULO XXV.

Una boda.

Un año justo habia trascurrido desde que el inglés se ausentó de Madrid con Matilde. Durante este tiempo Andrés habia logrado, no sin grandes esfuerzos y penosas veladas, que el diario que dirigia alcanzase gran reputacion y muchos suscritores.

El éxito de la publicacion estaba asegurado, y el porvenir del poeta se presentaba despejado y de color de rosa.

El periódico en el segundo trimestre de publicacion cubrió los gastos ya; en el tercero dió bastante utilidad, y en el cuarto dejó pingües beneficios, de modo que Andrés veia en él lo que habia con razon esperado, la base de su fortuna.

Contando ya con los medios que tanto deseara, pensó en realizar lo que era objeto constante de su deseo, aquello porque se afanaba y trabajaba

con tanto ahinco, esto es, su enlace con la hija de la baronesa del Prado, que amaba á Andrés tanto como él á ella.

Desde algun tiempo antes, el poeta tenia entrada en la casa de la baronesa, la cual conocia las relaciones de su hija.

De acuerdo con ésta, se presentó cierto dia Andrés á la viuda y le pidió la mano de María. La jóven, que se hallaba presente, suplicó llorando á su madre que accediese á la peticion del enamorado escritor, y ésta que no tenia otra voluntad que la de su hija, consintió, dejando á merced de los dos jóvenes la designacion del tiempo en que habia de verificarse la boda.

Cuando el poeta tuvo seguro su porvenir y contó con la posicion que queria ofrecer á su amada, le dijo un dia:

—María, las horas de felicidad que nuestra separacion nos roba, son largas como siglos. ¿Por qué no ponemos término á esta separacion que nos impide gozar de dicha completa?

—Yo te amo, Andrés, contestó Matilde, y quiero lo que tu voluntad ordene.

—El 15 de Octubre, si no te opones, nos casaremos.

—Participémoslo á mi madre.

Y los dos enamorados pusieron en conocimiento de la baronesa la proyectada fecha del enlace.

Esta les oyó con lágrimas en los ojos y no objetó nada absolutamente. Pero hizo despues salir á María de la sala, y quedándose con Andrés, le dijo:

—Andrés, quiero tener contigo una conferencia entretenida, antes de que te dispongas á hacer los preparativos de la boda.

—Madre mia, estoy á las órdenes de V.

—María, mi hija, lleva un título.

—¿Un título?

—Sí, María será, cuando yo muera, la baronesa del Prado, segun verás en los documentos que hay guardados en esa cómoda, y la baronesa señaló el mueble indicado.

—Mayor honra para mí, señora.

—Pero ese título, hijo mio, no lo oculto solamente por la pobreza á que hace años quedé reducida, sino tambien porque está deshonrado.

—¿Deshonrado? exclamó Andrés con temor.

La baronesa lloraba.

—Sí, Andrés, deshonrado por una hija infame é ingrata que me abandonó. Los quejidos cortaron la frase de la desventurada madre.

—¿Matilde? preguntó Andrés.

—¡Cómo! ¿la conoces, lo sabias?

—Sí, la conozco; pero no sabia que fuese su hija de V., lo sospechaba.

—¿Y qué es de ella? preguntó la baronesa con inquietud, pues no sabia de su hija hacia larga fecha.

—Pronto hará un año abandonó España, contestó el poeta.

—¡Pobre hija mia!

Y la desconsolada señora, al pronunciar estas palabras, lo hizo con una voz tan tierna, que delataba su alma de madre, dispuesta á perdonar y

á querer á la que tantos disgustos le habia ocasionado.

—¡Las madres! pensó Andrés; ¡qué amor el suyo y qué corazon!

—Esa hija, pues, ha deshonrado nuestro nombre, y yo quiero que tú conozcas bien á la familia con quien vas á unirte.

—¡Ah! señora, exclamó el jóven; conozco á fondo la honradez de María y la de V. Ustedes son dos ángeles, y para mí, Matilde, no ha podido empañar en nada el limpio cristal de la honra del nombre que llevan, al manchar el suyo. Yo no voy á casarme con la hija ausente, por otra parte, sino con la bondadosa que á su lado de V. ha mitigado en todo lo posible con su gratitud y buen proceder, las penas ocasionadas por su hermana. Yo amo á María sobre todo, y ella es tan inmaculada que su misma pureza cubre todas las faltas de Matilde.

—¡Eres muy bueno y me enaltezco con el dictado que desde ahora te doy: hijo mio!

—¡Madre mia!

Y Andrés abrazó cariñosamente á la baronesa.

Salió, poco despues, de casa de su novia el poeta y fué á encontrar á Alfredo. Contó á este lo que habia sabido de la que iba á ser su madre, y le participó que habia resuelto casarse el dia 15.

Alfredo habia de ser el padrino.

El hijo de Manzanal de Arriba no tenia familia. Su padre murió poco despues de su llegada á Madrid, dejándole huérfano.

Los dos artistas se ocuparon durante los pocos

dias que faltaban para el sabido, en comprar todos los enseres y muebles que Andrés necesitaba para la habitacion que habia alquilado. Estaba esta situada en una de las calles más solitarias de la córte, en la de Lope de Vega; pero era espaciosa y reunia todas las comodidades apetecibles. Dispuso el gabinete destinado á la baronesa del Prado, como correspondia á una habitacion que habia de servir para una señora de su clase y edad, y luego se ocupó en el arreglo de su *nido de amores*. El poeta agotó todos los recursos del arte y del buen gusto en la habitacion donde la felicidad le habia de abrir los brazos. Su amigo el pintor, concurrió á la disposicion de aquel templo del amor, en que el alma de Andrés habia de evaporarse en besos y suspiros, como un incienso celestial consagrado á la divina María. Todo en él era honesto; pero todo poético y altamente bello: allí se respiraba una atmósfera deliciosa y arrobadora que hacia languidecer al espíritu, trasportándole á los mundos brillantes de las deliciosas sensaciones y de los puros afectos.

Llegó el dia 15.

La madre de María, cuya salud mejoró algo, la bella y cándida jóven y los dos amigos se dirigieron á San Ildefonso, en cuya parroquia recibieron los novios el sacramento que les unia para siempre. Este acto se verificó sin pompa ninguna, con sencillez y modestia, trasladándose despues todos en carruaje á la casa que Andrés tenia dispuesta.

María estaba radiante de felicidad; Andrés sus-

penso de la mirada de su esposa. Alfredo, contento de la dicha de su amigo, ó mejor de su hermano, pues como hermano le queria, y hasta la misma baronesa parecia menos sombría y como olvidada de sus desgracias y de la hija perversa, ante el cuadro de ternura y satisfaccion que sus hijos le presentaban.

La buena madre les dió su bendicion, despues que Alfredo abandonó la casa, en hora oportuna, y los recien casados volaron, como dos tórtolas, al nido que les esperaba.

A la mañana siguiente María, colgada del cuello de Andrés, decia:

—¡Cuánto te amo!

Y el poeta besaba en la boca á su esposa, murmurando:

—¡Alma mia!

CAPÍTULO XXVI.

En 1870.

Tres años trascurrieron desde que Andrés y María dejaron el estado de solteros, para completar sus séres, cada uno con el del otro, union que hizo la felicidad de entrambos.

Tres años de ventura que pasaron como un soplo para los enamorados esposos, cuya existencia se deslizaba por la suave pendiente de la tranquilidad y de la dicha.

Los asuntos de Andrés iban mejorando de dia en dia. El periódico, cuyos beneficios compartia con el lord, habia alcanzado gran popularidad, y su tirada era tan considerable, que el producto de la empresa ascendia anualmente á muchos miles de duros.

Otros negocios literarios que emprendió el escritor, á la sombra del periódico, le producian grandes utilidades tambien. Andrés era, pues, rico: la fortuna se le habia entrado en casa con la felicidad.

Y no paraban aquí todas sus alegrías.

La mayor de todas, la que saciaba más la sed de satisfacciones que su corazon sentia, porque era la que más habia complacido á su querida esposa, consistia en el fruto de bendicion que del enlace habia obtenido.

En los tres años de casados, la buena María habia tenido dos hijos, un varon y una niña que eran el encanto de Andrés y las delicias de la madre.

Hermosos como ella y robustos de cuerpo y de inteligencia como el padre, los niños, eran tambien el consuelo de su abuelita, la baronesa del Prado, quien en ellos lo encontraba grande y eficaz para disminuir las penas que le hacia sentir el recuerdo de su desgraciada hija Matilde, á quien no podia olvidar.

Aquella señora que tanto habia padecido, estaba destinada á sufrir toda su vida.

La tranquilidad y el goce de sus hijos y la posicion que el trabajo constante y asíduo de Andrés habia facilitado á su familia, hubieran hecho renacer en ella la calma que perdió jóven todavía, cuando el difunto baron del Prado la engañó, arruinándola; pero aquella triste é infortunada señora tenia clavado en lo más vivo de su dignidad y de su honradez el candente hierro de la

vergüenza, y el proceder de su hija perdida y fugitiva no dejaban desarrollar en su pecho los gérmenes de bienestar y sosiego que derramaban en él Andrés y María.

Los cuidados de estos y las caricias de los nietos, sin embargo, sostenian la vida de la baronesa, que hubiera dejado sola y sin amparo sobre la tierra á la bondadosa María, si esta no hubiese contraido matrimonio con el poeta, pues los médicos desconfiaban de poderla salvar cuando Andrés comenzó á frecuentar su casa. La salud del cuerpo habia podido restablecerse en aquella señora, merced á los afanes de sus hijos; en cuanto á la del alma, esa, solo Matilde podia devolvérsela, y Matilde, quién sabe lo que habia sido de ella!

*
* *

El inglés y su consócio el literato sostuvieron, como es natural, una correspondencia frecuente desde que el primero dejó á Madrid.

El asunto en que estaban interesados les daba ocasion de hacerlo; la amistad que habian contraido avivaba aquella correspondencia, leida con interés, así en la capital de España como en la de Inglaterra.

Un motivo poderoso que mis lectores habrán supuesto, habia para ello. Las cartas de Andrés hablaban de la baronesa y de María; las del lord, de Matilde; pero unas y otras embozaban, bajo el manto del interés de amistad, el interés de familia

que las inspiraba. Matilde y María eran las que leian aquellas cartas con mayor atencion, y las que las dictaban, por decirlo así, pues mientras que en Madrid la última preguntaba constantemente á Andrés si habia recibido carta del lord, en Lóndres, la primera, esperaba siempre con ánsia carta de España.

Y era que la voz de la sangre se sobreponia á la de los sentimientos, acallando los virtuosos de María, ofendidos por su hermana y los depravados de esta, que la arrastraban por el fango de la prostitucion en el torbellino de su locura.

Una desgracia vino á terminar aquella comunicacion indirecta entre ambas hermanas. A mediados de 1868, Andrés recibió una carta del administrador del lord en que le participaba la muerte repentina de su asociado. Un derrame cerebral habia acabado con la vida del inglés en pocos momentos. El administrador pedia una liquidacion general de los intereses que el difunto habia dejado en poder de Andrés para agregarla al estado general de la fortuna del inglés que sus herederos le exigian.

La baronesa, María y Andrés temblaron por Matilde. Hasta allí Andrés se habia opuesto al deseo de la baronesa, que quiso escribir directamente á su hija tan luego como supo donde estaba, para que regresase á su lado, dejando la vida de escándalo que seguia.

Una razon, que convenció á la madre y á su esposa, tenia para ello.

El inglés estaba enamorado de Matilde. En

cada una de sus cartas acentuaba más las expresiones que daban á conocer su pasion, y la idea de formalizar por contrato civil la union ilegítima que con la entretenida habia contraido, al objeto de hacerla permanente y digna, iba demostrándose en sus escritos, desde la primera carta que Andrés recibió.

¿Qué podia esperar Matilde despues de la existencia deshonrosa á que se habia entregado, si regresaba á España? La vergüenza de su pasado, y una perpétua soltería manchada de infamia. Casándose con el lord, ya era otra cosa. El amor de éste, al olvidar el pasado de Matilde, la elevaba hasta sí y borraba en parte á los ojos de la sociedad sus faltas. Por otra parte, el arrepentimiento de la culpable era más fácil, despues de casada, que durante su estado libre, dado su carácter.

La señora del Prado convino con su hijo en que para todos, segun la situacion de Matilde, era mejor que esta contrajese nupcias con el lord.

Pero la ley que preside los destinos humanos y los lleva hasta el fin de su carrera, castigando casi siempre de una manera cruel, pero justa, á los que emprenden el camino del crímen ó de la deshonra, tenia dispuesto que los deseos del lord y las esperanzas de la baronesa, de María y de Andrés no se llegaran á cumplir.

¡Quién sabe si Matilde tambien esperaria la realizacion de su consorcio con el inglés, para asegurar su porvenir, puesto que la vida de disipacion que habia llevado comenzaba á marchitar su extraordinaria belleza, á pesar de su juventud!

La muerte del lord acabó con todos estos deseos, honrados los unos, egoista el otro, si existió.

Andrés se apresuró á escribir al administrador de su difunto amigo, y le acompañó una carta de la baronesa para Matilde. La madre llamaba en ella á la hija.

La contestacion de Inglaterra fué desconsoladora.

La hija de la baronesa habia sido insultada y despedida por los herederos naturales del lord, y el administrador no habia podido averiguar su paradero.

Los parientes próximos del inglés que, afortunadamente para ellos, no pudo testar antes de morir, se habian vengado de la que tenian, no sin motivo, por aventurera, que trataba de apoderarse de la riqueza de su amante.

*
* *

La liquidacion de la Sociedad de seguros sobre la vida se habia ido realizando á pedir de boca durante los años que la carta del director de la misma Sociedad, que conocemos, indicaba á don D. Felipe del Banco y Trellez.

Este ya no era diputado en la fecha en que al presente le encontramos.

La revolucion de 1868 que barrió las instituciones viejas de España, barrió con ellas para

siempre á una porcion de diputados de su calaña. Sin embargo, el antiguo padre de la pátria seguia luciendo en su frac la gran cruz de Isabel la Católica que habia obtenido de los moderados de la segunda Isabel por el favoritismo, el cual suele tener en poco el mérito y las buenas prendas de aquellos á quienes dispensa honores.

El resultado de la liquidacion fué completo: el sócio de D. Felipe fué acaparando títulos, á medida que las liquidaciones parciales los iban arrojando al mercado y, á su debido tiempo, compró, como apoderado de D. Felipe, todos los bienes que la sociedad poseia, consistentes en acciones de varias empresas y gran número de casas en la córte.

El gallego que al comenzar esta novela encontramos en Betanzos, habia alcanzado toda la fortuna que le predijo su antiguo principal de la Plaza Mayor. Su amigo y compañero de dependencia en el almacen de ultramarinos, recibió la parte que le correspondia del *negocio redondo* que habian llevado á cabo entre los dos.

Vivia por lo tanto en 1870, y vive todavía nuestro millonario, en medio de la opulencia y rodeado de todas las comodidades y satisfacciones que el dinero puede lograr.

No obstante, las que no se alcanzan con el oro, sino que se consiguen por el talento y la honradez, esas le están vedadas.

Por más que algunos digan que en el dinero consiste la felicidad, preguntádselo á D. Felipe del Banco, si le encontrais por ahí, pues por esas

calles de Madrid pasea con otros muchos de su estofa, y él os contestará. El ambiciona, ahora que sus riquezas son inmensas, una cosa que nunca llegará á conseguir; ambiciona la consideracion de los hombres honrados: esta es, dígase lo que se quiera en contra, la consideracion social, puesto que los hombres de bien son muchísimos más que los sin conciencia.

No faltan amigos á D. Felipe y aduladores que le rodean; pero aun estos mismos hablan mal de él cuando no puede oirlos.

Y si alguno de los muchos impositores de la Sociedad de Seguros sobre la vida, tropieza en la calle al conocido capitalista, este baja los ojos como un criminal, mientras que los de su víctima le miran, arrojándole al rostro la palabra *ladron* que hace extremecer de espanto al banquero.

*
* *

Alfredo seguia pintando y obteniendo triunfos con sus obras.

—¿Por qué no te casas? le preguntó el poeta cierto dia, despues de haberle descrito las felicidades de la vida de familia, y los goces de la paternidad con entusiasmo y elocuencia.

—Espero encontrar una María de las cualidades de la tuya.

Al presente continúa soltero, pero no desesperanzado de verse felíz como su amigo Andrés,

pues no faltan Marías tan puras, tan buenas y tan bellas como la esposa del escritor.

Muchos abalorios existen entre las mujeres; no son pocas, empero, las perlas que guarda esa hermosa mitad del género humano.

Lo difícil es conocerlas.

CARTA EPÍLOGO.

Matilde á María.

«París 20 de Enero de 1872.

Te escribo desde el Hospital.

Quiero darte el último adios, mi querida María, ántes de que la muerte ponga término á mis desdichas. Quiero dar el postrer adios tambien á nuestra madre, si vive todavía. ¡Cuán perversa he sido! Pobre madre á quien abandoné para entregarme á las intemperancias de mis desordenados apetitos, sin que la voz de mi conciencia condenase el acto criminal que cometí. ¡Ay! ahora, en estos instantes supremos en que derramo las últi-

mas lágrimas sobre el papel que escribo, para enviároslas con estas palabras de arrepentimiento, ahora se levanta poderosa y rugiente en mi pecho, y comprendo todo lo abominable de mi proceder indigno.

Hace mucho tiempo que no he sabido de vosotras; desde la muerte del lord, que me dejó abandonada á todas las miserias y desgracias de mi fatal carrera.

Si supieras cuánto he padecido desde entonces! Se acabaron allí los buenos partidos que pensé habian de durar siempre al entregarme á la vida de escándalo que adopté, deshonrando nuestro nombre. En lo sucesivo, de degradacion en degradacion, he venido á parar á un estado tan infame, tan vil y despreciable, que me mueve á buscar pudor aún en el fondo de mi alma gastada y prostituida para avergonzarme de mí misma.

De Lóndres vine á esta poblacion en compañía de un miserable que me abandonó al poco tiempo, dejándome entregada á la mayor miseria. Por la primera vez de mi vida, supe lo que es tener que buscar un franco para no morir de hambre. Vendí mis vestidos, vendí mis chales y encajes; todo lo vendí y continué siendo tan pobre como esa, pues la casa y la comida consumieron el poco dinero que me produjo la venta de mis trajes.

¡Yo no sabia trabajar; yo no quise aprender á trabajar cuando tú te retiraste con nuestra madre á la calle del Espíritu-Santo, despues de mi fuga del convento!

¿Qué habia de hacer? Me decidí, y una noche salí á uno de los boulevares para confundirme con las desgraciadas que buscan en ellos el fruto de su prostitucion.

Desde aquel dia mi vida es un infierno. No quiero relatarte todo cuanto he visto y he sufrido. Temo que me maldigas y que madre no me perdone, aún muerta yo, si te refiero todo lo súcio y degradante de mi vida, durante su última época.

Pronto terminará todo. Hoy me siento con menos fuerzas; mi enfermedad progresa rápidamente, y no tardará en acabar con mi vida al propio tiempo que con mi deshonra y mis sufrimientos.

Gravemente enferma, marchitada la juventud y perdida mi belleza, si me vieras, te apiadarías de mí, me tendrías mucha lástima.

Pienso en tí y considero que deberás ser bella todavía, jóven aun; pienso en tí y te estimo feliz, gozando de grandes comodidades, venturosa con el aprecio de tu marido y pudiendo estrechar entre tus brazos á los hijos de tu amor. Ay! yo los he tenido tambien, pero los mios ¡no conocen á sus padres!

La vanidad y el placer me impulsaron á dar los primeros pasos en mi carrera de maldicion. La he recorrido toda por completo y hasta he abandonado á mis hijos!

Pero yo te ruego, María, que no rechaces la súplica que te dirige la que dentro de un instante tal vez no exista, la que se arrepiente de haber

infamado á su familia; yo te ruego de rodillas que te arrojes á los piés de nuestra madre, y le pidas el perdon de la que no se atreve á dirigirse á ella, porque mide toda la extension de su culpa!

Perdon, María, perdon para la que os dedica su último pensamiento; perdon para la desventurada que va á morir.

MATILDE.»

FIN

ÍNDICE.

Páginas.

¡EL PÍCARO MUNDO!

BIBLIOTECA DE NOVELAS HUMORÍSTICAS.

COCHE

Y PALCO,

POR

JOSÉ PUIG PEREZ.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,

SOLDADO, 4.

ADVERTENCIA.

El presente tomo no aparece con la puntualidad debida, por causas agenas á nuestra voluntad. Rogamos á nuestros numerosos favorecedores nos dispensen esta falta, que en lo sucesivo no volverá á repetirse.

¡EL PÍCARO MUNDO!

se publicará en tomos de 10 á 12 pliegos de diez y seis páginas en 8.° mayor, con un grabado de Capúz y dibujo de Pellicer.

Saldrá un tomo cada mes, conteniendo una novela completa. El precio para los suscritores, será:

	Madrid.	Provincias.
Tres meses. . .	6 rs.	8 rs.
Seis id.	12	16
Un año. . . . :	22	28

Los tomos sueltos se venderán á 4 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion, Huertas, 40, bajo derecha, Madrid. dirigiendo los pedidos á nombre del Editor D. Francisco Perezagua, y en las principales librerías tanto en Madrid como en provincias.

OBRAS PUBLICADAS.

La mujer de usted, por Ricardo Sepúlveda.
El club de los solteros, por F. Moja y Bolívar.
Coche y Palco, por José Puig Perez.

En prensa, para aparecer á principios de Octubre y Noviembre:

EL FIN DEL MUNDO,

por Constantino Gil.

LA ESPUELA,

por Jacinto Labaila.


LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 452 1